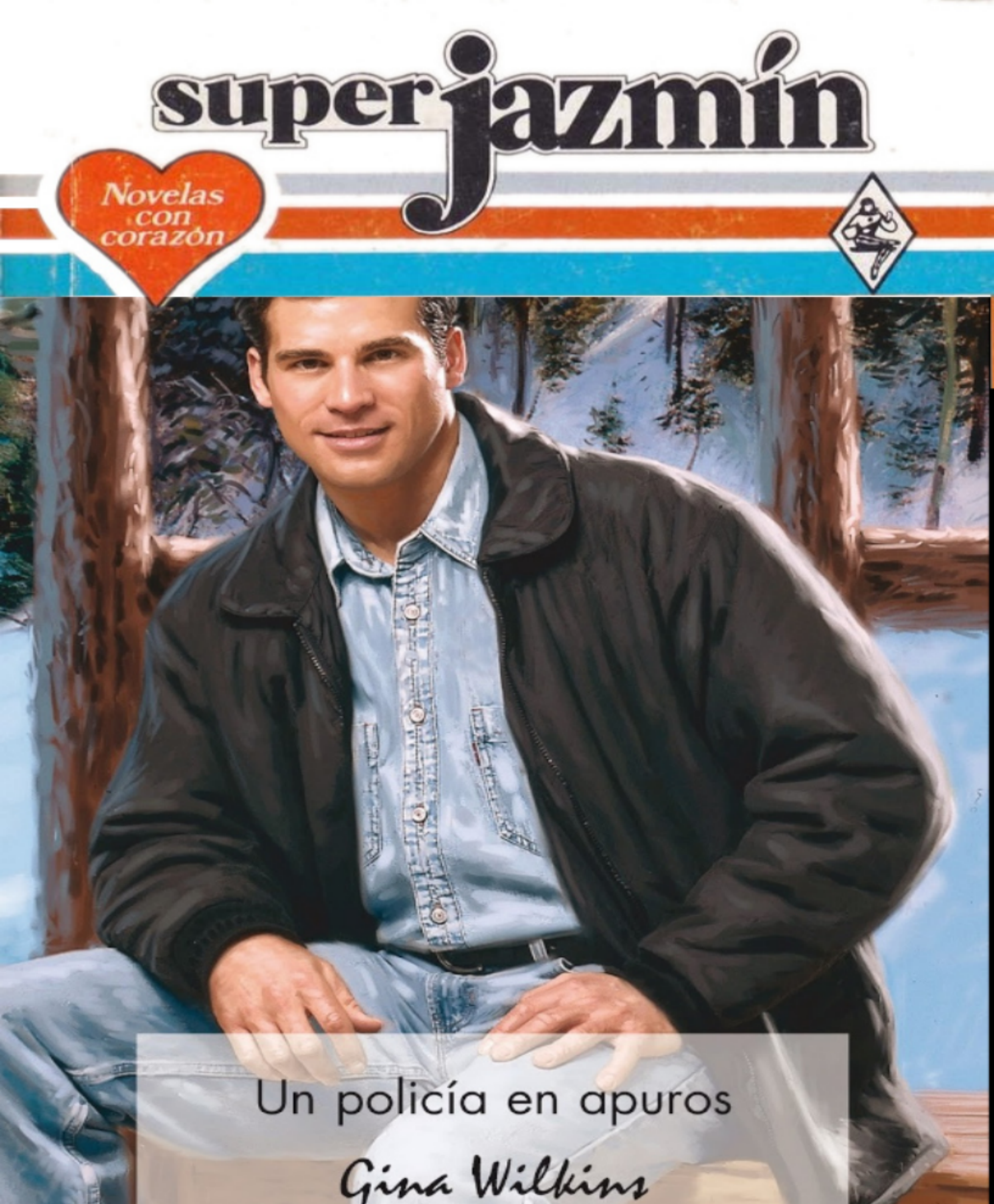

super jazmín
Novelas con corazón
Un policía en apuros
Gina Wilkins
O'LEARY

Un policía en apuros

Gina Wilkins

Sinopsis

A Lindsay Gray reportera del periódico local, se la acusaba de haber robado el corazón de Dan Meadows, el jefe de policía. Diez años mayor que ella, Meadows siempre la había considerado como una hermana pequeña… pero acababa de descubrir su belleza y algo empezaba a ir mal.

Con un poco de suerte era posible que no fuera demasiado tarde. Lindsay había sido vista por última vez intentando escapar de la ciudad.

Era una chica guapa y muy atrevida. Meadows ofrecía una buena recompensa por cualquier información que pudiera ayudarlo a encontrar a aquella belleza de ojos verdes.

Capítulo 1

Un pastel de cumpleaños en el que se habían colocado veintiséis velas esperaba sobre la mesa a Lindsay. Un montón de gente se arremolinaba en torno a ella, en casa de su amiga Serena, para ver cómo las soplaba. Consciente a su pesar de que faltaba una persona, Dan Meadows, respiró hondo y apagó todas las velas muy eficientemente. La audiencia aplaudió entusiasmada.

—Feliz cumpleaños, Lindsay —la felicitó Serena Schaffer, abrazándola mientras hablaba.

—Gracias. Es una fiesta magnífica, Serena —respondió.

—Sí que lo es, ¿verdad? —visiblemente satisfecha, Serena miró a la habitación llena de invitados que charlaban y reían—. Cómo me alegro de que todo el mundo haya podido venir.

«*No todo el mundo*», se dijo Lindsay también a su pesar.

—Ojalá Dan estuviese aquí —dijo Serena, como si hubiese desarrollado de pronto un desconcertante talento para leer el pensamiento—. Me dijo que lo intentaría.

—Debe estar por ahí, intentando encontrar pistas para cazar al pirómano ese.

—Seguramente —Serena frunció el ceño—. Espero que lo arresten pronto. Dan está muy estresado últimamente. Necesita unas vacaciones.

—Eso mismo creo yo.

Lindsay pensó en las líneas que se estaban marcando lentamente en torno a los ojos de Dan y a su boca. Necesitaba algo más en su vida, aparte del trabajo. Necesitaba una buena razón para volver a casa por la noche.

Lo mismo que ella.

El marido de Serena, Cameron North, que era el jefe de Lindsay y el editor del periódico y con quien Serena se había casado hacía tres meses, se unió a ellas en aquel momento, rodeando la cintura de su mujer con un brazo.

—¿Es que no vas a probar tu pastel de cumpleaños, Lindsay? Será mejor que te des prisa, o esos buitres acabarán con todo antes de que hayas podido probarlo.

—Seguro que alguien me guardará un trozo.

El pastel no le preocupaba en demasía y Lindsay estudió las caras de satisfacción que tenía ante sí.

Serena y Cameron se habían conocido en circunstancias poco corrientes: ella lo había encontrado tirado en una cuneta, medio

muerto de una paliza, incapaz de recordar quién era o cómo había llegado hasta allí. Cinco meses después, se casaban. Cameron había recuperado prácticamente toda la memoria, pero le había dicho sin sentir la más mínima vergüenza que por lo que a él se refería, su vida no había empezado de verdad hasta conocerla a ella al despertar en el hospital.

Aunque le había tomado el pelo por ser tan sentimental, a Lindsay le había conmovido aquella confesión. Y también había experimentado un poco de envidia. Serena y Cam habían sabido tan pronto que eran el uno para el otro¼ ¿cómo podía haberles sido tan fácil?

Bueno, para ser justa, tenía que reconocer que no había sido tan fácil. Había presenciado el sufrimiento de Serena cuando Cameron volvió a Texas a redescubrir su pasado, antes de darse cuenta de que su futuro quería pasarlo al lado de Serena, pero desde luego no había tardado veinte años en apreciar lo que tenía delante de los ojos.

Decidida a no malgastar más tiempo de su fiesta de cumpleaños lamentándose por Dan, sonrió y pidió en voz alta que alguien le pasara un trozo de tarta. Se echó a reír cuando al menos seis personas le pusieron un plato delante. Tenía muchos amigos, se recordó, un trabajo con el que disfrutaba, la libertad para poder perseguir sus sueños donde quiera que la llevasen y si el sueño romántico que la había traído de vuelta no estaba destinado a hacerse realidad¼ pues bueno, ya encontraría un sueño nuevo en alguna otra parte.

Veinte años era tiempo más que suficiente que invertir en una fantasía que se temía que nunca llegase a hacerse realidad.

A la mañana siguiente, como solía hacer en contadas ocasiones los sábados por la mañana en que no tenía que trabajar, se dedicó a limpiar un poco la casa en la que había crecido. Había heredado aquella casa de tres dormitorios hacía tres meses, a consecuencia del fallecimiento de su padre tras una larga enfermedad. Había muerto el lunes siguiente al día de Año Nuevo, lo que había hecho de aquellas fiestas unos días bastante tristes, tal y como lo venían siendo desde que empezó a encontrarse más débil. Sus muchos amigos en Edstown se habían asegurado de que estuviese poco tiempo sola.

Su hermano mayor, B. J., militar de carrera, había insistido en que se quedara ella con la casa, puesto que había sido ella quien había vivido allí durante los dos años que había durado la enfermedad de su padre. Aunque ella había aducido que lo había hecho porque quiso, B. J. se había negado a aceptar su parte de la casa, contentándose con una parte en la modesta suma pagada por

el seguro.

Llevaba un par de semanas pensando en poner la casa en el mercado y cuando la vendiera, le entregaría una parte de lo que sacara a su hermano. Luego, se buscaría trabajo en un mercado mayor, Little Rock, Atlanta, incluso Dallas y allí empezaría una nueva vida. Tenía las credenciales, la ambición y las conexiones necesarias para hacerlo. Nada la retenía allí.

Nada, suspiró.

El timbre sonó justo cuando acababa de terminar de pasar la aspiradora en el salón. Antes de abrir, se miró con disgusto. Llevaba una camiseta verde que le quedaba enorme, unos holgados pantalones cortos y unas zapatillas de estar por casa moradas. Tenía el pelo que parecían greñas rojas alrededor de la cara con algún que otro restregón de suciedad y con la esperanza de que se tratase de algún vendedor, abrió la puerta.

Tal y como llevaba ocurriéndole ya veinte años, el corazón le dio un vuelco cuando vio a Dan Meadows frente a ella. Y tal y como había hecho desde que era lo bastante mayor para entender el significado de la palabra orgullo, ocultó su reacción tras una descarada sonrisa.

—¡Eh, jefe! ¿Qué es de tu vida?

Él, vestido con un jersey color arena y unos viejos vaqueros, la miró de arriba abajo.

—¿Es que has perdido el calendario? Estamos a principios de marzo y no a mediados de verano.

—Estoy limpiando —contestó, encogiéndose de hombros.

—¡Ah! Eso explica tu nuevo perfume. Creía que te habías pasado a Eau de Pino.

Arrugando la nariz en respuesta a un chiste tan malo, lo invitó a entrar.

—Puesto que está ya todo limpio, puedes pasar.

—¿Cómo resistirse a una invitación tan airosa? —contestó y al pasar junto a ella sacó un paquete que traía oculto a la espalda—. Feliz cumpleaños, Lindsay. Siento felicitarte con un día de retraso.

Cerró la puerta y estudió el original papel de regalo y el lazo.

—Es imposible que el paquete lo hayas hecho tú. Es demasiado bonito.

—Tienes razón. Lo han envuelto en la tienda.

—Casi da pena abrirlo.

—¿Y qué te hace pensar que hay algo dentro? Puede que el regalo sea precisamente el paquete.

—Y también puede que tu cabeza esté llena de serrín.

Riendo, le alborotó el pelo, exactamente del mismo modo que hacía cuando Lindsay era una niña pegada a los talones de su

hermano y de él. Además, la diferencia entre el uno ochenta y cinco de él y el uno sesenta y uno de ella, se lo ponía aún más fácil para tratarla como a una niña.

—Anda, abre el regalo, princesa.

El uso del apelativo con el que se dirigía a ella cuando eran niños, hizo flaquear un poco su sonrisa.

—Sí, claro.

Con la confianza de alguien que había pasado en aquella casa mucho tiempo durante los últimos veinte años, Dan se acomodó en el sofá con un brazo extendido en el respaldo y las piernas estiradas. El pelo castaño le caía sobre la frente, terminando en un rizo justo sobre sus ojos oscuros. Parecía cansado y había una sombra gris en sus sienes, pero Lindsay podía ver con facilidad el rastro del guapo adolescente en el hombre atractivo en el que se había convertido.

Ella se sentó en una silla, con el regalo sobre las piernas. Aunque normalmente rompía el papel de los regalos al abrirlos, abrió aquel con una exasperante lentitud, sólo porque sabía que Dan se volvería loco.

—Como sigas así, va a llegar tu próximo cumpleaños y aún no habrás abierto ese regalo —se quejó.

—Quiero saborear el momento. Normalmente me das dolores de cabeza y no regalos.

—¿Que yo te doy dolores de cabeza? Pero si eres tú la periodista pelmaza que se me pega cada dos por tres en busca de alguna noticia caliente¼ si es que eso existe en Edstown.

—Yo sólo hago mi trabajo, jefe.

—Ya, pues a veces a mí me haces muy difícil el mío.

Puesto que era un viejo contencioso entre ellos, Lindsay lo dejó pasar y quitó el último trozo de papel.

—¡Dan! —se sorprendió—. Es precioso. Gracias.

Su sonrisa fue un poco presumida.

—¿A qué sé lo que te gusta?

Sí, lo sabía¼ Pero lo que le gustaba cuando tenía doce años.

Había coleccionado unicornios desde que era una niña hasta que empezó la universidad. Su habitación estaba llena de ellos, las paredes cubiertas con pósters de unicornios. Y Dan le había comprado otro de cristal marrón para su vigesimosexto cumpleaños, sin darse cuenta de que ya no era la niña que él conocía desde hacía tanto tiempo.

Con el corazón dolido, colocó el unicornio, símbolo perfecto de las fantasías sin esperanza, sobre la mesa.

—¿Has comido? Yo estaba a punto de hacerlo.

—La verdad es que estoy muerto de hambre. ¿Qué tienes?

—Sándwiches.

—Mi plato favorito —bromeó.

Sonriendo, Lindsay entró en la cocina y preparó unos sándwiches de queso y jamón, pepinillos y una ensalada con salsa ranchera. Durante la comida hablaron de su hermano, que era el mejor amigo de Dan desde la adolescencia y sus amigos comunes en Edstown. Le preguntó por sus padres, que solían pasar el invierno en el sur de Texas y él le dijo que estaban bien y que había hablado con ellos el día anterior.

Hubo un par de temas que evitaron deliberadamente, como por ejemplo el del pirómano que se les estaba resistiendo y por supuesto, el tema de que jamás hablaban: el amargo divorcio de Dan dos años antes, apenas seis meses antes del que Lindsay volviera para cuidar de su padre. Aun en el caso de que Lindsay hubiera querido hablar del desastre de su matrimonio, que no quería, Dan no habría cooperado. Había prohibido que se mencionase el nombre de su ex mujer en su presencia.

—En fin, que el ruido que la señora Treadway decía haber oído en su ventana no era más que la rama rota de un árbol. Desgraciadamente, cuando lo descubrimos, estábamos ya calados hasta los huesos, cubiertos de barro, medio congelados y a punto de ser convertidos en salchichas por el rottweiler de la señora Treadway.

Lindsay se rió de la anécdota, a pesar de la forma tan extraña que había tenido de contársela.

—Así que has conocido a Baby ¿no?

Él se estremeció.

—Baby estuvo a punto de morderme en una zona muy sensible. Te juro que sentí su respiración en¼

—Me lo imagino —lo interrumpió rápidamente. No estaba preparada en aquel momento para imaginarse las zonas sensibles de Dan—. Baby no es tan malo como parece. Cuando está con la señora Treadway es bueno como un oso de peluche.

—Sí, pues gracias a él, he estado a punto de dejar de cantar como barítono en el coro de la iglesia para pasar a soprano.

Sonriendo, señaló su plato.

—¿Quieres comer algo más? Tengo un poco de pastel de cumpleaños que Serena se empeñó en que me trajera.

—Vale. Siento haberme perdido tu fiesta, pero es que me lié en la comisaría y no pude salir hasta las once.

—Lo que explica lo de esas ojeras —dijo, mientras le ponía el plato con la tarta—. No descansas nada, Dan. Serena piensa que necesitas una vacaciones.

—¿Ah, sí?

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste más de veinticuatro

horas seguidas de descanso?

Él se encogió de hombros.

—No sé. Hace tiempo —admitió—. Pero me temo que lo de las vacaciones va a tener que esperar por ahora. No puedo irme mientras un chalado intenta quemar todos los edificios de la ciudad.

—Suelen pasar algunas semanas entre incendio e incendio. Tendrías tiempo de tomarte un descanso mientras otros siguen con la investigación de las pistas.

—Ese es el problema: que no tenemos pistas —se quejó—. Es un tipo escurridizo y sabe bien lo que hace. No deja una sola huella.

—Terminará por cometer un error y cuando lo haga, le echarás el guante.

—Sí, pero para eso tendrá que volver a incendiar. Por ahora ya llevamos una muerte y no quiero que haya más gente en peligro; ni siquiera los bomberos.

—Lo pillarás —predijo de nuevo.

—No lo dudes. Pero para eso no puedo irme de vacaciones. Además, ¿quién se va de vacaciones en esta época del año?

—¿Gente cansada que necesita un descanso?

Dan se limitó a encogerse de hombros y a llenarse la boca con un buen pedazo de tarta.

—Me alegro de haber venido —dijo después de haberse acabado el dulce y el té—. Hacía mucho tiempo que tú y yo no teníamos la oportunidad de charlar un rato¼ Sin que tú tuvieras un cuaderno en la mano, quiero decir.

—Es cierto. Apenas nos hemos visto desde que vino B. J. al funeral de mi padre.

La mención del padre de Lindsay empañó un poco su sonrisa.

—Todo te va bien, ¿no? Me refiero a lo de vivir en esta casa sola y eso.

—Sí, estoy bien. Por supuesto echo de menos a mi padre, pero estaba tan enfermo y debilitado que ya tenía asumido que iba a marcharse. Además, no es la primera vez que vivo sola ya lo sabes. Estuve tres años viviendo sola antes de volver para cuidarlo.

—Si necesitas algo, dímelo, ¿vale? Le prometí a B. J. que te echaría un vistazo de vez en cuando.

—Gracias, pero soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

—Lo sé —contestó y consultó el reloj—. Estoy muy a gusto aquí, pero tengo que irme. Me espera un montón de trabajo en la comisaría.

Lindsay lo acompañó a la puerta.

—Intenta no volver demasiado tarde a tu casa —le aconsejó—. No servirías para nada si te da un colapso de tanto cansancio.

Él se rió y fue a revolverle el pelo otra vez.

—Hablas igual que mi hermana.

—Pues no lo soy y como se te ocurra volver a hacerme eso en el pelo, te muerdo la mano.

—¡Ahora sí que te has parecido a mi hermana! —replicó él, riendo.

Lindsay apretó los dientes y abrió la puerta.

—Adiós, Dan. Y gracias otra vez por el regalo de cumpleaños.

—De nada.

Bajaba ya las escaleras cuando a Lindsay se le ocurrió decir:

—Estoy pensando en vender la casa.

Él se detuvo y se volvió sorprendido.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Es que es demasiado cara de mantener?

—No, no es por eso. Es que estoy pensando en la posibilidad de buscar trabajo en una ciudad más grande. En Atlanta o Dallas.

—¡Ah! —se guardó las manos en los bolsillos como si no supiera bien qué responder—. Bueno¼ supongo que tendrías mejores perspectivas para tu carrera en un mercado mayor, pero¼ te echaríamos de menos aquí.

—Aún no he tomado la decisión final. Sólo lo estoy pensando.

—Ya. Bueno, tendrás que hacer lo que te parezca mejor para tu futuro. Tengo que irme, Lindsay. Ya nos veremos.

—Sí —contestó ella, apoyada contra el marco de la puerta mientras él se subía al coche—. Ya nos veremos, Dan.

Un rato más tarde, llevó el unicornio a su habitación y lo colocó sobre la cómoda. Antes de marcharse a la universidad, había dejado embalada su colección de unicornios¼ aunque claro, Dan no podía saberlo. Hacía años que no entraba en su dormitorio.

Seguramente seguía imaginándosela rodeada de osos de peluche. ¡Estúpido¼!

Al pasar por delante del espejo del armario se detuvo un instante. La ropa que llevaba puesta, grande y sin formas, engullía su figura y las zapatillas de estar por casa, una especie de zuecos de pelo largo, parecían de las que se piden a los Reyes Magos. Se pasó una mano por el pelo revuelto y se quitó un restregón oscuro de la mejilla.

—No me extraña que siga pensando que tengo doce años —murmuró. Recordó entonces a la ex mujer de Dan, siempre con el pelo perfecto, la cara perfectamente maquillada, los dientes perfectos, los pechos perfectos. Se volvió de lado y sacó pecho—. Lastimoso —le dijo a su reflejo en el espejo—. Lastimoso.

Recordó todas las ocasiones en que se había encontrado con Dan, las tonterías de que habían hablado, los chistes malos que se contaban el uno al otro, casi igual que se comportaba con su hermano cuando estaba en casa. Después, cuando habían pasado a

tratarse también en el plano profesional, casi siempre terminaban gritándose el uno al otro y tenía que admitir que normalmente era ella quien empezaba. Quizá fuese culpa suya que no la viera como una mujer sexy y deseable.

Si se marchaba de la ciudad y se olvidaba de sus sueños, ¿lamentaría después no haberlo intentado? Ella no era una mujer que se rindiera fácilmente y nunca había dudado a la hora de perseguir algo que deseaba conseguir. Excepto en el caso de Dan. ¿Qué tenía que perder¼ aparte de su dignidad y su orgullo?

La mujer descuidada del espejo palideció un poco, pero un brillo decidido apareció en sus ojos verdes. Dan Meadows iba a tener que enfrentarse a un serio problema.

Capítulo 2

—Qué haces ya aquí? —preguntó la secretaria de Dan, mirándolo desde la puerta de su despacho.

Él levantó la mirada de los papeles que atestaban su mesa.

—¿Cómo dices?

—He dicho que anoche no te fuiste de aquí hasta después de las diez y que ahora no son aún las ocho y ya estás dándole otra vez —Hazel Sumners movió la cabeza, exasperada—. No eres Superman, ¿te enteras? Necesitas descansar.

Él suspiró.

—Te informo de que esta noche he dormido casi ocho horas, tiempo más que suficiente para un hombre adulto.

—El descanso es algo más que dormir unas cuantas horas. ¿Qué pasa con el tiempo libre? ¿Cuándo te diviertes? Ni siquiera fuiste a la fiesta del cumpleaños de Lindsay el viernes por la noche.

—He visto a Lindsay el sábado —replicó.

—Esa no es la cuestión. Deberías haber estado en esa fiesta, pasando un buen rato con tus amigos. Deberías haberte tomado libre el sábado por la tarde para irte a pescar con Cameron y unas horas ayer para ir a la iglesia y a cenar en algún sitio agradable. ¿Pero qué hiciste? Trabajar y trabajar, con tan sólo media hora de descanso para comer un sándwich en casa de Lindsay.

—¿Pero cómo¼?

—Ayer por la mañana vi a Lindsay en la iglesia y le pregunté si te había visto durante el fin de semana. Me contó que te habías pasado a felicitarla y que luego te viniste inmediatamente para aquí.

—¿Preguntas a todo el mundo por mi vida privada, o sólo a un puñado de elegidos?

Le hizo la pregunta en tono desenfadado, pero le molestó que Hazel siguiera sus pasos tan de cerca.

—Tus amigos están preocupados por ti, Dan¼ Lo mismo que tus compañeros. Estás trabajando demasiadas horas y demasiado duro y si no te lo tomas con más calma, te va a dar algo.

Dan intentó no perder la paciencia, pero le hizo falta mucho esfuerzo.

—Me tomaré un tiempo de descanso en cuanto atrapemos al pirómano.

Sin dejar de fruncir el ceño, volvió a mover la cabeza, aunque no el pelo entrecano, que llevaba bien sujeto con laca.

—Es lo mismo que dijiste el verano pasado, pero Delbert Farley lleva semanas ya en la cárcel y tú sigues trabajando al mismo ritmo. Cuando atrapes al pirómano, volverá a surgir algo y antes de que te des cuenta, se te habrá pasado más de media vida.

—Muchas gracias por una predicción tan halagüeña. Y ahora, ¿te importaría contestar al teléfono antes de que de tanto sonar, se caiga de tu mesa?

Hazel dio media vuelta murmurando algo entre dientes y Dan, incapaz de resistirse, masculló:

—¡Mujeres!

¿Qué demonios les pasaba a todas últimamente? Entre su secretaria, las amigas, las abuelas y su hermana, lo traían de cabeza con sus horarios y su falta de vacaciones. Por no hablar de Lindsay, claro¼ Pegada a sus talones para saber todo cuanto pudiera de sus investigaciones, para luego anunciar de golpe y porrazo que estaba pensando en marcharse.

¿En qué estaba pensando? Sí, le había ido bien en Little Rock durante el par de años que estuvo viviendo allí antes de que volviese para cuidar de su padre, pero en el fondo, ella era chica de ciudad pequeña, no una de esas duras reporteras de ciudad. Y sinceramente, no le gustaría presenciar cómo llegaba a serlo.

No es que a él le importara, claro. No le había pedido su opinión. Simplemente se lo debía a su amigo B. J., a quien le había prometido que estaría al tanto de ella tras morir su padre.

Incluso en el momento de hacer la promesa había sabido que se trataba sólo de una formalidad. Aunque era diez años menor que B. J. y que él mismo, Lindsay era una mujer adulta y perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones. Si elegía marcharse a Dallas o a Atlanta, incluso a la Antártida llegado el caso, poco podría hacer él por detenerla. Pero eso sí, a pesar de lo mucho que se quejaba por tenerla pegada a los talones en el terreno profesional, sabía que la echaría mucho de menos si llegaba a marcharse.

Tenía que concentrarse de nuevo en lo que estaba haciendo, de modo que miró los expedientes que tenía sobre la mesa. Contenían sumarios sobre los incendios que se habían provocado en la ciudad, empezando por el del viejo granero el verano anterior. Unas pocas semanas después de esos, una casa de alquiler que se había quedado vacía pocos días antes, había ardido también en circunstancias poco claras. Unas semanas más tarde, un viejo garaje. Y luego el trágico incendio de la cabaña, en el que Truman Kellogg había resultado muerto.

Kellogg estaba dormido cuando se desató el incendio y había muerto en la cama. Seguramente sin tan siquiera despertarse, afortunadamente. Era el primer caso en el que se incendiaba una

construcción con ocupantes. Claro que existía la posibilidad de que el incendiario no supiera que había alguien dentro: Truman apenas iba por aquella cabaña de vacaciones que solía usar sólo durante los meses de verano.

Unos cuantos detalles más hacían de aquel un incendio diferente de los demás, pero era difícil pensar que no formase parte de la cadena, teniendo en cuenta todo lo que había pasado en aquellos meses. Ni Dan ni el jefe de bomberos habían descartado el incendio de la cabaña como uno más de los causados por el pirómano, aunque no tenían pruebas de que hubiese sido provocado.

Había transcurrido un largo espacio de tiempo entre aquel incendio y el siguiente; el del almacén abandonado, ocurrido la semana anterior. Un lapso lo bastante largo como para que la gente hubiese empezado a alimentar la esperanza de que los fuegos hubiesen terminado. Al menos, nadie había muerto en aquel último incidente y Dan estaba decidido a dar caza al pirómano antes de que alguien más pudiese morir.

—Jefe —la voz de Hazel sonó por el intercomunicador del teléfono. Por su tono, supo que seguía molesta con él—. El alcalde está al teléfono.

Dan descolgó, consciente de que aquella llamada en particular no iba a darle la tabarra sobre sus vacaciones.

—Haz algo con él.

En respuesta a aquella orden, Paula Campbell estudió a Lindsay con los brazos en jarras y una evidente curiosidad.

—¿Y qué quieres que haga?

Lindsay se encogió de hombros, mirándose en el espejo de la peluquería.

—No sé. Córtamelo. Rízamelo. Cárdamelo. Lo que sea, con tal de que no parezca un crío de doce años.

Paula se rió mientras sacaba de la estantería una capa y una toalla.

—Nadie podría pensar que eres un chico. No con esos ojos tan preciosos y tan verdes, o con una piel como la tuya. Pero si lo que quieres es un estilo más delicado o más cuidado que el que llevas desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo de la última vez que te lo corté, eso sí que podemos conseguirlo. ¿Quieres echar un vistazo al álbum de las fotografías?

—No. Confío en que me harás lo que me quede mejor. Pero que sea algo que pueda ser fácil de mantener, ¿vale?

—Hecho —animada por el reto, Paula comenzó, a trabajar con entusiasmo—. ¿Qué es lo que ha inspirado el cambio? ¿Estás intentando impresionar a alguien?

Consciente de que las otras tres mujeres sentadas frente al espejo

de la peluquería escuchaban con avidez, Lindsay se echó a reír.

—Sí, claro. Estoy esperando a que Brad Pitt deje a su mujer y venga a buscarme. ¿Es que no se puede cambiar de corte de pelo sin que la acusen a una de intentar atrapar a un hombre? Acabo de cumplir años. ¿No te parece razón suficiente para querer un cambio?

—Sí, claro¼ sobre todo cuando se cumplen treinta, cuarenta o cincuenta. Pero tú acabas de cumplir veintiséis y no es un número por el que una mujer suela salir corriendo a que la maquillen o que hagan una operación de estética. Por eso me he imaginado que debía tratarse de un hombre.

—Es una pena que tu nuevo jefe ya esté ocupado, ¿verdad Lindsay? Cameron North es un hombre muy guapo —comentó la mujer a la que le estaban tiñendo y permanentando el pelo en la butaca de al lado.

Lindsay sonrió.

—Sí que es guapo, pero está muy ocupado. Serena y él sólo tienen ojos el uno para el otro.

Lila Forsythe suspiró bajo el casco de rulos.

—Su historia es tan romántica¼ Ella le salva la vida y él se enamora de ella incluso antes de haber recuperado la memoria. La madre de Serena dice que fue amor a primera vista. Por eso no le preocupó que se casaran tan pronto.

—Amor a primera vista —se burló Paula, girando el sillón de Lindsay para que se fuera al lavabo—. Eso nunca funciona. Puede que Serena y Cameron sean la excepción.

Lindsay no contestó. No tenía intención de confesar que su propia experiencia con el amor a primera vista hubiese durado veinte años y siguiera contando.

Dan volvió a pensar en Lindsay durante la comida, que consistió en un sándwich que se comió en la mesa de la oficina. Hazel se lo trajo al volver ella de comer y se pasó cinco minutos reprendiéndole por sus hábitos alimenticios antes de que Dan no pudiera soportarlo más y le pidiera que lo dejase comer en paz.

Se había pasado las últimas dos horas en una reunión con el jefe de bomberos y dos detectives de Little Rock. Como resultado, había sobre su mesa un montón de notas, a pesar de que en realidad habían avanzado muy poco. Los consultores habían analizado hasta la última prueba, por pequeña que fuera, de los incendios de Edstown; incluso habían visitado las escenas del crimen, pero sus conclusiones habían diferido muy poco de las que Dan y John Ford, el jefe de bomberos ya habían extraído: que alguien estaba provocando deliberadamente incendios y cubriendo después su rastro a la perfección, de modo que no había forma de identificarlo.

Por el momento.

Se pasó la mano por el pelo y como se le enredaron los dedos recordó que necesitaba un buen corte. ¿Cuánto tiempo tardaría Lindsay en presentarse a curiosear para intentar enterarse de todo lo que se había dicho en la reunión? Tendría que facilitarle información con cuentagotas, de modo que el artículo resultante no pudiera inquietar a los lugareños.

Tal y como había predicho, no había transcurrido aún una hora cuando Hazel lo llamó por el intercomunicador:

—Tengo aquí a un periodista del Evening Star, jefe. ¿Estás?

Por el tono de voz, estaba claro que el periodista en cuestión sabía que estaba en su despacho; aun así, podía decir que no, por supuesto. Pero cuando antes se lo quitase de en medio, mejor.

—Sí, Hazel. Hazla pasar.

Rápidamente echó un vistazo a su mesa para asegurarse de que no había ningún documento confidencial a la vista, por si acaso. No terminaba de fiarse de Lindsay en ese sentido.

Pero no fue Lindsay quien entró en su despacho un momento después, sino un joven alto, delgaducho y con una sonrisa perezosa que iluminaba unos ojos grises en un rostro cuadrángulas

—¡Hombre! Hola, Riley —lo saludó, intentando convencerse de que no estaba desilusionado de que no fuese Lindsay—. ¿Es que Lindsay anda dándole la tabarra al jefe de bomberos, o al alcalde?

—Lindsay se ha tomado el día libre —Riley O'Neal se acomodó un poco de cualquier manera en una de las sillas que había frente a la mesa de Dan—. Cam quiere que averigüe si hay pistas nuevas en el caso del pirómano.

—¿Que Lindsay se ha tomado el día libre? ¿Es que está enferma?

—Que yo sepa, no. Hay personas que tienen otra vida, aparte del trabajo, ¿sabes?

La puya le llegó acompañada de una sonrisa. Como todo el mundo en Edstown, Riley estaba al tanto de los hábitos laborales del jefe de policía, una filosofía que no compartía en absoluto.

Riley tenía treinta años y desde que acabó la carrera estaba, o decía estar, trabajando en una novela. No se había criado en Edstown, pero sus abuelos maternos habían vivido allí, lo mismo que su tío favorito, que seguía teniendo una casa en la ciudad. Venía muy a menudo de niño, tanto que todo el mundo lo conocía aun antes de empezar a trabajar en el periódico. Decía que le gustaba el ritmo lento de las ciudades pequeñas. Que así encontraba más tiempo para escribir.

Dan siempre lo había considerado un excéntrico, un solitario, un sabelotodo, pero a pesar de ello, le gustaba. Además, Riley no sabía presionar con tanta insistencia como Lindsay de modo que era más

fácil tratar con él cuando no estaba de humor para cooperar con la prensa.

Así que no había por qué desilusionarse por la ausencia de Lindsay. Al fin y al cabo, tendría que acostumbrarse si se marchaba.

Iba a echarla de menos. Lindsay era como de la familia para él, así que era lógico que sintiera una especie de vacío ante la idea de no volver a tenerla en su vida.

—Así que no estáis más cerca de resolver el caso de lo que lo estabais hace un mes, ¿no? —preguntó Riley con el bolígrafo suspendido sobre el viejo cuaderno que acababa de sacar del bolsillo de la chaqueta—. ¿Habéis pasado los cargos a asesinato, después de lo de Truman Kellogg?

Tenía que concentrarse en las respuesta que le daba, no fuera a meter la pata, así que se quitó a Lindsay de la cabeza y contestó que no había pruebas de que el incendio en casa de Kellogg estuviese relacionado con los otros. Riley se conformaría con eso; Lindsay habría seguido preguntando y no pudo evitar sonreír.

Con la lengua entre los dientes, Lindsay se acercó al espejo iluminado con un perfilador en la mano y maldijo entre dientes cuando sin querer, se pintó la mejilla.

—No puedo hacerlo.

Connie Peterson se echó a reír y le entregó un algodón impregnado en leche limpiadora.

—Claro que puedes. Sólo necesitas un poco de práctica¼ Algo que muchas mujeres tienen ya antes de llegar a tu edad.

Lindsay frunció el ceño.

—No he tenido tiempo de entretenerme con maquillajes.

—¿Y por qué has decidido cambiar? —le preguntó la maquilladora. Se conocían desde el instituto.

—Bueno, lo normal¼ porque me hago vieja y no me gusta que se note.

La risa de Connie sonó burlona.

—¡Pero si nadie diría que tienes tan siquiera edad de conducir! Seguro que aún te piden el carné si quieres tomar una copa.

Con sumo cuidado, Lindsay siguió las instrucciones de Connie y se aplicó el perfilador de ojos. Aquella vez le salió algo mejor.

—Puede que lo que quiera sea representar la edad que tengo.

—Es por un tío, ¿verdad?

La mano le tembló de tal modo que se manchó la otra mejilla.

—¿Por qué todo el mundo da por sentado que quiero cambiar de aspecto por un hombre?

—Pues porque todas lo hemos hecho alguna vez. Te has cambiado el pelo, que por cierto, te queda genial y estás invirtiendo en pinturas de guerra. Definitivamente tiene que ser un tío.

—¿Tú has cambiado alguna vez tu aspecto para atraer a un tío? —le preguntó con curiosidad. Atractiva y extrovertida, Connie era una mujer de cabello y ojos castaños que siempre parecía sentirse cómoda entre hombres y de quien se rumoreaba había roto unos cuantos corazones a lo largo de los años.

—Por supuesto. ¿Recuerdas cuando intenté decolorarme el pelo en el último año de instituto? Error monumental, por cierto, pero lo hice porque Curtis Hopper había dicho que le gustaban las rubias.

Lindsay no pudo contener la risa.

—¿Curtis Hopper? ¿En serio? No sabía que te hubiera gustado.

—Era un encanto, no me digas. Aunque supongo que debería haber captado la indirecta al descubrir que lo único que teníamos en común él y yo era el maquillaje.

Lindsay volvió a reír. Quizá la perspectiva femenina de Connie le viniera bien, siempre y cuando tuviese cuidado de cómo hacía las preguntas.

—¿Alguna vez has visto que funcione? Me refiero a lo de que una mujer cambie su aspecto para atraer la atención de un hombre.

—Por supuesto. Montones de veces. Los hombres se acostumbran a ver a una mujer de un modo determinado y si hay un cambio, empieza a mirarla de otra manera¼ casi como si la viera por primera vez.

Lo cual era exactamente lo que ella esperaba que ocurriera.

—¿Y no te parece que es algo¼ no sé, desesperado, quizá?

Connie se rió.

—Claro que no. A veces hay que darles un buen golpe en la cabeza para que se enteren de algo. La sutileza no suele ser una virtud masculina.

—Y que lo digas —suspiró, recordando todos los sutiles mensajes que había enviado a Dan durante los últimos meses. Mensajes que al parecer, no habían conseguido penetrar en su dura cabezota.

—Supongo que no querrás decirme de quién se trata.

Lindsay negó con la cabeza.

—Tú sólo enséñame a utilizar las pinturas de guerra, ¿vale?

—Ese es mi trabajo —contestó, buscando una máscara de pestañas—. Cuando termine contigo, ese tío, quienquiera que sea, tiene las horas contadas.

Lindsay estaba empezando a pensar que todo lo que había hecho durante el día era una especie de ejercicio de humillación. Pero no iba a rendirse.

—¿Qué color de perfilador tengo que usar? ¿Y por qué demonios necesito perfilarme los labios?

A las seis en punto de la tarde del viernes, Dan estaba ayudando

a dos de sus oficiales a calmar a un par de beligerantes borrachos en el aparcamiento de Gaylord, a las afueras de la ciudad. Era más pronto de lo normal para aquella clase de altercado y se había metido en el lío sólo porque solía cenar allí los viernes y al llegar había visto a uno de los borrachos que intentaba darle un puñetazo a uno de sus oficiales. Su presencia puso fin enseguida a la conmoción y los dos bravucones fueron reducidos y metidos en el coche patrulla.

En cuanto entró en Gaylord, el corpulento propietario del local lo saludó:

—Hola, jefe, ¿cómo estás? —le gritó por encima de la música que bramaba desde los altavoces.

—Bien, gracias, Chuck. ¿Qué tal está hoy el estofado de quingombó?

—Como siempre: lo mejor que te puedes llevar a la boca. Búscate una silla y le diré a Gary que te sirva un plato. ¿Quieres una cerveza?

—Mejor agua. Sigo de servicio.

—Tú siempre estás de servicio. Les diré que te pongan unos fritos de maíz también. Pero deja sitio para el postre. Mi madre lleva toda la tarde pegada al horno y te prepararé una buena achicoria.

—Estupendo.

Iba a ser la primera comida caliente que tomase desde hacía días, así que tragando ya saliva se dirigió a su mesa favorita, situada al fondo de la sala. Cenaría solo, como siempre.

O eso creía él, porque apenas se había sentado cuando apareció Lindsay Gray.

Tardó un momento en darse cuenta de que era ella. Parecía distinta y no tenía nada que ver con el efecto de la tira de luces de plástico en forma de pimientos rojos que colgaban sobre sus cabezas. Se había peinado de otro modo, un poco rizado y llevaba más maquillaje que de costumbre. No lo necesitaba, desde luego, pero tenía que admitir que le quedaba muy bien.

Sólo entonces se dio cuenta de cómo iba vestida. Era un vestido de punto lo que llevaba puesto, raro en ella, corto tanto por arriba como por abajo. No es que arriba hubiese demasiado que pudiera llamar la atención, pero lo que se veía tenía muy buena pinta. Y las piernas¼ ¿Quién habría dicho que una mujer tan bajita pudiera tener una piernas tan largas?

—Hola, Dan. Qué casualidad encontrarte aquí.

La voz era definitivamente la de Lindsay¼ Inesperadamente profunda para tratarse de una mujer menuda como ella.

—Lindsay ¿qué haces aquí? ¿Es que tienes una¼ cita o algo así?

—No —contestó ella y Dan se preguntó por qué se alegraba de que así fuera—. Sólo que me apetecía tener un poco de compañía esta noche y comida cajún, típica en determinadas zonas del sur de Louisiana.

—¿Te vale la mía? —le preguntó, al tiempo que le hacía sitio en el banco y al tiempo también que le dedicaba una mirada de pocos amigos a un tipo grasiento que sentado en una mesa cercana, contemplaba con deleite las piernas de Lindsay.

Ella tardó tanto en contestar que Dan frunció el ceño. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Habría ido allí con la idea de pescar a alguien? ¿Sería esa la razón de que se hubiera vestido así? ¿Le gustaría que bolas de sebo como aquel tipo la mirasen de ese modo?

—Siéntate.

Lindsay obedeció la orden pero no sin mirarlo enarcando una ceja perfectamente delineada.

—No quiero molestarte, si te apetecía cenar tranquilamente solo.

No parecía muy convencido de haberse creído la explicación, pero contestó:

—Siempre disfruto con tu compañía, ya lo sabes.

Su sonrisa le recordó más a la mocosa hermana de B. J., que a la sexy pelirroja que le había saludado un momento antes.

—Qué agradable estás hoy. ¿Qué has pedido?

—Gumbo. ¿Quieres lo mismo?

—Vale.

Dan miró a Chuck y levantó dos dedos en el aire, a lo que éste respondió levantando el pulgar.

Consciente de que la cena se tomaría su tiempo ya que el servicio de aquel lugar era agradable pero no demasiado rápido, pensó en el modo de iniciar una conversación.

—¿Qué tal te ha ido la semana? No te he visto por ahí.

—He estado ocupada. Y tú también, según he oído. Riley me ha dicho que ha tenido casi que echarte el lazo cada vez que quería hacerte una pregunta.

—Sí. Oye, por cierto, ¿cómo es que de pronto se encarga él de las noticias de la policía?

Lindsay se encogió de hombros y uno de ellos a punto estuvo de salírsele por el escote de aquel vestido tan negro.

—He estado trabajando en unos artículos que van a publicarse la semana que viene. Tratan de los vecinos más antiguos de la ciudad. Están muy bien.

—¿Has hablado con el jefe Collier?

—Por supuesto. Tiene ciento dos años y sigue estando despierto como una ardilla. Me contó unas anécdotas geniales.

—¿Y Nellie Pollard? No habrás podido entrevistarla.

—Es una pena —admitió—. La pobre se pasa el día en su silla de ruedas, balanceándose y canturreando, cuando no está dormida, claro.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—He entrevistado a uno de sus hijos que aún vive. Y a sus nietos. También a algunos de sus alumnos de piano. Su vida ha quedado bastante bien reflejada a través de la gente con la que ha convivido. Durante casi sesenta años, puso música en la vida de varias generaciones de jóvenes; ahora la mayoría de ellos son mayores, pero recuerdan su música.

Dan miró a Lindsay al resplandor de las luces con forma de pimiento. Tenía un aire soñador, como si ella también pudiera oír esa música.

Seguro que los artículos serían buenos, mejores de lo que cabría esperar de un periódico de ciudad pequeña. Pero el Evening Star era un periódico mejor que la mayoría, sobre todo desde que Cameron era su editor y siempre que Lindsay y Riley escribieran la mayor parte de los artículos. Cameron se quedaría, al fin al cabo se había casado con la dueña del periódico, pero Riley terminaría por marcharse, en cuanto decidiera ponerse en serio con la novela que tanto tiempo llevaba escribiendo.

Y en cuanto a Lindsay¼ bueno, Lindsay debería emplear su talento en un mercado más importante, por mucho que a él lo molestara admitirlo.

El hijo de Chuck, Gary llegó entonces con una bandeja muy cargada: dos cuencos de arroz, otros dos de oloroso jumbo de marisco y hortalizas, maíz y dos jarras llenas de agua fresca.

—¿No queréis una Cerveza con esto?—preguntó Gary al dejar la comida.

—No.

—Sí.

Habían hablado al mismo tiempo y Dan miró a Lindsay.

—No —repitió.

Ella frunció el ceño pero se encogió de hombros.

—Vale —contestó Gary—. Si necesitáis algo, llamadme.

Y se alejó a su velocidad habitual¼ la de una tortuga.

—Estoy de guardia —explicó Dan.

—Pero yo no.

Bañó el arroz con una cucharada de jumbo y añadió una buena cantidad de salsa picante.

—¿Desde cuándo bebes cerveza?

—Sólo la tomo de vez en cuando, pero ya tengo edad de hacerlo cuando quiera, ¿o es que necesitas que te enseñe el carné de identidad?

Sabía muy bien que era lo bastante mayor para beber legalmente, pero eso no significaba que tuviera que gustarle. ¿Con qué asiduidad iría por allí, vestida así y tomando cerveza?

Estaba conociendo un aspecto totalmente distinto de la hermana pequeña de B. J., un aspecto que no estaba seguro de que le gustase. Pero es que a él no le gustaban los cambios.

Comieron en silencio durante unos minutos¼ hasta que su comida se vio interrumpida por un joven fornido de cabello castaño cuyos ojos azules parecían clavados en el pecho, no demasiado exuberante pero atractivo, de Lindsay.

—Hola, jefe —dijo el intruso, pero sin mirar a Dan.

—Hola, Jim. ¿Qué hay?

—Pues no mucho. ¿Cómo estás, Lindsay? Hacía mucho que no te veía.

Ella le contestó con su amabilidad habitual.

—Hola, Jimmy. ¿Qué tal van las cosas por la tienda?

—Mucho mejor ahora que Delbert Farley está tras las rejas. No me gustaba trabajar con un gili¼ con un imbécil como él.

A Dan le parecía extremadamente irritante que Jimmy no dejase de mirar el escote de Lindsay.

—Me alegro de haberte visto, Jimmy —dijo, sin importarle parecer grosero—. Que disfrutes de la cena.

—Eh¼ ¡Oh, sí! Ya nos veremos, jefe. A ti también, Lindsay.

—Hasta luego, Jimmy —se despidió ella y esperó a que se hubiera alejado antes de decir—. Estás un poco tenso hoy ¿no?

—¿A qué te refieres? —preguntó con brusquedad.

—¿Lo ves? Estás de mal humor. Y esta vez no te ando dando la plasta para que me cuentes alguna historia.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento. Es sólo que tengo hambre.

—Pues come —contestó ella con una sonrisa, acercándole el plato de maíz.

Sus manos se rozaron. Aunque reaccionó a su contacto, lo que más le llamó la atención fue darse cuenta de que se había hecho la manicura y que sus uñas, normalmente sin ningún tipo de barniz, estaban teñidas de un color oscuro.

Y por alguna razón, aquella observación le hizo fruncir de nuevo el ceño.

Capítulo 1

Lo del maquillaje había sido una absoluta pérdida de tiempo, igual que todo lo demás: tanta peluquería, tantas compras, tanta tontería¼ para nada. Dan ni siquiera se había dado cuenta.

Intentando fingir entusiasmo por la cena, se la terminó.

—¿Quieres algo más? —preguntó él.

Lindsay negó con la cabeza.

—Gracias, pero no podría con un bocado más.

—Entonces, a ver si me cobran —dijo, alzando una mano para intentar llamar la atención del joven—. Parece como si Gary anduviese hoy más lento de lo normal.

—Yo también lo he pensado. A lo mejor necesita tomar unas vitaminas.

Dan se rió.

—Yo creo que ha nacido así.

—Oye, que mi cena la pago yo.

Dan la miró por encima del borde de la taza de café que se estaba tomando.

—De eso, nada.

—No he cenado contigo para que me invitaras.

—Lindsay pago yo y basta.

La molestaba mucho cuando Dan usaba con ella el mismo tono que su hermano, precisamente porque él no lo era. Pero al parecer, no había nada que hacer para que él cambiase esa percepción de ella, lo cual significaba que había perdido un par de cientos de dólares en peluquería, cosméticos y un vestido nuevo.

—Hola, Lindsay. Estás muy guapa esta noche.

Un vaquero alto, con una camisa muy roja y vaqueros ajustados, se rozó con la mano el ala del sombrero a modo de saludo mientras le dirigía una sonrisa deliberadamente lenta.

No le venía nada mal un poco de ánimo, así que sonrió:

—Gracias, Bo. ¿Cómo va todo?

—No puedo quejarme. ¿Me reservas un baile para más tarde?

—Puede que sí.

Aquella respuesta, aunque vaga, debió satisfacerlo porque volvió a rozarse el ala del sombrero con la mano, inclinó la cabeza levemente ante Dan y se alejó.

—¿Lo conoces? —preguntó, de nuevo con el ceño fruncido.

Era evidente que la pregunta era absurda puesto que había hablado con él por su nombre de pila, pero teniendo en cuenta que

Dan no estaba del mejor humor, se limitó a decir:

—Fuimos al colegio juntos.

—¿Esperabas habértelo encontrado aquí esta noche?

Le sorprendió la pregunta.

—No.

—Este no es el mejor sitio para una chica soltera y sola los viernes por la noche, sobre todo cuando la gente ya lleva aquí unas cuantas horas. Los fines de semana recibimos muchas llamadas en la comisaría.

—A lo mejor debería volver a recordarte que soy una mujer adulta ya —replicó, repiqueteando con las uñas de una mano sobre la mesa—. Y este lugar es uno de los pocos que hay por aquí para adultos.

Él levantó en alto una mano en un gesto de paz que sirvió de poco.

—Sólo era un comentario.

Nada estaba saliendo aquella noche como a Lindsay le habría gustado. Podía haberse quedado en casa en camiseta y zapatillas, que le habría dado lo mismo. Podría haberse tirado en el sofá delante de la tele a comer patatas fritas. Así se habría ahorrado la humillación de tener a Dan sentado frente a ella al otro lado de la mesa totalmente indiferente a los cambios que había efectuado en su aspecto durante la semana y sermoneándola como si fuese una inocente cría de colegio.

Estaba claro que Jimmy y Bo la habían encontrado atractiva, pero tenía que admitir que lo que verdaderamente les había atraído era su escote. El interés que ella quería despertar aquella noche era el de Dan, pero no así.

Dan miró el reloj y dejó dinero sobre la mesa.

—Tengo que pasarme por la comisaría un momento. Te acompañaré al coche.

—¿Quién te ha dicho que voy a marcharme?

Dan se quedó parado.

—Ya has terminado de cenar, ¿no?

Ella miró a la pista de baile, que empezaba a llenarse de gente.

—Sí, pero no tengo prisa por volver a casa. No me espera nadie.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí para bailar con ese vaquero y beber cerveza? ¿Por eso tanto preparativo de pelo, maquillaje y escote?

De modo que sí se había dado cuenta de los cambios y aquella era su forma de hacérselo saber¼ no con un cumplido, sino con una crítica.

—Ese vaquero tiene nombre y es Bo —espetó, dando una palmada sobre la mesa—. Y sí, puede que baile con él. Incluso

puede que me acueste con él. Incluso puede que me dé un revolcón con él en el aparcamiento y que luego vuelva a buscar a Jimmy.

Dan apretó los dientes y los ojos le brillaron con malicia.

—¿Puede saberse qué demonios te pasa esta noche?

Se levantó y apoyó las manos en la mesa de modo que tuviera una buena panorámica de lo que Bo y Jimmy parecían haber encontrado tan interesante.

—Mi problema es que ya he crecido, Dan Meadows y parece que toda esta ciudad se ha dado cuenta de ello¼ excepto tú.

Antes de que pudiera contestar, ella se incorporó y alisó las arrugas de su vestido.

—Gracias por la cena —le dijo—. Te dejo que vuelvas al trabajo, que además es el lugar en el que más te gusta estar.

Dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás. Un grupo de solteros se había congregado ya en una esquina del establecimiento y reían, flirteaban, bebían y bailaban. Aquel no era el entretenimiento con el que ella solía desfrutar, pero quizá hubiese llegado el momento de iniciar algunos cambios. Se había pasado los dos últimos años cuidando de su padre y soñando con Dan. Ahora, su padre había muerto y estaba harta de estar metida en casa sola, esperando algo que obviamente nunca iba a ocurrir.

Bo vio que Lindsay se acercaba y con una sonrisa, le ofreció una silla. La música estaba muy fuerte en aquel rincón, así que casi tuvo que chillar para que lo oyera:

—¿Te has deshecho de la carabina?

Carabina. Así se había estado comportando Dan. Como carabina. Como un hermano mayor.

—Sí, ya se ha ido —contestó, sin molestarse en mirar si era cierto o no—. ¿Has dicho antes algo de un baile?

Bo se puso enseguida de pie, se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

—Por supuesto que sí, madame.

No era cierto que pensara acostarse con Bo ni con cualquier otro aquella noche, pero Dan no tenía por qué saberlo. No era asunto suyo cómo decidiese pasar la noche del viernes.

¡Demonio de hombre¼!

Dan aún seguía enfadado al día siguiente. Cada vez que pensaba en Lindsay demasiadas veces en realidad, volvía a enfadarse.

¿Qué diablos le pasaba? En los años que hacía que la conocía, nunca la había visto actuar así. Ni hablar de ese modo.

Aún podía verla apoyada en la mesa, echando fuego por sus ojos verdes, las mejillas arreboladas, el escote de aquel vestido negro revelando unas delicadas curvas de marfil que él no había podido dejar de apreciar, aunque se sentía algo culpable por ello¼ y no

digamos por la respuesta de su cuerpo.

¡Demonios! No estaba siendo mejor que Bo o Jimmy. Prácticamente babeando sobre ella. Incluso peor, porque él era ya lo bastante mayor como para tener esa clase de actitud y conocía a Lindsay casi desde que llevaba pañales.

Aunque ya no era una niña.

Podría haber seguido aquella línea de pensamiento, pero lo distrajo el trabajo: alguien acababa de llamar para notificar un nuevo incendio.

Lindsay apareció en el lugar, por supuesto, con una cámara colgada del cuello y una libreta en la mano y a Dan le molestó mucho que por primera vez su presencia lo distrajera en el trabajo. Nunca antes le había ocurrido. Tenía que deberse a lo ocurrido la noche anterior. Aún no había conseguido averiguar qué pretendería demostrar.

Todavía parecía distinta. El pelo le caía con más suavidad que antes alrededor de la cara, los ojos se veían realzados por un buen uso del maquillaje y su boca de rictus decidido brillaba con suavidad. En lugar de los vaqueros y la sudadera de siempre, llevaba un jersey de cuello vuelto color marfil y unos pantalones negros con botas negras.

De pronto se dio cuenta de que su aspecto era el de una mujer con clase, competente y profesional. Nada que ver con la chiquilla que tan bien conocía. Aunque admiraba, eso sí, a regañadientes, a la mujer, echaba de menos a la chiquilla.

Evitando una manguera de las de los bomberos, se plantó delante de él.

—Parece que lo han controlado enseguida.

Él asintió.

—Esta vez, hemos tenido suerte. Un conductor de reparto vio el humo desde la furgoneta y llamó a los bomberos. El primer camión llegó antes de que el fuego hubiese pasado de la cocina al resto de la casa.

Lindsay se volvió para contemplar el esqueleto ahumado del chalé.

—¿Estás seguro de que este fuego no tiene nada que ver con el pirómano que andáis buscando?

—Sí. La señora O'Malley salió a ver a su vecina, se entretuvo con un programa de televisión y se olvidó de que había dejado algo en la cocina. De todos modos he venido a asegurarme de ello, porque es la misma zona en la que opera el pirómano, pero estoy convencido de que no tiene nada que ver.

Ella asintió y escribió algo en el cuaderno.

Mientras que los bomberos recogían el equipo, Dan dejó vagar

de nuevo el pensamiento.

—Pareces¼ descansada —le dijo a ella.

—Anoche estaba en casa antes de las diez —contestó con sequedad—. Sola. ¿Estás satisfecho?

No comprendía por qué parecía estar creciendo una especie de distancia entre ellos y no le gustaba. Quizá fuese culpa suya. Se aclaró la garganta.

—Mira, Lindsay anoche tenías razón. No era asunto mío si querías quedarte o no para divertirte un rato con tus amigos.

Su disculpa no pareció tranquilizarla, sino más bien lo contrario.

—Pues muchas gracias. Me alegro de contar con tu aprobación. Ahora ya puedo pasarme las noches de fiesta sin remordimientos.

Y se alejó a grandes zancadas, con la aparente intención de echarle personalmente un vistazo a la casa.

Dan se quedó mirándola sin saber qué pensar.

—¿Pero qué¼?

—¿Ya estáis liados Lindsay y tú? —le preguntó una voz a la espalda en tono divertido.

Al volverse se encontró con Serena North, quien con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, parecía estudiarlo detenidamente.

—Serena —la saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Me he enterado de lo del fuego y he venido a ver a la señora O'Malley. Es que es una buena amiga de mi madre.

—Está bien. Enfadada y avergonzada, por supuesto, pero podría haber sido mucho peor. Sólo se le ha quemado la cocina. Podría haber perdido toda la casa, si no hubieran llamado tan pronto a los bomberos.

—Pobrecilla. Seguro que mi madre viene enseguida a echarle una mano.

Dan se encontró mirando de nuevo a Lindsay. Qué comprensiva parecía hablando con la señora O'Malley.

—¿Qué es lo que le pasa?

Serena frunció el ceño.

—¿A quién? ¿A la señora O'Malley?

—No, a Lindsay —contestó con impaciencia—. ¿Se ha comportado de un modo extraño contigo últimamente?

—Pues no que yo me haya dado cuenta. Ha cambiado unas cuantas cosas en su aspecto, pero todas las mujeres hacemos eso periódicamente.

—Va más allá del aspecto físico. Es su actitud. No sé qué bicho la habrá picado. A lo mejor es por culpa mía.

Serena sonrió.

—Lindsay y tú lleváis toda la vida peleándoos. Tú le dices que se pone en medio y ella que como periodista tiene derecho a estar en

medio de todas las cosas.

Aquella descripción debería haberle facilitado las cosas, pero no fue así.

—Creo que es más que eso. No parece la misma de siempre.

Serena se volvió hacia Lindsay que en aquel momento estaba hablando con el jefe de bomberos.

—Aún debe estar asimilando la muerte de su padre, aunque hiciera tiempo que la esperara. No ha debido ser fácil para ella, perder a sus padres en un espacio de cinco años y siendo ella tan joven. Quizá ayudaría que B. J. estuviese más a menudo por aquí; Lindsay no se sentiría tan sola.

—Casi nunca está sola. Tiene más amigos que nadie.

—No es lo mismo que la familia y tú lo sabes.

¿Sería ese el problema de Lindsay? ¿Echaría de menos a su padre y a su hermano?

—Puede que tengas razón. Intentaré tratarla con más delicadeza.

Serena se echó a reír y apoyó una mano en su antebrazo.

—Como empieces a tratarla como si fuera una huerfanita, te arranca la piel a tiras. Ya encontrará ella el modo de superarlo, Dan.

—¿Y si para ello decide que tiene que marcharse? Está hablando de vender la casa. De buscar un mercado mayor para su trabajo, como Dallas o Atlanta.

Serena frunció el ceño, pero luego se encogió de hombros.

—No había oído nada, pero no me sorprende. No hay nada que la retenga aquí, ahora que su padre ya no está y desde luego tiene muchas más posibilidades para su carrera y para su vida social también en una ciudad mayor que esta.

—¿Para su vida social?

—Sí, claro. No te creas que hay muchos hombres solteros de su edad por aquí. Alguna vez hemos hablado del tema y me ha dicho que le gustaría casarse y tener una familia. Ya sabes que le encantan los niños. No todo el mundo tiene tanta suerte como yo de encontrar al hombre perfecto esperando como quien dice en el jardín —añadió con una sonrisa.

Lo primero que le vino a Dan a la cabeza fue que Lindsay era demasiado joven para casarse y tener hijos, pero luego recordó que acababa de cumplir veintiséis años. ¿Adónde diablos se iba el tiempo?

Intentó imaginársela con algunos de los hombres solteros de la ciudad, en concreto con aquellos dos que habían mostrado interés en ella la noche anterior: Jimmy y Bo. Ninguno de ellos era hombre para Lindsay ni de lejos. Y la verdad es que no se le ocurría ningún otro.

Lindsay debía haber terminado con la entrevista del jefe de bomberos porque la vio cerrar el cuaderno y tras despedirse con un gesto de la mano de Serena, gesto que a lo mejor lo incluía también a él, dirigirse a su coche.

¿No caminaba de forma diferente? Le daba la impresión de que movía las caderas de un modo algo distinto. También podía ser que fuese la primera vez en que reparaba en su modo de caminar. O a lo mejor era por las botas. O porque estaba dedicando demasiado tiempo a estudiarla en lugar de concentrarse en sus propios asuntos. Irritado, se dio la vuelta y cambió deliberadamente de tema, diciéndole a Serena que debería ir a ver a la señora O'Malley.

Dan volvió al trabajo sin conseguir quitarse del todo aquellos pensamientos de la cabeza. Puede que de verdad necesitase unas vacaciones.

Edstown no era conocida por sus fiestas, pero sí había tres ocasiones en que sus habitantes disfrutaban con intensidad: la celebración del Cuatro de Julio, el Festival de Otoño y la Marcha de Marzo. Los orígenes de ésta última celebración no estaban demasiado claros, pero llevaba festejándose desde finales de los años cuarenta. En ella se recaudaban fondos para varias asociaciones de caridad de la ciudad y ni los ciudadanos más prominentes ni el jefe de policía podían faltar; Lindsay tampoco, ya que tenía que cubrir el evento para el periódico.

Normalmente estaba deseando que llegase la ocasión, pero aquel año estuvo tentada de pretextar que estaba enferma para no ir.

Pero no lo hizo. Se puso uno de sus trajes nuevos, un vestido ceñido color verde esmeralda con unos tirantes muy finos y escote asimétrico. Combinado con unas sandalias negras de tacón alto, el vestido la hacía parecer más alta, una ilusión que le gustaba. Necesitaba ánimos para aquella noche.

Después de maquillarse y peinarse, decidió salir. La noche estaba fría y húmeda, así que se llevó un abrigo. No tenía nada adecuado para ponerse encima de un vestido como aquel, así que se decidió por su gabardina gris ya que sólo tenía una chaqueta de cuero y un abrigo voluminoso que reservaba para los días de frío intenso. A lo mejor aprovechaba las rebajas para comprarse un abrigo para la temporada siguiente¼ la pasara donde la pasase.

En la misma puerta del centro de la comunidad, alegremente decorado para la ocasión, se quitó la gabardina y la colgó en una percha de las que actuaban como improvisado guardarropa.

—¿Os ha tocado vender las entradas este año? —les preguntó con una sonrisa a las dos mujeres que ocupaban la mesa colocada estratégicamente de tal modo que nadie pudiera entrar al salón de baile sin pasar por allí.

—Sólo la primera hora —contestó Marjorie Schaffer son una sonrisa para su amiga Virginia Porter—. Hemos establecido turnos.

—Buena idea. Seguro que vuestras parejas de baile os esperan ansiosas dentro.

Las dos viudas y en torno a los sesenta años, se rieron sonrojadas. Lindsay pagó y entró.

El salón ya estaba lleno. Debía conocer por su nombre al menos al setenta y cinco por ciento de los congregados allí y tuvo la sensación de que todos se acercaban a saludarla al mismo tiempo.

Los cumplidos volaron entre uno y otro lado, lo mismo que los abrazos y los besos dados al aire. A Lindsay no se le daba mal lo de mezclarse con la gente y charlar un poco con todos en aquellas fiestas, aunque no podía decirse lo mismo de todos sus amigos.

Serena y Cameron parecían perfectamente a gusto, pero Riley estaba a punto de quedarse dormido. Y Dan, cuando lo vio, parecía más bien un guarda de seguridad que un invitado. Su postura vigilante, la expresión seria, el traje oscuro y conservador que llevaba, todo ello lo denotaba como un hombre que estaba allí por trabajo y no porque le gustase particularmente estar en aquel lugar.

Cuando Riley la vio, se deshizo con cierta brusquedad de dos adolescentes que debían haber estado probando sus dotes de seducción con el guapo reportero y se acercó a ella con aquel modo tan peculiar suyo de caminar, que parecía casi como si se desvencijase a cada paso. Una vez frente a ella, la miró de arriba abajo con los brazos en jarras.

—Vaya¼ estás guapísima.

Ella se rió.

—Gracias. ¿Es que nadie se ha acordado de decirte que esta es una ocasión para la que hay que vestirse bien?

Enarcando las cejas, se miró a sí mismo. Su atuendo consistía en una camisa de algodón a cuadros azules y cremas abierta sobre una camiseta color crema y unos pantalones de loneta caqui.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, fingiendo inocencia—. Pero si hasta llevo calcetines.

—¡Qué lujo! Y con eso ya estás vestido para una ocasión formal, ¿no?

Él le tendió una mano.

—Baila conmigo, antes de que caiga en coma.

—No es el mejor cumplido que he oído, ¿sabes? —se quejó, poniendo la mano en un antebrazo que resultó sorprendentemente musculoso—. ¿Tan aburrido estás?

Él se echó a reír mientras la acompañaba a la pista de baile, donde había ya otras parejas bailando al ritmo de la música. Riley era buen bailarín y Lindsay se dejó llevar relajadamente.

—¿Por qué este nuevo look que llevas últimamente? —quiso saber Riley demostrando una vez más que, a pesar de su aparente descuido, pocas cosas le pasaban por alto.

—He decidido que ya es hora de empezar a parecer adulta.

—¿Por qué? Si ni siquiera tienes treinta años.

Lindsay sonrió.

—¿Y quién ha dicho que tengas que tener más de treinta para empezar a parecer adulto? Tú los tienes y desde luego no eres precisamente un modelo de madurez.

—Vaya, hombre, muchas gracias. ¿Por qué has pensado que este era el mejor momento para tu metamorfosis?

—Supongo que porque me apetecía un cambio. En más de un sentido.

—He oído por ahí que estás pensando en vender tu casa y en marcharte.

Aunque sólo se lo había mencionado a unas cuantas personas, no le extrañaba que Riley se hubiera enterado. Las palabras viajaban con rapidez en Edstown.

—Es sólo una posibilidad.

—Así que estás pensando en meter la directa, ¿eh?

—Necesito algunos cambios —insistió—. ¿No te pasa a ti que a veces te pones como inquieto, o nervioso?

—¿Inquieto? —su sonrisa se volvió maliciosa—. A mí lo que me parece es que tú necesitas una vida sexual.

—Lo que necesito es una vida, sin más —espetó.

—Pues aunque yo estaría encantado de ofrecerte mis servicios en ciertas áreas, te conozco demasiado bien. Sé que eres de esas mujeres que en cuanto salen con un tío empiezan a pensar en algo permanente. En un compromiso. En niños —añadió, estremeciéndose exageradamente.

Tenía razón. Ella era una mujer tradicional en el fondo. El matrimonio y los hijos siempre habían entrado en sus planes, pero desgraciadamente, su obsesión por aquel hombre que no daba un sólo síntoma de devolverle el interés no le había permitido mirar en otras direcciones. Seguramente era el momento de cambiar eso.

Con una sonrisa agridulce, contestó:

—No te ofendas, pero no nos imagino a nosotros dos casados, con hijos y envejeciendo juntos y aunque te tengo cariño, seguiremos siendo sólo amigos.

—Tendré que confiar en tu buen juicio, a pesar de que con ese vestido estás de muerte.

Lindsay se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Si buscara una aventura sin ataduras, tú estarías el primero en la lista —le aseguró.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Es lo que era.

La música terminó y Riley bajó los brazos, pero sostuvo su mano un momento.

—En serio, Lindsay: si necesitas hablar con alguien ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Riley —le sonrió y se dio la vuelta¼ para toparse directamente con Dan, que la miraba con cara de pocos amigos.

—Hola, Dan —lo saludó, esbozando una sonrisa.

—Hola —alguien lo empujó desde atrás. La pista se estaba llenando de nuevo y Dan la tomó por el brazo para apartarla de en medio—. ¿Lo estás pasando bien?

—Por ahora sí, pero no llevo mucho tiempo aquí. ¿Y tú?

—Bueno ya sabes que estas cosas no son lo mío. Lo que pasa que no tengo más remedio que venir.

—Preferirías estar trabajando, ¿no?

Parecía a punto de contestar que sí cuando de pronto cambió de opinión.

—Si quieres que sea sincero, preferiría estar pescando.

Ella se llevó la mano dramáticamente al corazón.

—¡Dan Meadows! ¿De verdad me estás diciendo que hay algo más que te guste, aparte de tu trabajo?

—No estoy tan obsesionado con mi trabajo como piensa todo el mundo.

La música empezó de nuevo con otro tema lento. Más tarde habría concursos y entretenimientos en vivo, pero la primera hora se reservaba para charlar, bailar y comer en el bufé.

—¿Quieres comer algo? —le sugirió Dan.

—No, todavía no. Baila conmigo.

Él se sorprendió.

—Eh¼ ¿bailar?

—Sí, ¿por qué no? Venga, que la canción acaba de empezar.

—No soy tan buen bailarín como Riley.

Ella tiró de su mano.

—Baila conmigo, Dan.

Aunque parecía sin estar demasiado convencido, se dejó arrastrar a la pista.

Dan no era tan mal bailarín, descubrió enseguida. Lo que pasaba es que estaba un poco tenso. La mantenía a una prudente distancia, casi como si bailara con la esposa del sacerdote y deliberadamente se acercó un poco más.

Tras unos instantes de silencio, le preguntó:

—¿Te acuerdas de la última ocasión en que bailamos juntos?

Dan parecía estar llevando el ritmo en la cabeza.

—Hace bastante.

—Exactamente cinco años. Fue cuando cumplí veintiún años. Mi familia me organizó una fiesta sorpresa en el club de campo. Contrataron una orquesta y todo.

Dan había asistido a la fiesta con su novia, Melanie. La del pelo, los dientes y los pechos perfectos. Melanie no se había molestado en disimular que preferiría estar en cualquier otro sitio menos allí y no le había hecho mucha gracia que Dan la besara después del baile, aunque fuera en la mejilla. Por supuesto, para ella había sido mucho más. Había soñado con aquel beso durante meses.

Tres días después, Dan y Melanie se fugaron. Y ella se quedó con el corazón destrozado.

¿De verdad quería volver a pasar por todo eso? ¿Acaso tenía otra opción?

—Lo recuerdo —dijo Dan.

Seguramente sus recuerdos tenían muy poco que ver con los de ella. A lo mejor le traía algún recuerdo doloroso de Melanie. Nunca, jamás le había hablado de su ex mujer y no tenía ni idea de qué sentía por ella después del tiempo transcurrido.

Se acercó aún un poco más a él y subió la mano que apoyaba en su hombro hasta su nuca. ¡Qué maravilla estar en sus brazos!

—Ten cuidado, princesa —le dijo con una sonrisa —, que podría hacerme una idea equivocada.

—O la correcta¼ por fin —murmuró y se atrevió a acercarse aún un poco más, hasta que sus cuerpos se rozaron.

La canción terminó y Dan se separó de ella tan deprisa que Lindsay casi se cayó.

—Eh¼ gracias por el baile —le dijo él.

Antes de que pudiera contestar, se vieron rodeados por varias personas que querían saludarles y Lindsay se quedó pensando si habría captado la indirecta, o si se habría convencido de que era sólo una broma. Conociendo a Dan, seguramente lo segundo. Para él, sería una conclusión mucho más cómoda.

No iba a quedarle más remedio que hablarle abiertamente si quería averiguar de una vez por todas si existía la posibilidad, por remota que fuera, de que pudieran llegar a ser algo más que amigos. No sólo quería saberlo, sino que necesitaba saberlo. No quería pasarse el resto de la vida preguntándose qué habría podido ocurrir si hubiese tenido el valor suficiente para averiguarlo.

Capítulo 4

Dan tuvo que marcharse antes de lo previsto al llegarle un aviso acerca de una disputa familiar que se había vuelto violenta. No habría acudido en persona a cualquier llamada de ese tipo, pero a esa pareja la conocía y se temía que la situación pudiera estallar como un barril de pólvora.

Afortunadamente, sus dos oficiales (uno, el sobrino del alcalde; otro, su propio sobrino. Los recuerdos de Edstown eran limitados), habían conseguido hacerse con el control de la situación sin demasiados problemas. Al menos por aquella vez. Pero al volver a la oficina, se encontró con unas cuantas cosas más que hacer, así que cuando quiso llegar a casa, era tarde ya.

Abrió la puerta y encendió la luz del salón de la caravana en que vivía desde su divorcio. La corbata y la chaqueta ya se las había quitado y las dejó en el respaldo de la silla junto a la que pasó cuando iba a encender la televisión y luego se tumbó en el sofá, apartando los periódicos que había dejado sobre él antes. Aparte de eso, el resto de la casa estaba bastante ordenado. No pasaba en ella el tiempo suficiente para ponerlo todo hecho un desastre en el espacio de tiempo entre las dos visitas mensuales de la señora que le limpiaba.

Se quitó los zapatos y apoyó los pies en la mesa baja. En la tele estaban poniendo el último telediario e intentó prestarle atención, pero sus pensamientos seguían retrocediendo hasta la hora de la fiesta. Sobre todo a Lindsay.

Le estaba tomando al pelo al decir que esperaba que por fin se diera cuenta de algo. No podía ser de otro modo. La había visto bailar con Riley muy cerca de él, charlando cómodamente y terminando después con un beso en la mejilla. Con él debía haber flirteado del mismo modo. De un modo inocente y femenino.

¿A qué se referiría con eso de que se estaba haciendo la idea correcta por fin? Porque eso era lo que le había dicho, como si llevase tiempo intentando hacerle llegar un mensaje pero sin conseguirlo. Mentalmente repasó su comportamiento las últimas veces en que habían estado juntos. Había actuado como siempre, ¿no? Alegre. Polémica. Exasperante. No había motivo para pensar que pudiera estar viéndolo de un modo distinto al de siempre¼ como a un amigo de toda la vida.

Debía estar de broma, pero¼ ¿y si no lo estaba?

¿Lindsay Grey interesada por él? Era una posibilidad que nunca

había contemplado. Era una chica guapa, joven, llena de vida, lista. Tenía un brillante futuro aguardándola, independientemente de dónde decidiera vivir. Mientras que él¼ bueno, era diez años mayor que ella, aún no había terminado de dejar atrás un doloroso y desagradable divorcio y su vida en contadas ocasiones se salía de la rutina de una ciudad pequeña como Edstown. Por otro lado, Lindsay no le parecía de las chicas a las que les gustase andar de flor en flor, así que¼

Tenía que haber sido una broma. Aun así, la idea le resultó como poco, sugerente. Lindsay y él¼ si la posibilidad había llegado a pasársele por la cabeza alguna vez, la había suprimido inmediatamente. Primero, era demasiado joven. Y luego él había empezado a salir con Melanie, para terminar cometiendo el increíble error de casarse con ella. Cuando Lindsay volvió a Edtown, libre y sin compromiso y hecha ya una adulta, él acababa de divorciarse y su estado de ánimo era abiertamente amargo.

Le había costado mucho dejar atrás toda aquella debacle. Es más, aún no estaba seguro de ser capaz de arriesgarse a volver a iniciar una relación estable. Con nadie, pero mucho menos con Lindsay¼ quien, desde luego, sólo había pretendido tomarle el pelo con su comentario.

Una semana pasó sin más incendios ni noticias destacables. Los encargos laborales de Lindsay consistieron en una aburridísima sesión del Ayuntamiento el lunes por la mañana, una igualmente aburrida feria de talentos en el instituto el martes, una reunión del club de jardinería el miércoles por la tarde y otros cuantos eventos más de escaso interés.

En todos aquellos acontecimientos, vio a Dan más de una vez. En ambas ocasiones se acercó a ella, intercambió unas cuantas palabras casi de cortesía y luego, pretextando cualquier cosa, se marchó. Era obvio que la evitaba y nunca llegaría a saber por qué a menos que se lo preguntara.

El siguiente encuentro no tuvo nada que ver con el trabajo, sino que se encontraron en la zona de repuestos de fontanería de la ferretería el sábado por la tarde.

—¡Hola! —lo saludó ella al verlo junto a la vitrina—. Qué sorpresa.

Dan se quedó paralizado un instante pero después de volvió hacia ella con una sonrisa tan forzada como la de Lindsay.

—¿Siguiendo alguna noticia relacionada con la fontanería?

—Pues la verdad es que no. Es un asunto personal. Un grifo que gotea. El condenado no me deja dormir.

—A mí también se me sale un desagüe del fregadero —contestó él—. Tengo que comprar una tubería nueva.

—Una forma muy divertida de pasar el fin de semana, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—Prefiero arreglar el fregadero a tener que volver a estar con los McAllister.

Los McAllister eran la pareja por la que Dan se había marchado antes de tiempo de la fiesta el fin de semana anterior. Lindsay lo sabía porque había tenido que escribir una noticia breve sobre el incidente.

—¿Has visto los¼? ¡Ah, ahí están!

Dan se acercó a examinar los repuestos para grifos de que disponían.

—¿Sabes qué modelo de grifo es el que tienes?

—He anotado esta referencia —contestó ella, mostrándole la nota que traía.

Él la leyó y luego buscó en la vitrina.

—Este es el paquete de los repuestos para ese grifo.

—Gracias.

Él pareció dudar y carraspeó.

—Tengo un rato libre esta tarde. ¿Quieres que vaya a echarte una mano?

Lindsay era perfectamente capaz de hacer ella sola aquella clase de reparaciones y así iba a decírselo cuando de pronto se oyó decir:

—Genial. Gracias.

Él asintió.

—¿Te vas a casa directamente desde aquí?

—Iba a pasarme a comprar algo de vuelta a casa.

—Yo tengo un par de recados más que hacer y tengo que pasar por casa a por la caja de herramientas. Me pasaré por tu casa dentro de media hora, si te parece bien.

—Estupendo —contestó, fingiendo no mostrar interés; fingiendo que aquella era una más de la docena de ocasiones en la que había estado en su casa, aunque y eso estaba claro, había cambiado desde que ella decidiera dejar de esconderse y había pasado a la acción.

Casi una hora después, tras una visita rápida al supermercado, Lindsay estaba frente al espejo en su casa. Se había puesto un jersey azul celeste, unos vaqueros y botas. Su aspecto no era desaseado, pero tampoco lo que se dice seductor. La verdad es que hubiera resultado ridículo otra cosa para una reparación de fontanería.

Se peinó y se aplicó un velo suave de maquillaje¼ muy sutil, por supuesto, gracias a la tutela de Connie Peterson. Luego no sabía si decidirse entre unos aros de plata o unos pendientes más pequeños¼

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? —se dijo mirándose al espejo—. Te estás comportando como una idiota.

Dan sólo venía a repararle el grifo, algo como muy de hermano mayor. Desde luego, nada que indicase que su interés por ella había cambiado. Era poco probable que ocurriese algo importante entre ellos. Aunque quizá debería cambiarse el jersey se dijo, mirándose de perfil.

Se tapó los ojos y gimió. Lo que debía hacer era vender la casa y desaparecer de allí antes de que él llegase¼

Con la caja de herramientas en la mano, Dan estaba a punto de salir de su casa cuando alguien llamó a la puerta. Lo que faltaba. Que tuviera que volver al trabajo. Lindsay insistiría en conocer todos los detalles si la llamaba para cancelar lo de su visita. Ojalá fuese algún vendedor de Biblias.

Pero con quien se encontró fue con una adolescente de cabello oscuro.

—¿Polly? —preguntó al ver a su sobrina de dieciséis años—. ¿Ocurre algo?

Era obvio que se había estado mordiendo el labio inferior y en sus ojos había una mirada oscura y triste.

—No estoy seguro, tío. He encontrado algo que creo que deberías ver.

—¿Has venido sola? —le preguntó, mirando el viejo cuaderno que traía en la mano.

La joven asintió.

—Mamá me ha dejado su coche para ir a hacer algunas compras. No le he dicho que iba a venir a verte, porque no quería que se preocupara.

No le gustaba nada cómo sonaba aquello.

—Pasa, Polly. Cuéntame qué pasa. ¿Quieres tomar un refresco? —le preguntó mientras cerraba la puerta.

—No, gracias. He quedado con Jenny en el centro comercial, pero he querido enseñarte esto antes.

Parecía nerviosa, algo poco corriente en su sobrina, siempre abierta, alegre y gregaria.

—¿Enseñarme qué, cariño?

La joven le entregó el cuaderno que traía consigo, ajado, arrugado y con las tapas rotas.

—Ayer encontré esto en el patio del instituto, medio escondido detrás de un arbusto. Debió caérsele a alguien durante la pelea del mediodía.

Dan asintió. Se había enterado de la pelea del instituto. Incluso había enviado a un oficial para separar a los muchachos. Esa clase de cosas estaban empezando a hacerse corrientes, por desgracia, en Edstown.

—Si querías devolverle el cuaderno su propietario, ¿por qué no

lo has llevado a la secretaría del instituto el lunes?

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo que iba a hacer, porque no tiene nombre ni nada. Pero esta mañana se me ocurrió echarle un vistazo a ver si encontraba alguna pista sobre el dueño, por si lo necesitaba antes del lunes.

—¿Y has encontrado algo?

—Pues no sé. No lo he leído todo. Creo que es mejor que le eches un vistazo tú.

Sorprendido por la urgencia de su voz, abrió el cuaderno y hojeó sus páginas.

La primera frase que le llamó la atención fue «*quemarlo todo*», escrito en letra grande y muy marcada, en tinta negra. La palabra «*fuego*» aparecía casi en todas las páginas, en poesías, acompañando a dibujos, a anotaciones. La frase «*quemarlo todo*» aparecía cientos de veces, con distintos tipos de letra, en elaborados rótulos, garabateado.

—Dime otra vez dónde has encontrado esto, Polly —le dijo, mirándola.

—Tiene que ver con todos esos incendios, ¿verdad?

—No lo sé, pero me gustaría saber a quién pertenece. ¿Y dices que estaba detrás de un arbusto en el colegio?

Ella asintió.

—Estaba en el patio y surgió la pelea. Los chicos empezaron a empujarse, a tirarse cosas y cuando la gente caía al suelo, se le caían las cosas. A lo mejor este cuaderno se cayó en medio de la confusión. Yo lo vi por que el sol brillaba en el gusanillo de metal.

—¿Y no viste a quién se le caía?

—No. Quedaba ya muy poca gente cuando nos marchábamos. Nos quedamos hasta tarde para decorar el pasillo para la Semana de los Espíritus.

—¿Ha visto Jenny lo que hay escrito aquí?

—No. Al recogerlo lo abrí sólo por la primera página para ver si había algún nombre escrito. Al no ver nada, pregunté por ahí a ver si era de alguien y como todo el mundo me dijo que no, me lo guardé en la mochila con la idea de llevarlo a secretaría el lunes.

—Quiero que no hables con nadie de esto, ¿vale?

Ella asintió.

—Ya me imaginaba que ibas a decírmelo. Por eso ni siquiera se lo he dicho a mamá —dijo Polly con una sonrisa.

Su hermana iba a tirarla de los pelos por no contárselo, pero quería que nadie leyese aquel cuaderno hasta que hubiera tenido tiempo de estudiarlo con más detenimiento. Y es que Polly sabía tan bien como él, que su querida hermana era una de las peores cotillas

de Edstown.

—Ya se lo diremos más adelante —dijo su sobrina.

—Esto es muy serio, Polly. No hables con nadie de lo que has leído.

Polly se mordió el labio.

—¿Crees que podría¼ bueno ya sabes¼ que podría estar en peligro o algo así?

—Lo dudo mucho, pero para no correr riesgos, lo mejor es que no lo comentes con nadie.

—¿Crees que puede haber sido alguien del instituto quien ha provocado todos esos incendios?

No quería pensar que un adolescente podía ser responsable de tanta devastación. Y lo que tampoco le hacía la más mínima gracia era pensar que un adolescente podía haber sido más listo que él, el jefe del cuerpo de bomberos y los especialistas de Little Rock juntos. Pero llevaba tiempo suficiente haciendo aquel trabajo como para saber que casi cualquier cosa era posible.

—Ya veremos. Lo más probable es que no tenga nada que ver.

Pero se ocuparía de estudiar la letra del cuaderno con algunos profesores para ver si sabían quién podía ser el dueño.

—Bueno, me voy —dijo Polly que parecía muy aliviada de haberse quitado de encima aquel cuaderno—. Jenny me está esperando.

Lo que le recordó que a él también lo estaban esperando y casi hizo una mueca al pensar lo que haría Lindsay si se enteraba de lo de aquel cuaderno. Debía tener mucho cuidado en no dejar escapar nada de nada.

Dan estaba en el umbral de su casa con la caja de herramientas en la mano un par de horas después de que lo hubiera dejado en la ferretería. Con aquella vieja sudadera de la Universidad Central de Arkansas y unos descoloridos vaqueros, podría haber pasado por un sexy fontanero más que por un policía. Y por un instante incluso pensó en decírselo, pero luego pensó que mejor no hacerlo huir tan pronto.

—Pasa —lo invitó.

Él asintió.

—¿Dónde está ese grifo que no te deja dormir?

—Directo al grano, ¿eh? ¿Quieres tomar algo antes? ¿Un café?

—Vale. Tomaré una taza cuando te haya arreglado el grifo.

Lo condujo a la cocina, donde un grifo goteaba sin descanso y ruidosamente sobre el fregadero de aluminio.

—Tengo que cortar el agua —dijo.

—Ah, espera un momento, que voy a llenar la cafetera.

Sacó la jarra de cristal de la cafetera eléctrica y abrió el grifo del

agua fría. Su brazo rozó el de él y Dan retrocedió como si hubiese recibido una descarga.

No la había tocado. No le había alborotado el pelo, ni le había dado una palmada en el hombro, ambos gestos que solía repetir con frecuencia.

—Todo tuyo —le dijo ella con una sonrisa.

—¿Qué? Ah¼ el fregadero.

—Pues claro. ¿A qué creías que me refería?

Él abrió la caja de herramientas sin contestar y Lindsay llenó de café el filtro. ¿De verdad habría una especie de tensión especial entre ellos, o sería sólo su imaginación?

Veinte minutos más tarde, estaban sentados a la mesa con dos tazas de café y el fregadero deliciosamente en silencio.

—Qué maravilloso silencio. No sabes cómo te lo agradezco.

—No ha sido nada. Además, le había dicho a B. J. que te ayudaría cuando pudiera.

Lindsay contuvo una mueca. Volvía a relegarla al papel de hermana pequeña de su amigo. ¿Qué iba a tener que hacer para que la viera de otro modo? Entonces recordó el consejo de Connie Peterson: «*A veces hay que darles un buen golpe en lo alto de la cabeza. Los hombres no entienden de sutilezas*».

Pues como no fuera desnudarse y tumbarse sobre la mesa, no estaba segura de qué podía hacer

Por lo pronto y para ganar tiempo, abrió el tema de conversación que siempre funcionaba: el trabajo.

—¿Algún progreso en la investigación del pirómano? —preguntó, esperando una respuesta negativa.

Pero la expresión que brevemente se dibujó en el rostro de Dan alertó su instinto de periodista.

—¿Qué? —insistió.

—Nada. ¿Tienes galletas o algo? Tengo hambre.

Dejó la taza de café sobre la mesa.

—Has averiguado algo, lo sé. ¿De qué se trata?

Dan la miró a los ojos muy serio.

—Lo único que puedo decirte es que aún no tenemos sospechoso.

—Entonces, ¿qué tienes?

Dan se levantó y abrió la puerta de la despensa.

—Oreos. Genial. ¿Queda más café?

—Para ti, no —espetó, levantándose—. No hasta que no me digas qué me estás ocultando.

—No empieces, Lindsay. No seas pesada.

Dejó el paquete de galletas sobre la mesa y se llenó la taza de café.

—Dan, si has descubierto algo que pueda conducir a la detención del pirómano, debes decírmelo.

Sacó unas galletas del paquete y la miró divertido.

—Suponiendo que tuviera alguna pista, ¿por qué iba yo a tener la obligación de hablar de ello contigo?

—Pues por algo llamado libertad de información.

—Que no se puede ejercer cuando hay una investigación de por medio.

—No interferiría en tu investigación. Sabes muy bien que sólo publicaría la información que la gente necesita conocer.

—Sí, ya¼ Pero es que tú y yo nunca nos ponemos de acuerdo en eso. Cuando haya algo en concreto que puedas publicar, recibirás un comunicado oficial de mi oficina.

—Dime al menos si hay o no alguna pista nueva. Eso sí que puedo decirlo, sin dar más detalles. La gente se quedará más tranquila sabiendo que la investigación no está en punto muerto.

—No tengo nada que decir —respondió con un trozo de galleta en la boca.

—Entonces, cuéntamelo extra oficialmente. No lo revelaré hasta que tú no me digas que puedo hacerlo.

Estaba decidida a sacarle algo, aunque sólo fuera para satisfacer su curiosidad personal.

Dan sacó otra galleta.

—Sin comentarios.

Lindsay lo miró boquiabierta.

—¿Es que no confías en mí?

La sonrisa con que contestó se habría merecido una buena bofetada y Lindsay sintió un picor en la palma de la mano.

—No en todo, princesa. Y mucho menos en lo que se refiere a tu trabajo.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —exclamó, dando una palmada sobre la mesa con ambas manos. Se levantó—. Te he dicho que iba a ser algo extra oficial, que no iba a revelar una sola palabra de lo que me dijeras y sigues sin confiar en mí.

Dan abrió una galleta y se comió la nata de dentro y su falta de respuesta sólo sirvió para enfadarla todavía más.

—¿En serio no vas a decirme nada?

—Ni una palabra.

—No me lo puedo creer.

—La larga amistad que me une con tu hermano y contigo, te arreglará el grifo de la cocina, pero no te va a proporcionar ni una palabra de mi investigación.

Esa declaración la dejó un instante sin respiración y cuando consiguió volver a hablar, lo hizo en un tono tenso y duro.

—Nunca he utilizado nuestra amistad para que me hicieras ningún favor profesional. Jamás. Y en cuanto al grifo¼ yo era perfectamente capaz de arreglarlo, ¿sabes?

—Entonces, ¿qué hago aquí?

Estaba empezando a impacientarse con tanta regañina.

—Si no estuvieras tan ciego, ni fueses tan testarudo ya lo habrías adivinado tú sólito —espetó—. Será mejor que te marches, no vaya a ser que pienses que quiero comprarte con galletas y café.

—Bien —respondió él y recogió la caja de herramientas—. Eso me pasa por hacerle favores a los colegas.

—¡Yo no soy tu colega!

—Mira ya hablaremos más tarde. Y te prometo que en cuanto tenga alguna información sólida, tú serás la primera en enterarte.

Por lo visto, seguía pensando que estaba enfadada sólo porque no quería darle ninguna información sobre el pirómano.

—No me hagas favores.

Moviendo la cabeza, Dan se marchó.

Lindsay tuvo ganas de llorar, pero lo que de verdad le apetecía era romper algo, así que salió de la cocina antes de que no pudiera resistirse a la tentación.

Se estaba rindiendo, se dijo al derrumbarse en el sofá. Bandera blanca. Tirar la toalla. Retirada.

Había sido una idiota al pensar que con un nuevo corte de pelo y un poco de maquillaje iba a conseguir que Dan la viese de otro modo. Y en cuanto a lo de tragarse el orgullo y fingir que necesitaba su ayuda para arreglar el teléfono, o cualquier otra tarea que fuese capaz de acometer ella sola, tampoco había funcionado.

Ella nunca se rendía con facilidad¼ excepto con Dan. Y ese momento también había llegado. Ya era hora de crecer. De avanzar. De pasar a otra cosa.

En el fondo siempre había sabido que ese momento iba a llegar, pero lo que no se había imaginado era lo mucho que iba a dolerle abandonar un sueño de tanto tiempo. No podía dejar de quererlo, pero lo que sí podría hacer, o aprendería a hacer como fuera, sería dejar de esperar que él la quisiera a ella.

Capítulo 5

Dan estaba releyendo el cuaderno por décima vez cuando sonó el teléfono. Era sábado por la noche, casi las diez. Acostumbrado a recibir llamadas a cualquier hora del día, no se sobresaltó, pero desde luego no esperaba que fuese su sobrina quien estuviera al otro lado de la línea.

—¿Tío? Ha pasado algo.

Dan apretó el auricular y se incorporó en su asiento.

—¿Qué pasa, Polly? ¿Dónde estás?

—En casa¼ en mi habitación.

—¿Están tus padres?

—No. Se han ido al cine con unos amigos. Volverán hacia las once.

El nerviosismo de su voz le hizo ponerse inmediatamente las botas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó mientas lo hacía.

—Me han llamado por teléfono. Era un tío, no sé quién y me ha preguntado si me había encontrado un cuaderno en el instituto.

—Salgo para allí ahora mismo. Ya me lo contarás todo cuando llegue.

—De acuerdo —Polly no intentó disimular su alivio—. Te estaré esperando.

—No le abras la puerta a nadie que no sea yo.

—Vale.

Cuando colgó el teléfono ya se había puesto una bota.

Polly lo estaba esperando, porque vio moverse las cortinas del salón justo cuando aparcaba delante de su casa y la puerta se abrió casi antes de que le hubiera dado tiempo a poner el dedo en el timbre.

Cerró la puerta y llevándola con un brazo por los hombros, entraron en el salón y se sentaron en el sofá de piel. La habitación estaba decorada en estilo rústico, con muchos de los objetos de arte primitivo que su hermana Tina coleccionaba y los patos disecados que su marido, Ron, había cazado en las últimas temporadas de caza. Típica familia americana, decía su ex mujer por las casas de la mayoría de sus vecinos, pero a él le gustaba. Se sentía tan cómodo en aquella habitación como en su caravana, un lugar en el que a Melanie no pillarían ni muerta.

Pero no sabía por qué andaba perdiendo el tiempo pensando en su ex mujer cuando tenía tantas cosas mucho más importantes en

las que pensar.

—Háblame de esa llamada.

Con las manos en las de su tío, Polly asintió, pero tardó un instante en empezar. Se había quitado el maquillaje y llevaba el pelo recogido en una coleta. Eso, junto con la camiseta con la imagen de un pato que llevaba puesta y aquellos calcetines a rayas blancas y rosas, parecía más una niña que la joven que había ido a verlo aquella mañana. El instinto de protección de Dan estaba alerta.

Polly se aclaró la garganta.

—Estaba hablando con Jenny por teléfono y entró una llamada en espera. Creía que podía ser mamá, así que contesté.

—Pero no era tu madre —continuó él, para animarla a seguir hablando.

—No. Era un tío. Me preguntó: *«¿Eres Polly Drury?»* y yo contesté: *«Sí. ¿Quién eres?»* Pero él no me dijo su nombre. Sólo que había oído en el instituto que había encontrado un cuaderno y quería saber si todavía lo tenía.

—¿Cómo había sabido que lo tenías tú?

—No lo sé. Ya te conté que anduve preguntando a unos cuantos si el cuaderno era suyo. Puede que alguno de ellos se lo mencionara. No sé¼

Dan intentó no mostrar la inquietud que le producía el que su sobrina pudiera llegar a verse mezclada en aquel caso.

—¿No reconociste su voz?

—No. O la estaba disfrazando, porque la verdad es que me parecía muy grave, o no lo conozco. Puede que sea algún chico de un curso superior.

—¿Cómo te preguntó exactamente por el cuaderno?

Polly arrugó su naricilla.

—Pues creo que dijo: «*He oído que te has encontrado un cuaderno rojo en el instituto. ¿Lo sigues teniendo?*»

—¿Y qué le contestaste tú?

—Pues que lo había dejado en objetos perdidos.

—¿Eso le dijiste? ¿Objetos perdidos?

—Sí. No quería decirle que te lo había dado a ti. Supongo que pensó que lo había dejado en secretaría.

—¿Y luego qué te dijo?

—Pues hubo una pausa y luego me preguntó si había leído lo que había escrito en él y yo le contesté que no. Que sólo había mirado en las pastas para ver si tenía nombre y que al ver que no, lo había dejado en el instituto.

—¿Crees que te creyó?

—Yo diría que sí. Intenté decírselo como si no tuviera ninguna

importancia y luego le dije que estaba hablando con Jenny por la otra línea y colgó.

—¿Le has hablado a Jenny de la llamada¼ o acerca de lo que has visto en el cuaderno?

—Por supuesto que no —contestó, un poco indignada—. Me dijiste que no hablara de ello y así lo he hecho.

Dan le apretó las manos a modo de disculpa.

—Lo siento, cariño. No pretendía decir que dudase de tu palabra.

Ella le contestó con una sonrisa dulce.

—No pasa nada, tío. Sé que es tu faceta de policía.

Él se rió.

—Más bien la de tío ultra protector —contestó y al verla sonreír de nuevo se le ocurrió que ojalá Lindsay fuese tan fácil de aplacar como Polly.

¿Cuánto tiempo estaría enfadada con él por no haberle querido contar nada de la investigación? Se había quedado con la impresión de que no confiaba en ella. ¿Por qué no podía comprender, como lo entendía Polly que estaba limitándose a hacer su trabajo lo mejor que sabía?

¿Y por qué no podía él quitarse de encima la sensación de que algo más estaba pasando con Polly?

Estaban repasando de nuevo la conversación con aquel tipo cuando su hermana y su cuñado entraron a toda prisa tras ver el coche de Dan aparcado en la calle, temiéndose que hubiese ocurrido algo terrible. Dan los tranquilizó enseguida, pero se sintió obligado a decirles lo que ocurría. Tenían derecho a saber que su hija se había visto inmersa en una investigación y les advirtió que era muy importante que guardasen silencio por el bien de Polly.

—Una sola palabra sobre esto —concluyó, señalando a su hermana con el índice—, y te tapo la boca con cinta aislante, ¿me has entendido?

Polly y su padre se echaron a reír y su hermana elevó la mirada al cielo, pero nadie se atrevió a dudar de que lo haría si era necesario.

Si en algún sitio no habría querido estar Lindsay el domingo por la tarde era en la fiesta para una embarazada y sin embargo allí estaba, en el salón de Serena, viendo como su embarazadísima amiga Claudia Franklin abría regalo tras regalo, rodeada de un coro de mujeres que hacían las pertinentes exclamaciones en los momentos adecuados.

—¿Qué dice Stephanie sobre lo de tener un hermano pequeño? —preguntó alguien a la futura madre.

Claudia sonrió y se llevó la mano al abdomen.

—Está como loca. Dice que quiere ayudar a cuidar de él.

Lucy Crews, que tenía cuatro hijos, se rió.

—Ya verás qué pronto cambia eso.

Sentada en el sofá junto a Lindsay, Marjorie Schaffer le entregó uno de los regalos que habían ido circulando para que todo el mundo lo viese.

—Más sábanas —murmuró la madre de Serena—. Claudia va a llenar un armario de tantas como tiene.

Lindsay hizo las exclamaciones pertinentes al admirar las sábanas color pastel y las pasó.

—Está siendo una fiesta muy agradable —le comentó a Marjorie—. Sé que Claudia os lo agradece a Serena y a ti.

—Nos gusta recibir gente en casa. Y además —añadió en voz baja—, espero que la fiesta anime un poco a Serena a hacer lo mismo.

—Pero Marjorie, si no llevan aún seis meses casados.

—Lo sé —suspiró—. Pero es que tengo muchas ganas de tener nietos y como a Kara no le interesa la maternidad, sólo me queda Serena.

—¿Y qué opina ella de que tengas tantos deseos de que te dé un nieto?

Marjorie sonrió.

—No te creas que le he dado mucho la lata al respecto. Sólo alguna indirecta de vez en cuando. Pero afortunadamente sé que Cameron y ella quieren tener hijos pronto, así que intentaré ser paciente.

Admiraron el siguiente regalo, un saquito de paseo y una funda para el biberón a juego y lo pasaron.

—¿Cómo está Kara? —le preguntó a Marjorie—. ¿Sabes algo de ella últimamente?

—Está bien. Le encanta vivir en Nashville y a su novio le va muy bien en su carrera de cantante. Acaba de firmar el primer contrato para producir un disco, ¿sabes?

—Estoy deseando oír a Pierce cantar en la radio.

—Sería genial. Kara está convencida de que va a ser una estrella en todo el país.

—Entonces, tiene una gran oportunidad. Que alguien crea en ti y te apoye es como si te dieran alas.

Lindsay no se dio cuenta de lo triste que sonaba su voz hasta que Marjorie la miró atentamente y puso una mano en su brazo.

—¿Quieres ayudarme un momento en la cocina, querida? Vamos a tomar ponche y una tarta en cuanto Claudia acabe de abrir los regalos.

—Claro.

Abandonaron el salón abarrotado de mujeres que charlaban y reían y llegaron a la deliciosa tranquilidad de la cocina. Marjorie abrió la puerta de la nevera y movió la cabeza.

—Cameron reorganizó la cocina hace un par de semanas y ni Serena ni yo somos capaces de encontrar nada desde entonces.

Lindsay sonrió pensando en las explosiones de energía casi maniáticas de su editor. Solía decir que una actividad desenfrenada lo ayudaba a pensar cuando necesitaba solucionar algún problema o tomar una decisión difícil, situaciones ambas a las que tenía que enfrentarse con regularidad desde que se había hecho cargo del periódico que la familia de su mujer había fundado dos generaciones atrás. Lindsay sabía que no había sido fácil para Cameron pasar de un trabajo como reportero en un periódico de Dallas al puesto de editor en Edstown, pero parecía estar disfrutando mucho con el reto¼ lo mismo que el periódico.

—¿Qué tal llevas lo de vivir en la casa de invitados? —le preguntó a Marjorie.

Marjorie dejó un par de bandejas tapadas sobre la mesa y volvió a meter la cabeza en la nevera.

—Muy bien. Así tenemos toda la intimidad que necesitamos, estando cerca al mismo tiempo. Es divertido. Mi marido construyó esa casita para mi madre; ahora no están ya ni él ni ella y soy yo la suegra anciana que vive en la casa de invitados.

Lindsay la miró sonriendo.

—Tú no eres una anciana, Marjorie.

—Gracias, tesoro, pero sigo siendo mayor de lo que lo sería tu madre, que en paz descanse. Y por lo que me unía con tu madre, me siento también un poco madre tuya y no puedo evitar decirte que tengo la sensación de que hay algo que te está molestando, Lindsay. ¿Quieres que hablemos de ello?

Al parecer, sus sentimientos eran perfectamente visibles para todo el mundo menos para Dan.

—No pasa nada. Sólo que estoy un poco agobiada últimamente, intentando decidir qué dirección darle a mi vida.

—He oído que tienes intención de vender la casa.

—Sí. La semana que viene hablaré con una inmobiliaria.

—¿Ocurrió algo ayer que te empujara a tomar esa decisión?

Lindsay se sintió tentada de contarle toda la historia, pero al final se limitó a decir:

—Digamos que estoy empezando a aceptar la realidad.

Hubo un estallido de risas en la otra habitación y Marjorie miró hacia allí antes de volverse a Lindsay.

—Y dime, querida, ¿has intentado decirle a Dan alguna vez que estás enamorada de él?

Lindsay tuvo que tragar saliva un par de veces antes de poder contestar a la pregunta.

—¿Pero cómo¼?

Marjorie sonrió con dulzura.

—Tu madre y yo éramos amigas y cuando eras pequeña, nos hacía gracia que estuvieras tan embobada con Dan. Tu madre pensó que se te pasaría cuando él se casó con Melanie, pero yo no estaba tan segura. Y bueno, últimamente¼

Lindsay se llevó las manos a la cara.

—¿Tanto se me nota?

—Yo sí te lo noto, pero es porque te conozco hace mucho tiempo. Te vi bailando con él en la fiesta y me fijé en cómo lo mirabas. Estoy segura de que no todo el mundo se ha dado cuenta.

—Desde luego para Dan no lo es. No tiene ni idea.

—Lo cual nos lleva a mi pregunta inicial: ¿has intentado decírselo?

—No con palabras, pero he hecho de todo para intentar que se dé cuenta. He cambiado de aspecto, de comportamiento¼ bueno, no siempre —se corrigió, al recordar el incidente del día anterior.

—Puede que por eso te sientas tan mal —sugirió Marjorie—. Tú quieres que te admire por la persona que eres y no por alguien que no eres.

—Tienes razón —concedió Lindsay tras un momento de reflexión.

¿Cómo se habría sentido si Dan hubiera empezado a mostrar interés en ella por el hecho de que se maquillara, que llevase ropa distinta o que actuase de un modo no natural en ella? Lo que de verdad quería era que Dan la apreciara por ser quien era¼ lo mismo que a ella él le gustaba tal como era, defectos incluidos.

Se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Por eso he decidido marcharme. Necesito volver a empezar. Dar un paso hacia adelante.

—Dan sufrió mucho con la ruptura de su matrimonio. Y debió sentirse muy humillado también. No creo que puedas culparlo por ser cauto ahora.

—Eso mismo me lo he dicho yo cientos de veces, pero es que han pasado ya más de dos años. Ya ha tenido tiempo de recuperarse. Lo que pasa es que aún no ha conocido a una mujer por la que le parezca que merece la pena volver a correr el riesgo —añadió con tristeza.

—O puede que simplemente necesite un empujoncito para darse cuenta de que la ha tenido delante de las narices desde hace mucho tiempo.

—¿Un empujoncito? Lo he hecho todo, menos darle un

bastonazo en la cabeza.
Marjorie se quedó pensativa.
—En ese caso, puede que necesites un poco de ayuda.
Lindsay estaba empezando a ponerse nerviosa.
—Mm, Marjorie¼
Otro estallido de risa anunció la llegada de Serena y un par de amigas. Entraban en la cocina charlando a buscar la comida y se llevaron las bandejas al comedor, de modo que Lindsay y Marjorie ya no volvieron a tener ocasión de hablar en privado, de modo que Lindsay no sabía si sentirse más aliviada o preocupada que antes.
Dan levantó la mirada de la mesa. Era lunes por la tarde y Lindsay estaba en la puerta de su despacho.
—¿Cómo has conseguido saltarte a Hazel? —le preguntó con curiosidad, mientras guardaba en un cajón el cuaderno que estaba leyendo cuando ella llegó.
—Estaba hablando por teléfono. Cuando me pille me va a echar una bronca de mil demonios, pero ya estoy acostumbrada.
Dan se encogió de hombros.
—Sabe que yo te haría salir si no tuviese tiempo de hablar contigo.
—Pero no lo harás —sin esperar a ser invitada, entró en el despacho y se sentó frente a su mesa.—. ¿Qué le pasa a Polly?
La mención del nombre de su sobrina le hizo fruncir el ceño.
—¿A qué te refieres?
—Corre el rumor de que Polly podría tener problemas.
Dan murmuró algo entre dientes. ¿Cómo demonios podía haberse enterado de eso?
—Alguien vio llegar a Polly a tu casa el sábado y luego fuiste tú a casa de tu hermana a toda prisa mientras sus padres no estaban en casa. Al parecer, estaba hablando con su amiga Jenny cuando recibió una llamada de teléfono. Se despidió de su amiga poco después y luego te presentaste tú en su casa.
El lápiz que Dan tenía en la mano se partió en dos.
—¡Maldita sea! ¿Quién demonios ha estado vigilando a mi sobrina? ¿Y cómo has llegado tú a saber todo eso?
—Es una larga historia.
Lanzó el lápiz roto sobre la mesa y se recostó en su silla.
—Tengo un poco de tiempo libre.
Encogiéndose de hombros, Lindsay imitó su pose, cruzando los brazos sobre el pecho.
—Me he pasado esta mañana por la peluquería a devolverle un libro a la peluquera y mientras estaba allí, Jane Pulaski dijo que te vio llegar a toda prisa a casa de Polly el sábado por la noche. Jane vive enfrente de tu hermana. Luego dijo que Ron y Tina llegaron

poco después y que entraron apresuradamente. Al parecer, ayer llamó a tu hermana por ver si todo iba bien y se quedó con la impresión de que le ocultaba algo.

—Quizá porque no era asunto suyo.

Lindsay ignoró su comentario.

—Sea como fuere, la señora Sturdivan, que sabes que es la madrina de Jenny dice que su ahijada ha estado preocupada por tu sobrina todo el fin de semana. Dice que Polly se ha estado comportando de un modo raro y que la encontraba nerviosa.

—No necesitamos investigadores aficionados en esta comisaría —mascullló—. A lo mejor lo que debería hacer es llevar todos mis casos a la peluquería, contarlos allí y dejar que las mujeres lo solucionasen.

Lindsay sonrió.

—Yo también he investigado un poco por mi cuenta. Viniste a mi casa después de haber estado con Polly y ya sabes que me dio la impresión de que sabías algo nuevo del pirómano. La conclusión más obvia es que Polly ha debido tropezar con alguna prueba.

Aunque no podía dejar de reconocer el mérito de su razonamiento, a Dan le molestaba que tanto sus movimientos como los de su familia fuesen seguidos tan de cerca por los habitantes de la ciudad.

—Supongo que te imaginarás que no voy a confirmarte algo así aunque fuese cierto.

—Sé que no harías nada que pudiera poner en una situación incómoda a Polly o en peligro tu investigación. Sólo me preguntaba si podría hacer algo por detener los rumores que circulan por la ciudad. Si dispusiera de algunos hechos, aunque no fuesen de demasiado calado, que publicar en el periódico, podría poner fin a tanta especulación.

De tratarse de otro periodista, habría pensado que pretendía utilizar sus sentimientos por su sobrina para manipularlo y obtener información. Pero por mucho que le interesase a Lindsay su trabajo, estaba seguro de que nunca explotaría a Polly de ese modo. Su ofrecimiento era sincero.

—Extra oficialmente voy a decirte que Polly ha encontrado algo que podría estar conectado con el pirómano. No quiero que lo publiques aún porque la investigación está en curso y no quiero que se nos escape.

Lindsay estuvo en silencio un momento antes de decir:

—¿Por qué no me lo quisiste decir ayer?

—Pues porque no había razón para hacerlo —contestó sin complicarse—. No sabía que su nombre iba a estar por toda la ciudad.

—Entiendo —respondió y su expresión se volvió oscura, impenetrable, como ocurría en tantas ocasiones últimamente.

¿Por qué sería que cuanto más tiempo hacía que conocía a Lindsay cuanto más tiempo pasaba con ella, más desconocida se le hacía? Cada vez le costaba más trabajo pensar en ella como la niña que se pasaba la vida pegada a los talones de B. J. y a los suyos. Aquella mocosa de coleta rojiza había dejado paso a alguien nuevo¼ y él se había perdido esa transformación hasta que ya se había visto completada.

Seguramente había estado demasiado enredado en su propia vida, en el trabajo, las heridas que tanto le estaba costando cicatrizar, el orgullo magullado. Siempre había pensado en Lindsay como la hermana pequeña de su mejor amigo, su némesis profesional¼ pero ahora estaba empezando a verla como una mujer compleja, mercurial y enigmática.

Como en aquel momento la estaba viendo: una mujer atractiva, decididamente interesante. ¡Maldición!

—Lindsay lo que te dije el otro día no fue porque no confiara en ti —dijo. Centrarse en el trabajo sería lo mejor—. Es que no quería que el nombre de Polly anduviese por ahí. Ni siquiera se lo había dicho a mi hermana. Lo he hecho cuando no me quedaba otro remedio. Así que no era por nada que tuviera que ver contigo, ni personal ni profesionalmente.

—Estabas haciendo tu trabajo y protegiendo a tu sobrina. No esperaba menos de ti.

De algún modo, sus palabras de comprensión no encajaban con su expresión, pero aun así asintió. No quería insistir.

Lindsay se levantó.

—No voy a interferir en tu trabajo. Sólo una pregunta más: ¿cómo está Polly?

—Está bien —le aseguró—. Y yo me aseguraré de que siga así.

—Estoy segura —contestó ella y dio media vuelta, al parecer con intención de marcharse y sin decir una palabra más.

—Lindsay¼ —la llamó sin pensar, empujado por la inexplicable sensación de que si la dejaba marchar en aquel momento y de aquel modo, todo cambiaría para siempre entre ellos.

—¿Por qué no tomamos esta noche una hamburguesa juntos o algo? Creo que necesitamos hablar.

Ella se quedó inmóvil un instante, de espaldas a él, así que Dan no podía verle la cara. Cuando se volvió, le dedicó una sonrisa blanda, que podría haber estado dirigida a un extraño.

—Lo siento, pero tengo una cita esta noche.

—¿Una cita?

Ella asintió.

—Si hay algo que pueda hacer por Polly házmelo saber, ¿vale? Y si hay algo que se pueda publicar del pirómano ya sabes a donde llamar.

Ella no iba a ofrecerle detalles sobre su cita de aquella noche y él no iba a preguntar. No era asunto suyo, pero no podía evitar sentir curiosidad. Conocía a la mayor parte de hombres solteros y de su edad que vivían en la ciudad y si no en persona, al menos sí por su reputación. Y no se le ocurría el nombre de nadie que pudiera ser lo bastante bueno.

—Que lo pases bien esta noche —le deseó. Ojalá lo sintiera de verdad.

Ella asintió y salió y Dan se quedó mirándola durante un momento. Su presentimiento había resultado cierto: algo entre ellos había quedado roto.

Y dolía.

Capítulo 6

Iba a pasárselo bien aunque le costase la vida. Al menos eso era lo que Lindsay no había parado de repetirse desde que aceptara impulsivamente la invitación de Bo para ir a jugar a los bolos.

La había llamado el día anterior, poco después de que llegara a su casa y su primer impulso había sido decirle que no, pero luego recordó la decisión que había tomado de seguir adelante con su vida y salir con Bo era dar un primer paso en esa dirección. No es que esperase o desease que saliera algo más de aquella cita, pero al menos la hacía sentirse al mando de nuevo de su vida. Estaba dejando atrás a Dan, a sus sueños.

—Deberíamos haber hecho esto ya hace mucho tiempo —estaba diciendo Bo con una de sus sonrisas de conquistador mientras se calzaba los zapatos de jugar a los bolos.

Sabía perfectamente que Bo no había pensado en ella ni una sola vez durante años, hasta que aquella noche se encontraron en Gaylord, pero se limitó a contestar:

—Hace siglos que no juego a los bolos. Seguro que no soy capaz de tirar ni uno.

—Anda, no exageres —bromeó, dejando a un lado sus botas para ponerse en pie—. Déjame ayudarte a buscar una bola para ti.

De todas las que le sugirió, Lindsay eligió una color púrpura, porque era el color que más le gustaba. Bo había traído la suya propia, verde y azul, que llevaba en una bolsa especial de cuero. También tenía zapatos propios.

—¿Juegas mucho a los bolos? —le preguntó, a pesar de que sabía que la respuesta era obvia.

—Pues no mucho —le sorprendió la respuesta—. Mis amigos me compraron todo esto hace un par de año por mi cumpleaños. Hace meses que no vengo a jugar.

—¿Y de pronto te han vuelto las ganas?

Tras dedicarle otra de las sonrisas marca de la casa, contestó, encogiéndose de hombros:

—Pues es que no se me ocurría otra cosa que hacer contigo esta noche —admitió—. No hay mucho dónde elegir en esta ciudad y supuse que a todo el mundo le apetece ir a jugar a los bolos de vez en cuando.

Ella se rió.

—Pues no sé que opinarán los demás, pero a mí me parece divertido.

—Estupendo. Para eso estamos aquí.

Iba a pasar la noche con un compañero guapo y divertido, se recordó Lindsay. Quizá pasárselo bien aquella noche no le costase la vida.

Riley O'Neal andaba por la comisaría cuando Dan salió aquella noche. Llevaba un buen rato flirteando con una joven agente y al verlo salir, salió él también.

—Hoy han circulado toda clase de rumores por la ciudad.

—¿Ah, sí?

Dan sacó las llaves del coche.

—Sí. Tengo entendido que has pasado unas horas esta mañana en el instituto, pero ningún empleado ha querido decir por qué.

—Más les vale —murmuró Dan.

Desgraciadamente ninguno de los profesores con los que había hablado había reconocido la escritura del cuaderno, lo cual significaba que no había mucho de qué hablar con un periodista.

—Es obvio que les has dado la orden de que no hablen de ello y ninguno ha sido lo bastante valiente para romper el fuego.

Dan asintió. No habría mucho que él pudiera hacer si alguien decidía romper el silencio, pero desde luego les haría oír un par de palabritas. Por el momento se había asegurado de que la gente de la ciudad temiese tanto su ladrido como su mordisco. Le facilitaba mucho el trabajo.

—Me imagino que no vas a darme algo que pueda publicar.

—Lo has adivinado.

—De acuerdo —contestó como si esperase de antemano aquella respuesta—. ¿Quieres que vayamos a comer algo? Estoy muerto de hambre.

No sería la primera vez que compartían una comida, pero Dan no podía evitar sospechar de la elección del momento y al fin y al cabo, Riley era periodista. Y él tenía sus buenas razones para desconfiar de la profesión en general.

Aún recordaba con todo lujo de detalles los titulares de los periódicos relatando cómo su ex mujer había sido arrestada por desfalco de dinero, junto con un compañero con el que había tenido una aventura, a una compañía de seguros. Y cómo días después esos mismos titulares se habían cebado con su marido distante y obsesionado por el trabajo y su mentalidad y salario propios de una ciudad de provincias.

Pero a ella no le había importado utilizar su salario de policía de provincias para devolver el dinero robado y mantener el trasero fuera de la cárcel.

Movió despacio la cabeza. ¿Por qué le habrían vuelto de pronto aquellos recuerdos? Creía tenerlos mejor controlados.

—De acuerdo. Vamos a comer algo. Pero nada de hablar de trabajo, ¿vale?

—Perfecto. ¿Y si vamos a Kelly's?

Kelly's era el bar de la bolera, pero a Dan no le sorprendió demasiado la elección, porque en Kelly's servían la mejor enchilada con queso de la zona. Así que, aunque tuviese que comer ensaladas durante dos días seguidos después, merecería la pena.

—Bien.

Incluso un lunes por la noche, la bolera estaba bastante llena de gente. Claro que no había mucho más donde elegir allí.

Quince minutos después estaba sentado frente a Riley con un gran plato de enchilada con queso delante de él y un refresco. En la bolera había mucha gente, conversaciones y risas y el ruido de los bolos al caer. Tras un día frustrante como había sido aquel, una cena como aquella y un ambiente relajado era precisamente lo que necesitaba.

—Bueno, ¿y qué tal te van las cosas¼ fuera del trabajo, por supuesto? —preguntó Riley tras probar el primer bocado.

Dan se encogió de hombros.

—Ya me conoces¼ no es que haga demasiadas cosas fuera del trabajo.

Riley movió la cabeza.

—Pues ya sería hora de que fueses consiguiendo una vida.

—Ya lo intenté una vez y no me salió demasiado bien.

Pretendía que fuese un chiste, pero Riley no parecía haberse dado cuenta.

—Lindsay y tú¼ —murmuró Riley—. Los dos habéis tenido la misma reacción al hablar de este tema.

—¿Es que le has dicho lo mismo a Lindsay? —preguntó, empujando las patatas por el plato con el tenedor de plástico mientras hacía la pregunta con la esperanza de parecer despreocupado.

—Sí. Últimamente parece un poco deprimida. No levanta cabeza desde que su padre murió. Me ha dicho que necesita cambios y que por eso ha hablado con Don Pettit para vender su casa.

Dan no se había dado cuenta de que Lindsay ya había tomado la decisión.

—Entonces ¿ya ha puesto la casa en venta?

—Supongo que sí. En fin¼ de todos modos, me dijo que pretendía cambiar de vida mientras tanto. Conocer gente nueva, salir un poco más¼ ya sabes.

—¿Gente nueva? —repitió Dan, pensando en la cita de Lindsay de aquella noche. No le hacía demasiada gracia aquella conversación, pero era Riley quien la había sacado.

—Bueno, quizá sea demasiado decir, teniendo en cuenta que aquí nunca hay nada nuevo. Pero al menos, diferente —hizo un gesto con la cabeza hacia un punto a espaldas de Dan—. Como lo de esta noche, por ejemplo.

Dan sintió un extraño escalofrío por la espalda.

—¿Esta noche? —repitió, resistiéndose al deseo de mirar hacia atrás.

—Sí. Lindsay ha venido a la bolera con Bo Jeffries. Lo conoces, ¿no? Es socio de una tienda de objetos del oeste en Gibsonville. Hace un año que le hice una entrevista. Es un tipo interesante.

Dan recordaba a Bo. Era el vaquero aquel que había babeado al ver a Lindsay con aquel vestido en Gaylord's. Le ardía el cuello de ganas de volverse a mirar para comprobar si llevaba algo del mismo tipo aquella noche.

—¿Sabías que Lindsay iba a estar aquí esta noche? —le preguntó a Riley.

Riley levantó la mirada de la camisa y adoptó una expresión ingenua.

—Puede que lo mencionara esta tarde. Seguramente fue lo que me hizo pensar en lo buenas que están aquí las enchiladas. ¿Por qué?

Dan se encogió de hombros.

—No me gustaría que pensase que ando vigilándola o algo así.

—¿Y por qué iba a pensarlo?

—Bueno ya sabes¼ soy amigo de B. J. y la conozco desde que era pequeña. No me gustaría que me viera como a un hermano mayor pelmazo.

—¿Crees que Lindsay te considera como a un hermano?

Dan no podía descifrar la expresión de Riley.

—Puede que no como a un hermano, pero al menos como a un contemporáneo de su hermano.

—Mmm¼

—¿Qué quieres decir con ese gruñido?

Riley se tragó el bocado y tomó un sorbo de su refresco antes de preguntar:

—¿Qué quiero decir con qué?

—Pues que cómo crees tú que me ve Lindsay.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella.

Lo cual era algo que Dan había venido eludiendo cuidadosamente. Incapaz de resistirlo más, miró por encima del hombro hacia atrás.

Lo primero que vio fue a Lindsay riendo como hacía mucho que no la veía. Parecía estárselo pasando de maravilla y comprobarlo no debería resultarle tan incómodo.

Después reparó en que ella estaba genial. No había nada abiertamente revelador en su ropa, una camiseta de manga larga marrón y unos pantalones caqui, pero se le ceñían lo bastante como para dibujar nítidamente su esbelta figura.

Luego reparó en un tercer detalle, algo que le hizo fruncir el ceño: que aquel tal Bo estaba muy cerca de ella, rodeándola la cintura con un brazos mientras usaba el otro para enseñarle la técnica de lanzar la bola.

—Parece que le están dando una clase particular de bolos —comentó Riley con un tono tan inocente como su expresión.

—Ese tío es un pulpo.

—Supongo que esa es la clase de observación que haría un hermano mayor, ¿no?

La verdad es que el sentimiento fraternal no primaba en él en aquel momento. Tampoco estaba muy seguro de lo que estaba sintiendo, a parte de un irrefrenable deseo de quitarle a Bo esa mano de un golpe.

Pero lo que hizo fue volver a su plato.

—¿Qué? —preguntó al ver que Riley lo observaba atentamente.

—Nada, jefe —contestó, llevándose una patata a la boca—. Nada de nada.

Dan bajó la mirada. Se había quedado sin apetito. ¡Demonios! Ahora iba a estar enfermo de indigestión.

Genial. Un día perfecto.

Aunque le había asegurado que no era necesario, Bo acompañó a Lindsay hasta la puerta aquella noche.

—Al final no he jugado tan mal como yo creía que iba a hacer, teniendo en cuenta cuánto tiempo hacía que no jugaba —comentó.

—Claro que no —reconoció él, como si sus victorias no hubiesen sido aplastantes en todas las partidas que habían jugado.

—Lo he pasado muy bien.

—Yo también. Tenemos que repetir.

—Claro —respondió, con deliberada imprecisión. Era cierto que lo había pasado bien y que no le importaría volver a salir con él. Algún día. Quizá. Pero no quería que él pudiera hacerse la idea de que le interesaba algo más allá de la amistad.

Bo esperó a que abriese la puerta, luego la besó en la mejilla y retrocedió.

—Hasta pronto, Lindsay.

—Hasta luego.

Lo vio subir a su coche y entró en su casa. Su sonrisa se desvaneció nada más cerrar la puerta.

La velada había sido un intento de olvidarse de Dan Meadows, pero desgraciadamente no había conseguido desprenderse de su

recuerdo por completo. Aunque había disfrutado de la compañía de Bo, no había podido dejar de pensar que no era Dan. Aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Dan se reunió con el alcalde para desayunar en el Café Rainbow el martes por la mañana. El café de Marjorie era un lugar muy popular para desayunar y comer y él no era el único allí que iba a mantener una temprana reunión de trabajo. La comida era deliciosa, como siempre, pero su disfrute se vio empañado por las quejas del alcalde por los escasos progresos realizados en la investigación del pirómano.

Dan tuvo que recordarle que ni siquiera sabían con seguridad que aquel cuaderno que habían encontrado y que era la única prueba disponible, fuese una verdadera pista.

Podía ser simplemente la interpretación excéntrica de un adolescente de los últimos incendios. Pero el alcalde no quiso ni oír hablar de ello. Quería que se cerrara el caso. Inmediatamente.

El alcalde se marchó tras una llamada recibida en el móvil, no sin antes decirle que siguiera trabajando para identificar al propietario de ese cuaderno. Dan tuvo que morderse la lengua para no contestarle que no necesitaba que nadie le dijera cómo hacer su trabajo. La paciencia parecía acortarse en momentos así y había que tener cuidado. Él se quedó un rato más, apurando la taza de café y organizándose el día.

—El alcalde parecía un poco enfadado hoy.

Dan levantó la mirada y sonrió a Marjorie.

—Y que lo digas.

Marjorie ocupó la silla vacía.

—¿Qué tal vas? Sé que andas un poco agobiado estos días.

—Estoy bien. El verdadero agobio viene de preguntarme cuándo o si este loco va a volver a actuar.

—Sé que estás haciendo todo lo posible por evitarlo.

Aunque le agradecía la confianza, deseó poder compartirla. Sabía demasiado bien que había poco que él pudiera hacer para evitar otro incendio, a menos que consiguiera cazarlo antes de que volviese a actuar.

—¿Se ha averiguado ya si el incendio en el que murió el pobre Truman Kellogg fue deliberado?

—No; aún no. Hay muchos parecidos con los demás incendios, pero también hay importantes diferencias.

Ojalá que en el cuaderno que Polly se había encontrado consiguieran descubrir algún indicio.

—En fin, será mejor que me vaya a trabajar —dijo—. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Claro. ¡Ah, por cierto! Este sábado voy a organizar una

pequeña reunión aquí después de cerrar. Kara y Pierce van a venir a visitarnos el fin de semana y quiero enseñarlos un poco. Va a ser una especie de celebración del nuevo contrato de Pierce. ¿Crees que podrás venir?

—Lo intentaré. Puede ser divertido.

Ella se rió.

—Si quieres que te sea sincera, tengo otro motivo para haberlo organizado, aparte del hecho de que Kara y Pierce estén aquí. Voy a ver qué tal se me da hacer de casamentera.

—¿Casamentera?

Dan pronunció aquella palabra con el temor de un hombre que se había visto sujeto a esa clase de intentos en más de una ocasión.

Sonriendo, Marjorie asintió.

—El nieto de mi amiga Virginia va a estar también aquí este fin de semana. ¿Te acuerdas de Scott? El que se graduó con tantos honores y se fue a St. Louis a estudiar medicina. Ahora es médico residente en Johns-Hopkins.

—Sí, lo recuerdo. Trabajó aquí para ti un par de veranos, ¿no? Me acuerdo que en una ocasión, me tiró toda una jarra de zumo de naranja por la espalda.

Y se estremeció sólo con recordarlo.

Marjorie se rió.

—Fue en su primer día de trabajo. Era un joven tan serio y tan brillante¼ pero me temo que no tenía mucho talento para servir mesas.

—¿Y dices que ahora es médico? ¡Qué peligro!

—Me han dicho que es mucho mejor médico que camarero.

—Eso espero. Bueno, ¿y con quién quieres emparejarlo? Sobre todo, teniendo en cuenta que sólo va a estar en la ciudad el fin de semana.

Marjorie se inclinó y bajó la voz.

—Con Lindsay.

Dan estuvo a punto de dejar caer la taza del café, pero se recuperó rápidamente.

—¿Lindsay Gray?

—Claro.

Parecía muy orgullosa de la idea.

¿Por qué demonios todo el mundo intentaba emparejar a Lindsay con alguien?

—¿Y hay alguna razón especial por la que quieras emparejar a Lindsay con un estudiante de medicina de Baltimore?

—Bueno, pues porque quiere hacer algunos cambios en su vida —contestó—. Ha puesto la casa en venta y ha empezado a salir con gente nueva. Scott es un joven muy agradable con un brillante

futuro. Y si la cosa funcionase, estoy segura de que Lindsay encontraría trabajo en algún periódico de Baltimore. Piensa en las oportunidades que tendría.

—¿Ya la has casado con un tipo al que ni siquiera conoce?

Dan pretendía parecer sorprendido, pero sonó cortante.

—Tampoco son unos desconocidos. Se conocieron en el instituto, aunque él iba un par de cursos más adelantado que ella.

Dan movió la cabeza, consciente de que su desaprobación debía ser evidente.

—Dudo que a Lindsay le haga mucha gracia un montaje así.

—No la he engañado. Ya sabe que Scott va a estar aquí. Incluso le he dicho que puede venir con alguien si quiere. Últimamente ha salido con varios chicos, ¿sabes?

Dan recordó la imagen de Lindsay pegada a aquel vaquero en la bolera.

—¿Y va a venir con una pareja a una fiesta organizada básicamente para emparejarla con otro? ¿No te parece todo un poco raro?

Ella se rió de nuevo, aunque Dan no podía comprender qué le parecía tan gracioso.

—Supongo. Pero ella ha dicho que no va a traer a nadie, así que¼

De todos modos, la idea no le hacía la más mínima gracia. Era como poner a Lindsay en un escaparate para que un jovenzuelo pudiese examinarla¼ se merecía algo mejor.

—Vamos, Dan, no seas tan negativo, que no es como si la llevara a una subasta. Es sólo una fiesta y Scott y ella van a asistir. Si no surge nada entre ellos, no importa. Simplemente pensé que les gustaría volver a verse.

Dicho así, no le parecía tan mal, aunque seguía sin gustarle.

—Además, ahora que mis dos hijas están ya casadas, no tengo oportunidad de hacer de casamentera —parecía que lamentase haber perdido uno de sus pasatiempos favoritos—. Lo he intentado un par de veces con Riley pero me dejó muy claro que no tenía interés en salir con nadie en serio.

—Bueno, así es Riley.

—Y en cuanto a ti¼

Dan hizo una mueca y dejó a un lado su taza.

—No, gracias.

—¡Ah, ya sé! —hizo un gesto con la mano—. Estás decidido a seguir siendo un aburrido solterón de por vida. ¿Sabes que en un par de ocasiones he pensado en emparejaros a Lindsay y a ti? Pero enseguida llegué a la conclusión de que tú no estabas interesado.

Dan tuvo que aclararse la garganta para poder hablar.

—Dudo mucho que Lindsay hubiera estado interesada tampoco.

Marjorie le dio unas palmadas sobre la mano, casi como si consolara a un crío con una rabieta.

—Bueno, seguramente ya no lo esté. Me da la impresión de que ya está dejando atrás su amor de juventud para seguir adelante. Precisamente esa ha sido una de las razones por las que he decidido sacarle brillo a mis habilidades de casamentera —alguien la llamó desde el fondo de la sala. Parecía un poco nervioso y ella suspiró—. A ver si contrato a alguien de una vez por todas —murmuró—. Perdóname, Dan; tengo que volver al trabajo. No te olvides de mi fiesta el sábado por la noche, ¿vale? A las siete, aquí.

—No lo olvidaré —murmuró, aunque no le prometió que asistiría. Aún estaba intentando asimilar la información que acababa de darle sobre que él podía haber sido el amor de juventud de Lindsay. Y sobre todo que al parecer, ya había dejado de serlo.

Era consciente de que había creído estar enamorada de él cuando era una niña impresionable y él era amigo de su hermano. Pero había también dado por sentado, que había superado ese capricho al empezar el instituto y al empezar a salir con chicos de su edad. Desde entonces, no había vuelto a mostrar síntomas de que le considerase otra cosa que no fuera el amigo de su hermano.

¿O sí?

Quizá en una o dos conversaciones últimas¼

«*El problema es qué he crecido, Dan Meadows*», le había dicho. «*Y todos los hombres de esta ciudad se han dado cuenta de ello¼ todos menos tú*».

Y luego aquel comentario cuando bailaban juntos, de si por fin había conseguido «*captar la idea adecuada*».

Y también en su casa, cuando le había preguntado por qué le había hecho ir a arreglarle el grifo si ella era perfectamente capaz de arreglárselo.

«*Si no fueras un hombre tan testarudo, tan obtuso y tan ciego ya lo habrías averiguado tú sólo*», había dicho también en otra ocasión.

¿De verdad estaría ciego, o sería obtuso? ¿O estaría leyendo en todo ello más de lo que en realidad había? ¿Se estaría dejando influir por las palabras de Marjorie?

Lo mejor que podía hacer era empezar a trabajar, dijo, poniéndose de pie con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirar la silla. A pesar de que su trabajo había sido muy frustrante últimamente, seguía sintiéndose más cómodo siguiendo pistas que intentando dilucidar qué le pasaba a Lindsay. O intentando desenredar sus propios sentimientos hacia ella.

Lindsay se despertó con el corazón en la garganta, acalorada y con la ropa de la cama hecha un lío en torno a su cuerpo, prueba de

la inquietud con que había dormido. Los números de su despertador brillaban rojos en la oscuridad: las tres y veinticuatro minutos.

Se pasó la mano por el pelo y no le sorprendió descubrirlo húmedo y enredado. No podía decir qué había sido de la almohada.

Recordaba el sueño con toda nitidez.

Si hubiera necesitado más pruebas que le confirmaran que se estaba convirtiendo en una neurótica sexualmente frustrada, aquel sueño habría bastado para confirmárselo. Y si le quedaba alguna duda de si había superado o no su adicción a Dan, el sueño habría servido también para disipárselas.

¿Por qué no podía soñar con ir de rodeo con Bo? ¿O con desmelenarse con Matt Damon, Ricky Martin o Clay Walker, como cualquier otra mujer de su edad? ¿Por qué tenía que seguir soñando con hacer el amor con Dan?

Seguía siendo la adolescente que siempre había sido en lo que a él se refería. Una cría tonta y soñadora, algo que no iba a poder cambiar mientras siguiera allí. No mientras siguiera viéndolo todos los días. Mientras trabajara con él. Hablara con él. Lo tocara. Y deseara que él la tocase.

Se levantó de la cama. Aquellos no eran sentimientos de una adolescente boba y enamorada, sino los de una mujer desesperadamente enamorada de un hombre que nunca podría verla como otra cosa que no fuera una buena amiga.

Tenía que marcharse. Y pronto.

Capítulo 7

Dan abrió la puerta de su despacho el jueves para salir y se llevó una buena sorpresa al encontrarse con Lindsay, que con la mano levantada, iba a llamar.

—¡Ah, lo siento! Hazel no está y¼

—Tenía dentista —espetó, ocultando tras la brusquedad la maraña de sentimientos que despertaba en él verla—. Y yo me marchaba ya.

—¿Vas a ver a Opal Stamps?

Él enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha llamado. Quiere que vaya contigo.

Él suspiró.

—Como periodista, supongo.

Lindsay asintió, inexpresiva.

—Por supuesto.

Iba vestida con ropa de trabajo, jersey y chaqueta azules, pantalones negros y botas.

La ropa parecía nueva, lo mismo que la expresión fría y distante de sus ojos.

—¿Qué te ha dicho la señora Stamps? —le preguntó mientras echaban a andar, saludando con una leve inclinación de cabeza a la gente con la que se cruzaban.

—Que su hijo Eddie no volvió del instituto el lunes por la tarde. Creía que se había ido a casa de su padre, porque al parecer habían estado discutiendo toda la semana, pero al llamarlo allí hoy pensando que ya habría tenido tiempo de serenarse, descubrió que no había estado allí en todo el fin de semana.

—Es lo mismo que me ha dicho a mí al llamar. Estaba hecha un manojo de nervios. Cuando le dije que iba a enviar a un oficial para que le tomase declaración, me pidió que fuese yo en persona. Hace una media hora de eso.

—Pues ha debido llamarme a mí nada más colgar contigo, porque estaba ya decididamente histérica. Dice que no la tomas en serio y que no te crees que Eddie haya desaparecido. Me conoce porque Eddie hacía de vez en cuando algunos trabajos extra en el periódico al terminar las clases y siempre nos hemos llevado bien. Por eso quiere que vaya contigo, para asegurarse de que la información se publica en el periódico.

—Ya le he explicado que Eddie tiene dieciocho años y que si ha

decidido dejar el instituto y marcharse de la ciudad, no podremos hacer mucho para evitarlo.

—¿Y si de verdad le ha sucedido algo?

—Lo dudo. Si te parece, vamos en mi coche —sugirió, puesto que habían llegado al aparcamiento y vio allí aparcado el coche de Lindsay—. Luego te vuelvo a traer aquí.

Ella tardó un poco en encogerse de hombros.

—De acuerdo.

Habían ido juntos en el coche montones de veces y nunca habían tenido dudas al hacerlo.

Ojalá nunca hubiese hablado con Marjorie. Su conversación le había suscitado dudas que no dejaban de marearle desde entonces. ¿De verdad habría sentido Lindsay algo por él alguna vez? ¿Estarían relacionados con esos sentimientos los cambios que creía haber notado, o andaría totalmente despistado?

Lindsay esperó a que los dos estuvieran en el coche y Dan hubiera arrancado para preguntar:

—¿Por qué crees que es poco probable que le haya ocurrido algo a Eddie?

—Pues porque no es la primera vez que desaparece así. Cuando discute con sus padres, se larga. Solemos encontrarlo en casa de algún amigo.

—La señora Stamps dice que esta vez es diferente. Que nunca ha estado fuera tanto tiempo sin llamar. Ha hablado con los amigos a los que suele acudir cuando está enfadado y ninguno de ellos sabe dónde está.

—O al menos, ninguno quiere admitirlo.

—¿De verdad piensas que no hay razón para preocuparse por él?

—No es que no me tome en serio lo que dice su madre, pero estoy seguro de que vamos a encontrarlo con alguno de los amigos que dicen no saber nada de él.

—Espero que tengas razón —estuvo un instante en silencio y luego preguntó —: ¿Cómo está Polly?

—Bien. No le hace gracia ser objeto de tanta especulación, por supuesto, pero afortunadamente los rumores parecen estarse acallando.

—¿Has localizado ya al propietario del cuaderno?

Dan dio un volantazo sin querer.

—¿Cómo diablos te has enterado de lo del cuaderno?

—Tengo mis fuentes. Y me han dicho que Polly encontró un cuaderno en el colegio y que le preguntó a varios estudiantes si lo reconocían. Al día siguiente, pasasteis un montón de tiempo juntos y al lunes siguiente tú fuiste al instituto, de clase en clase, para enseñarles algo a los profesores. Hay quien piensa que el cuaderno

contiene alguna pista sobre el pirómano¼ una confesión, o el informe de algún testigo presencial o algo así.

Lindsay había estado muy ocupada siguiendo todas las pistas posibles, eso estaba claro.

—No hay confesiones en el cuaderno y tampoco la descripción de ningún testigo.

—Pero había algo.

—Lo único que puedo decirte por ahora es que aún no sabemos si hemos encontrado algo significativo.

Ella suspiró.

—No tienes por qué andarte con tanta reserva. Te prometí que no publicaría nada sobre la investigación hasta que tú me dieses permiso para hacerlo. Y mi periódico no se dedica a publicar rumores.

—Pero los sigues con mucha atención.

—Eso forma parte de mi trabajo —contestó—. Lo mismo que también forma parte del tuyo.

—Te agradezco que seas tan cuidadosa con lo que publicas —le dijo para apaciguar la situación.

—Me gusta hacer bien mi trabajo —espetó con suma frialdad. No había tenido mucho éxito en lo de reinstaurar la paz. Claro que cuando se trataba de sus respectivos trabajos, los dos eran unos testarudos. Ojalá sólo se debiera a eso.

—Y hablando de rumores¼ —dijo él, manteniendo la mirada fija en la carretera—. He oído que has decidido poner la casa en venta.

—Eso no es un rumor, sino un hecho. Voy a hacer unas cuantas reparaciones para ponerla después en venta.

La confirmación le hizo apretar los dientes con fuerza.

—Ha debido ser una decisión difícil de tomar para ti.

—No ha sido fácil.

Sus palabras eran sencillas, pero su tono revelaba mucho más acerca de lo difícil que debía haber sido para ella vender la casa de su infancia. Ojalá pudiese comprender mejor las razones que la habían empujado a hacerlo.

Ojalá pudiese convencerse de que esa decisión no tenía nada que ver con él.

No hubo más tiempo para conversaciones personales puesto que llegaron a la casa en la que Opal Stamps y su hijo Eddie vivían. La casa quedaba algo aislada y estaba un tanto envejecida. Un coche antiguo estaba aparcado en el camino de grava que daba acceso a la vivienda. El jardín mostraba parches de barro y hierba seca. Los tres peldaños de subida al porche parecían bastante inestables y el porche en sí estaba abarrotado de muebles rotos y viejos y unas

cuantas macetas aquí y allá mostraban sus plantas muertas.

Dan llamó con cuidado a la puerta, casi como si temiera que un golpe demasiado fuerte de sus nudillos pudiese arrancar la puerta de sus goznes.

Opal Stamps, una mujer de cuarenta y tantos años con la amargura patente en el rostro y los fantasmas de sus sueños abandonados suspendidos en el aire a su alrededor, los hizo pasar y los invitó a sentarse en un sofá desvencijado cubierto por una vieja manta.

—Me alegro de que haya venido —dijo, dirigiéndose a Lindsay —. Necesito que averigüe qué le ha pasado a mi chico.

—El jefe Meadows y su equipo investigará la ausencia de su hijo, por supuesto —contestó Lindsay—. Mi trabajo consiste simplemente en publicar su información.

—Quiero que deje bien claro que diga lo que diga la policía, mi hijo no se habría ido de casa así, a menos que le haya ocurrido algo. Siempre se va con su padre o con alguno de sus amigos cuando necesita separarse de mí unos días, pero ninguno de ellos lo ha visto desde el lunes.

Intentando utilizar un tono paciente y comprensivo al tiempo que profesional, Dan le pidió que volviese a contarle toda la historia, empezando con la bronca que había tenido con Eddie el fin de semana.

Dirigiéndose siempre a Lindsay que tomaba notas tan cuidadosamente como Dan, Opal les explicó que la discusión llevaba ya rondando unos días, hasta que terminó de estallar en el fin de semana. Al parecer, Eddie era cada vez más difícil de manejar, sobre todo desde que cumpliera dieciocho años unos meses antes. Había empezado a saltarse las clases, a beber, a desafiar a la autoridad¼ tanto a la suya como a la de su padre.

—Se marchó al instituto el lunes por la mañana sin decirme nada —añadió—. Al no volver a casa, me imaginé que se habría marchado a casa de su padre, que era con lo que me había amenazado todo el fin de semana. Le dije que se marchara, que a ver si le iba mejor allí que aquí. Luego decidí que le daría un par de días para que se calmara y que luego le pediría que volviese a casa para ver si éramos capaces de arreglar las cosas, de modo que lo llamé ayer por la tarde, cuando supuse que ya debía estar en casa de su padre. Pero Merle me dijo que no había hablado con él desde la semana anterior.

—¿Y lo creyó?

Aunque Dan había formulado la pregunta, Opal siguió mirando a Lindsay.

—Merle no me mentiría sobre eso, aunque hubiera bebido. Y

tampoco si la pregunta se la hiciera Eddie. Merle sabe que me preocupo mucho por mi hijo. No me dejaría sufrir de este modo deliberadamente.

A Dan empezaba a molestarle que la mujer lo ignorase tan abiertamente, pero volvió a preguntar aún en tono cordial:

—¿Y qué hay de sus amigos? Ya ha estado con ellos en otras ocasiones.

La mirada de Opal se hizo aún más hosca cuando Dan le recordó que aquella no era la primera vez que llamaba para informar de que su hijo había desaparecido.

—Los he llamado a todos —dijo—. Les he dicho claramente que iba a llamarlo a usted y que no le iba a hacer mucha gracia que le hicieran perder el tiempo.

Esa amenaza debería haber obtenido algún resultado, se dijo Dan. Los amigos de Eddie sabían bien que en cuanto se refería al trabajo, esperaba cooperación total de ellos.

—¿Y sus amigos dicen no saber nada de su paradero?

Opal asintió.

—De hecho, lo que todos me han dicho es que últimamente actuaba de un modo extraño. Que los evitaba. Que se mantenía a distancia.

Dan no podría haber explicado por qué de pronto la desaparición de Eddie cobró una nueva dimensión para él. ¿Por qué no había considerado antes aquella posibilidad? Polly había encontrado el cuaderno el viernes, había recibido la extraña llamada el sábado y Eddie Stamps había desaparecido el lunes. ¿Qué posibilidades había de que existiera alguna conexión entre Eddie y el cuaderno?

—Señora Stamps, ¿le importa que eche un vistazo a la habitación de Eddie?

Ella se sorprendió.

—¿Cree que podrá encontrar alguna pista de su paradero?

—Tengo que empezar por alguna parte. Por supuesto puede usted acompañarme mientras miro.

Opal se retorcía las manos en el regazo y miró a Lindsay como si buscara consejo.

—Es el punto de partida más lógico —dijo ella, sonriendo—. Eddie podría haber dejado alguna pista de a donde pretendía dirigirse.

—Yo ya lo he mirado todo —confesó Opal—, pero no he encontrado nada. Ustedes pueden mirar si quieren.

—¿Falta alguna cosa de Eddie? —preguntó Dan mientras Lindsay y él seguían a Opal.

Sin mirar hacia atrás, la madre respondió:

—No que yo sepa. Pero es que en casa de su padre tiene ropa y unas cuantas cosas.

La habitación de Eddie estaba en la esquina trasera de la casa, detrás de una puerta decorada con una vieja señal de prohibido. Dan suspiró al verlo. ¿Por qué tantos adolescentes pensarían que las señales de tráfico podían servir gratuitamente de decoración? La habitación resultó estar muy ordenada, lo cual contrastaba vivamente con el desorden del resto de la casa. Un tanto espartana, pero casi obsesivamente limpia.

—¿Limpió usted la habitación al revisarla? —le preguntó a Opal.

—No, no. Eddie se la limpia solo. Siempre ha sido casi un maniático de la limpieza. No es corriente en un chico adolescente, ¿verdad?

—No —Dan se acercó al escritorio barato que ocupaba un rincón. Sobre ella había un ordenador portátil, unos cuantos libros de texto que no parecían haber sido abiertos nunca, un par de lápices amarillos y un cenicero vacío—. ¿Eddie fuma?

Opal frunció el ceño.

—Es culpa de su padre. Merle fuma tres paquetes diarios.

—¿Sabe si su hijo escribe un diario?

—¿Eddie, un diario? —movió la cabeza como si la pregunta le divirtiese—. No, qué va.

Mal asunto. Prácticamente todas las páginas del cuaderno que Polly había encontrado estaban llenas. ¿No sabría Opal si su hijo de pasaba un montón de horas escribiendo?

—¿Qué suele hacer Eddie en su tiempo libre?

—Sentarse frente al ordenador, jugar y ¿cómo lo llaman¼? Navegar en Internet.

Así que Eddie podía haber estado allí encerrado escribiendo en su diario sin que Opal lo supiera. Dan miró los cajones cerrados de la mesa.

—¿Tiene alguna muestra de la escritura de su hijo?

—Quizá haya algo en uno de los cajones. Mire cuanto quiera. A Eddie no le gustaría que revolviéramos en sus cosas, pero ahora no puedo preocuparme de eso. Tengo que encontrarle.

Lindsay se apartó para que Dan pudiese abrir el primer cajón. Lo primero que vio fue un montón de ejemplares del periódico local, el Evening Star. En cada uno de ellos se hablaba en titulares de los incendios recientes. Su nivel de interés subió de nuevo.

Bajo los periódicos había un sobre amarillo con lo que parecían apuntes.

—Me gustaría llevarme este sobre, si no le importa. Prometo devolvérselo.

Opal lo miró frunciendo el ceño.

—¿Y cómo le va a ayudar eso a encontrar a mi hijo?

—Sólo intento seguir todas las pistas posibles. También necesitaré una fotografía reciente de Eddie y una lista de sus amigos y novias; cualquiera con quien pueda haber hablado de sus planes.

—Le daré lo que necesite para que encuentre a mi hijo —dijo, al parecer satisfecha con el interés que estaba mostrando.

Dan revisó rápidamente el resto de la habitación. Apenas había nada de interés en sus escasas pertenencias. Desde luego nada que pudiese señalar abiertamente a un pirómano. Miró el ordenador, pero decidió esperar. Además él no era un experto en informática, así que tendría que llevárselo a un experto para que analizase lo que había en él y eso era mejor hacerlo contando con garantías.

Veinte minutos más tarde, Lindsay y él salieron de la casa tras asegurar a la angustiada madre que harían lo que hiciera falta para ayudar a encontrar a su hijo.

—Piensas que Eddie puede tener algo que ver con los incendios, ¿verdad? —preguntó Lindsay nada más subir al coche.

Él se abrochó el cinturón y arrancó.

—Creo que hay motivos para pensar que Eddie podría sentirse fascinado por el fuego —respondió, pensando en los periódicos del cajón—. Eso no significa necesariamente que haya tenido algo que ver con ellos.

—¿Has reconocido su escritura? ¿Es la misma del cuaderno?

—No he tenido oportunidad de compararla, pero de todos modos, en el cuaderno no había confesión alguna, Lindsay. Sólo lo que podría describirse como una obsesión por lo relacionado con el fuego. Algunos adolescentes se sienten atraídos por la música y la poesía sobre el tema de la muerte y eso no quiere decir que sean suicidas y homicidas.

Ella asintió y luego se quedó mirando por el cristal. Mientras esperaba en un stop, Dan contempló su perfil. Era muy bonito, tenía que reconocerlo, con unas pestañas largas y densas, la nariz recta y pequeña, los pómulos delicados y la barbilla firme. Tenía el labio inferior entre los dientes, pensando y él se imaginó las marcas que iba a dejarse en la piel.

Cuando era pequeña y se hacía daño, acudía a su hermano mayor para que le diera un beso y sanara la herida, recordó de pronto. A veces, si él también estaba allí, acudía pidiéndole otro beso para asegurarse de que se curaba del todo, algo que él encontraba divertido cuando Lindsay tenía seis años. Ocho. Diez.

La última vez que la había besado fue al cumplir ella los veintiuno. Había rozado sus labios con los suyos en un gesto que pretendía ser fraternal y afectuoso.

Aún recordaba el sobresalto físico que había experimentado tras

el contacto físico. Aunque había hecho todo lo posible por ocultarlo, su reacción había sido intensa y muy masculina y casi sin querer, se había encontrado observándola más detenidamente durante el resto de la noche, consciente por primera vez de que era ya una mujer muy hermosa.

Ella tenía veintiuno y él, diez más, lo cual le había producido una sensación vagamente sucia. Lindsay no era más que una cría, había tenido que recordarse, exasperado. La hermana pequeña de su mejor amigo. ¿En qué demonios estaba pensado?

No pasó mucho tiempo antes de que Melanie y él se fueran juntos, eso sí, por razones equivocadas.

Lindsay lo miró entonces.

—¿Te estás echando una siestecita? —le preguntó, enarcando una ceja—. No viene nadie ya.

Era el primer comentario en mucho tiempo que parecía dicho por su amiga de siempre y Dan se relajó un poco.

—Perdón —dijo, pisando el acelerador—. Estaba distraído.

—Yo también. Se me ha ocurrido una cosa¼ puede que sea una tontería, pero¼

—¿Qué es?

—¿Y si en lugar de provocar los incendios, Eddie hubiese descubierto a quien los provoca? Si el tema le fascina, puede que haya andado indagando.

—Podría ser —concedió Dan, aunque no le haría ninguna gracia que un crío se hubiese acercado más a la solución de aquellos crímenes que todo un equipo de investigadores profesionales. Claro que también le fastidiaría y mucho, saber que ese mismo crío había sido capaz de cometer esos delitos sin dejar una sola pista.

—¿Y si fuera así? ¿Y si algo de lo que ha averiguado lo ha puesto en peligro? ¿Y si fuera el miedo la razón de su huida? Incluso puede ser peor. Puede ser que alguien lo haya hecho callar.

—Te estás dejando llevar por la imaginación. Por lo que sabemos hasta ahora, Eddie puede estar en casa de alguna novia, escondido hasta que su madre esté dispuesta a darle lo que quiera con tal de que vuelva a casa.

—Es otra posibilidad —reconoció Lindsay pero como si no le gustara renunciar a un escenario más dramático.

—¿Qué vas a contar en el periódico? —preguntó, intentando parecer despreocupado.

—Sólo que Eddie ha desaparecido y que nadie sabe nada de él desde el lunes. Llamaré a algunos de sus compañeros de instituto y a su padre para redondear un poco la historia con lo que me digan.

—¿No vas a mencionar ninguna posible conexión con el pirómano?

—Claro que no. ¿Cuántas veces tengo que decirte que soy una periodista con ética y no una irresponsable cuentachismes? No me explico por qué no eres capaz de metértelo en la cabezota.

Por alguna razón incomprensible, cuando más cómodo se sentía con Lindsay era cuando ella arremetía contra él. Sonrió al aparcar su coche al lado del de ella.

—Soy perfectamente capaz de distinguir y si tú no fueses tan picajosa y tan estirada, sabrías que no pretendo insultar tu integridad profesional.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó ella—. Me refiero a Eddie, claro.

—Pues hacer mi trabajo¼ como tú vas a hacer el tuyo.

Lindsay tiró de la manilla.

—Entonces, hasta luego.

—Lindsay¼

—¿Sí?

—Si quieres pasarte por mi despacho más tarde, te dejaré echar un vistazo al cuaderno. Confidencialmente, claro.

Ella abrió cómicamente los ojos de par en par.

—¿Que me vas a dejar verlo? ¿Y eso?

Que lo quemaran vivo si lo sabía.

—A lo mejor porque quiero que me des tu opinión —sugirió, aunque varios expertos ya habían examinado el cuaderno y unos cuantos más lo harían aquella misma tarde.

—Tardaré en terminar hoy¼ hacia las ocho, más o menos. ¿Es demasiado tarde para ti?

Quizá se sintiera tan incómoda como él con aquel distanciamiento y rápidamente aceptó.

—Yo también voy a trabajar hasta tarde.

—¿Quieres que traiga unos sándwiches? Tendremos hambre a esas horas.

—Estupendo.

—No me lo puedo creer. El jefe cometiendo irregularidades —murmuró al salir, con una sonrisa desvergonzada.

Y tanto que era irregular. Compartir pruebas con un periodista no era ni mucho menos un procedimiento habitual.

Pero es que aquel periodista tampoco era habitual.

Capítulo 8

Un olor a especias y queso parecía haber quedado suspendido en el aire aun después de que la pizza que Lindsay había traído consigo hubiese quedado reducida a una caja manchada de grasa y a unos cuantos bordes sin comer.

Sentados el uno al lado del otro tras la mesa, Dan y ella habían examinado el cuaderno página a página, así como todos los papeles que había en el sobre amarillo que Dan se había traído prestado del cajón de Eddie Stamps.

—Fíjate en la letra A —señaló Lindsay en una de las palabras que había al principio de uno de los exámenes—. ¿Ves ese trazo que le hace arriba? Yo diría que la misma persona ha escrito estos dos textos.

Dan miró con atención ambas páginas por enésima vez.

—Creo que tienes razón. Yo también creo que estas dos páginas las ha escrito Eddie Stamps.

Lindsay asintió. La caligrafía de Eddie resultaba casi obsesiva de puro pulcra. Pero la caligrafía del cuaderno era totalmente distinta: garabateada, desigual, intensa. Y sin embargo, parecían casi ser dos lados de una misma persona, más que dos escritores distintos.

Todo lo que sabía sobre Eddie parecía indicar que se trataba de un joven con mucho oculto en su interior. Era reservado, participaba poco en las actividades del instituto y tenía pocos amigos, aunque los que tenía le eran muy leales. Lo consideraban muy inteligente, a pesar de que sus calificaciones no eran brillantes; pero eso se debía, según ellos, a que se aburría en las clases.

Y todos negaban saber algo de su paradero.

—Alguien con tanta rabia contenida y con tanta confusión bien podría estar prendiendo fuegos para dar salida a esos sentimientos, ¿no te parece? —murmuró Lindsay sin apartar la mirada del cuaderno.

Dan tomó un sorbo del refresco.

—Eso es lo que dijo el experto de Little Rock.

—¿Y qué hay del fuego que mató a Truman Kellogg? Si fue la misma persona la que inició el fuego, ¿podría haber muerto alguien por accidente? Todos los demás edificios estaban vacíos por completo cuando los incendió. ¿No puede ser que el pirómano creyera que la cabaña también lo estaba?

—Si quieres que te diga la verdad, en este momento ya no sé qué puede tener en la cabeza el pirómano —confesó—. Los asesores

que han estudiado el cuaderno están de acuerdo en que ha sido escrito por alguien muy perturbado, muy enfadado y a punto de explotar, pero no han dicho que se trate definitivamente del pirómano. Podría tratarse simplemente de alguien fascinado por las llamadas, quizá que envidia el atrevimiento del pirómano. Incluso podríamos estar enfrentándonos a un imitador, aunque no hay pruebas de que se haya tratado de un asesinato premeditado.

Se frotó la nuca mientras hablaba, como si tuviese doloridos los músculos y Lindsay reparó en las líneas que le enmarcaban la boca y las ojeras oscurecidas. Estaba cansado. Preocupado.

La pena es que ya no podía recordar la última vez que lo había visto feliz.

—Por hoy ya has hecho todo lo que podías hacer —dijo, dejando el cuaderno sobre la mesa—. Has hablado prácticamente con todo el mundo que hablaba con Eddie y has estudiado todos estos papeles hasta sabértelos de memoria, sin descuidar tus demás responsabilidades, aunque no sé cómo te las has arreglado.

—Es mi trabajo —dijo, incómodo con sus alabanzas.

—Sí, pero ya has trabajado horas más que de sobra en él. Vete a casa.

—Enseguida —contestó distraído, al tiempo que sacaba un expediente del cajón—. En cuanto¼

Lindsay lo sujetó por la mano.

—En ese cajón no hay respuestas —le dijo con firmeza—. Si las hubiera ya las habrías encontrado hace tiempo. Vete a casa y descansa —insistió, sin quitar la mano para asegurarse de que no volvía a abrir al cajón.

Era un gesto de amistad, de pura preocupación por él. ¿Cuántas veces lo había tocado en los últimos dos años? ¿Docenas? ¿Cientos? Y sin embargo, aquella vez¼

Su mano era tan grande, tan vigorosa, tan endurecida por el trabajo que Lindsay se estremeció. Y sólo con tocar su mano. No pudo evitar imaginarse qué sucedería si esas mismas manos le recorrieran el cuerpo.

Imágenes de los sueños que últimamente poblaban su descanso se le representaron ante los ojos y las mejillas se le arrebolaron. De un tirón, apartó la mano y la ocultó a la espalda, la palma escociéndole por el contacto, casi como si hubiera tocado un cable de alta tensión. Miró a Dan y lo encontró observándola con una expresión que no pudo interpretar.

Se había pasado la mano por el pelo tantas veces que parecía que se lo había peinado con una batidora. Un mechón casi infantil le caía sobre la frente y Lindsay no pudo resistir la tentación de estirar el brazo y apartarlo.

—Pareces tan cansado¼ —murmuró.

Ojalá tuviese el valor necesario para tomar su rostro entre las manos y borrar aquellas líneas de fatiga, pensó.

¿Cómo podía ser tan descarada en su trabajo y tan tímida con aquel hombre?

—Lindsay¼

Se había quedado inmóvil sin darse cuenta, con la mano suspendida en su pelo.

—¿Mmm?

—¿Qué estás haciendo?

—Seguir mis impulsos.

—Sabes que eso podría meterte en un lío.

Le pareció interesante que su voz adquiriese de pronto un tono más profundo.

—Seguramente.

Dan tomó su mano pero la sorprendió al no soltarla.

—Lindsay¼

Ella esbozó una sonrisa tímida.

—¿Te estoy asustando, Dan?

Él miró sus manos entrelazadas.

—Aterrorizando.

Lindsay volvió a sonreír.

—Bueno¼ por lo menos te has dado cuenta por fin de que tienes un motivo por el que ponerte nervioso.

—Creo¼ —tragó saliva—. Creo que los dos necesitamos descansar.

—¿Es que crees que el cansancio está afectando a mi capacidad de raciocinio?

Dan volvió a mirar sus manos.

—Puede que esté afectando a la mía.

—Entonces, a lo mejor no debería darte la lata para que te fueras a descansar.

Él volvió a mirarla. Parecía querer volver a hablar, pero de pronto cambió de opinión, y tras apretar suavemente su mano, la soltó y retiró la silla.

—Se está haciendo tarde y los dos tenemos que levantarnos pronto por la mañana. Si descubres algo que pueda ser importante para mi investigación, espero que me lo hagas saber.

Así que volvía a retirarse a la trinchera del trabajo. Bueno, podía ser que ya no se empeñara en negar que estaba interesada por él en un modo que nada tenía que ver con su profesión, pero que aún no estuviese preparado para enfrentarse a ello abiertamente. También cabía la posibilidad de que nunca llegase a estarlo.

Pero al menos podría decir que había intentado hacerle saber lo

que sentía. No tendría que pasarse el resto de su vida preguntándose qué habría ocurrido si se hubiese atrevido a correr el riesgo.

Aquella debería haber sido una noche hermosa en Edstown. Brillaba la luna llena en un cielo cuajado de estrellas y el aire olía a la primavera en ciernes. La gente debería haber estado durmiendo tranquilamente, al abrigo de la seguridad de sus casas.

Pero todo se vio roto una vez más por las sirenas y los gritos, el rugido de las llamas y el sisear del agua al combatirlas. Con los ojos turbios por el cansancio, Dan iba de un lado para el otro de la escena, con una sensación de inutilidad agobiante mientras veía a los bomberos hacer su trabajo. El pirómano había vuelto a atacar, eligiendo como objetivo la oficina de una compañía de seguros que estaba vacía durante la noche y él no estaba más cerca de realizar la detención de lo que lo había estado en los últimos seis meses.

Sus oficiales estaban peinando la zona, intentando encontrar a alguien que pudiera haber visto algo que pudiera servir de pista antes de que empezase el fuego, pero desgraciadamente se trataba de una zona comercial llena de pequeños negocios que permanecían cerrados durante la noche. No había restaurantes y no se trataba de una calle que condujese a ningún barrio residencial. El pirómano había elegido bien su objetivo¼ tal y como venía haciendo desde un principio.

A Dan no le había sorprendido que Lindsay apareciera en la escena. Alguien debía haberla llamado, seguramente una de sus fuentes en el departamento de bomberos.

Aunque faltaban un par de horas para el amanecer, parecía bien despierta y cargada de energía, corriendo de un punto a otro tomando notas. Ojalá él tuviese unas responsabilidades tan claras como las de ella o las de los bomberos.

—¡Maldita sea, Dan! ¿Es que vas a dejar que este cerdo queme toda la ciudad?

La pregunta lo hizo suspirar y darse la vuelta.

—Hola, alcalde.

Parecía como si se acabase de levantar de la cama. Tenía la ropa arrugada y estaba despeinado y sus saltones ojos oscuros parecían inyectados en sangre por la falta de sueño.

—¿Qué haces aquí de pie? ¿Por qué no estás haciendo algo?

—¿Y qué quiere que haga?

—¡Pues arrestar a alguien, maldita sea!

Aunque sabía que sus palabras las provocaba el estrés y la desesperación, Dan contestó:

—¿Y a quién quiere que arreste? ¿A alguno de los que ha venido a mirar? ¿Al jefe de bomberos? Lo único que puedo decirle por el

momento es que estamos siguiendo las pocas pistas que tenemos y que confío en poder detener pronto al culpable. Una vez esté el fuego bajo control, los investigadores analizarán la escena y puede que se encuentre algo que¼

—No quiero oír más «*puede que*». Quiero algo más definitivo, ¿me oyes? Estos fuegos han afectado ya a casi todos los habitantes de la ciudad y la gente empieza a estar asustada. Truman Kellogg ha muerto y ahora su viejo amigo Stan ha perdido su compañía de seguros, para no hablar de los otros seis edificios que ya han ardido hasta los cimientos. Tenemos que parar esto.

—Haré todo lo que pueda.

—Eso espero.

El alcalde cambió de objetivo y se fue a arremeter contra el jefe de bomberos. Pasándose la mano por el cuello, Dan se quedó donde estaba, estudiando a la gente que se había reunido a mirar. Eddie Stamps no estaba entre ellos. ¿Podría ser alguno de aquellos morbosos mirones quien había provocado el incendio?

Respiró hondo el aire cargado de humo y decidió acercarse a charlar con aquel grupo de gente, por ver si algo de lo que le dijeran podía servirle.

¿Estaría Lindsay charlando ya con ellos?

Desde luego tenía un juicio certero en cuanto a las personas y un gran instinto. De no haber elegido el periodismo como profesión, habría sido una magnífica policía.

Entonces la vio muy cerca del edificio en llamas, hablando con uno de los bomberos. A nadie más le habrían permitido acercarse tanto. Los demás civiles estaban retenidos a una distancia prudencial, de modo que no pudiesen estorbar. Sólo Lindsay había sido capaz de colarse en el meollo de la acción y no sólo nadie le gritaba que se quitase de en medio, sino que se las arreglaban para contestar a sus preguntas mientras hacían su trabajo.

Desde luego tenía una habilidad especial para conseguir lo que quería.

Estaba a punto de darse la vuelta para dirigirse a los espectadores cuando el lateral junto al que estaba Lindsay explotó.

La parálisis de Dan debió durar sólo un par de segundos, pero a él le pareció toda una vida. Cuando consiguió moverse, echó a correr hacia el montón de cristal y escombros que antes era una pared.

—¡Lindsay!

Tenía un horrible dolor de cabeza, además de otros dolores repartidos por el cuerpo, pero el de la cabeza empequeñecía a todos los demás. Desde luego, que los oídos siguieran pitándole por la explosión no ayudaba nada. Lo mismo que el que Dan aún no

hubiera dejado de gritarle.

Aunque no era gritar lo que hacía, se corrigió, tocándose el vendaje que tenía en la sien derecha. De hecho, mantenía la voz baja, medida y tensa. Casi preferiría que le gritase a aquella gélida compostura.

Estaba sentada en una camilla, las piernas desnudas y colgando más allá de la línea del camisón del hospital. Dan estaba a su lado. No se había movido de allí desde que la trajeron, hacía ya una hora. En cuanto se aseguró de que estaba bien, empezó a reprenderla por estar donde no debía.

—Dan —lo interrumpió.

—¿Qué?

—¿Podrías seguir gritándome un poco más tarde? Estoy algo cansada.

Él frunció el ceño y suspiró.

—Lo siento —dijo pasándose una mano por el pelo—. Sé que no es el momento, pero es que me has dado un susto de muerte, Lindsay.

Ella se rió, pero su risa resultó temblorosa.

—Yo también me he asustado, pero estoy bien, Dan, de verdad.

La miró de arriba abajo una vez más, lo que la hizo aún más consciente de su surtido de cortes, arañados y moretones, ninguno de ellos de importancia, pero todos incómodos.

—Ya sé que no tengo buen aspecto —le dijo antes de que él pudiera dar su opinión—, pero estoy bien.

—Sí, ya¼ Lo que pasa es que has tenido mucha suerte. Podría haber sido peor.

Era cierto. Había sido casi un milagro que ni ella ni nadie de los que estaban más cerca hubiese resultado herido de gravedad tras la explosión del edificio. Afortunadamente, la mayoría de los escombros habían salido proyectados hacia una zona en la que no había nadie.

Lindsay y dos bomberos se habían visto arrojados al suelo por la fuerza de la onda expansiva y luego habían quedado sepultados por trozos de cristal y pequeños cascotes, pero el mayor daño que habían sufrido había sido la rotura de un brazo de un bombero. Habían tenido mucha suerte.

—A ver si el doctor Frank me da pronto el alta —dijo—. Tengo ganas de ir a casa.

—Yo preferiría que te quedases unas horas más en observación.

Ella negó con la cabeza y su dolor empeoró.

—Quiero irme a casa. Odio los hospitales. Pero tú no tienes por qué quedarte. Sé que tienes mucho trabajo.

—Hay otros oficiales trabajando en la investigación y saben

cómo ponerse en contacto conmigo si me necesitan. Quiero llevarte a casa cuando te den el alta.

Era evidente que estaba preocupado por ella, pero no sabía cómo interpretar esa preocupación. Tenía que tener cuidado y no darle demasiada importancia.

Pasaron veinte minutos más antes de que le dieran el alta y salió del hospital con unos pantalones verdes de quirófano y el camisón ya que su ropa estaba tan destrozada y sucia que no había querido volver a ponérsela. Su coche se había quedado junto al edificio incendiado, pero Dan le había pedido a uno de sus oficiales que lo llevara a su casa. Él la llevó en su furgoneta.

Ya era de día cuando Lindsay abrió la puerta. Le dolían absolutamente todos los músculos del cuerpo, pero se alegró de entrar por fin en su casa.

—¿Tienes los calmantes que te dio el médico? —preguntó Dan tras cerrar la puerta.

—Luego me tomaré uno.

—Tómatelo ahora —dijo, dejando la chaqueta sobre el respaldo del sofá—, y métete en la cama.

—¿No te parece que me estás mangoneando demasiado? —protestó.

—Le he dicho al doctor Frank que me aseguraría de que seguirías sus instrucciones al pie de la letra —contestó sin inmutarse.

—Soy perfectamente capaz de seguir sus instrucciones sin necesidad de supervisión.

—Seguro. Voy a traerte un vaso de agua para que te tomes la pastilla.

Lindsay suspiró. No se quedaría tranquilo hasta que no viera personalmente cómo se tragaba la pastilla y no es que tuviera algo en contra de los analgésicos, pero no quería que Dan volviese a caer en la costumbre de darle órdenes como si volviera a ser una niña.

—Ya está —dijo, una vez se hubo tragado la pastilla—. ¿Contento?

Sin que ella lo esperara, Dan rozó con los dedos el vendaje de su frente.

—¿Cómo puedes preguntarme eso estando así?

Las rodillas se le volvieron de pronto de gelatina. Era muy difícil ser razonable y mantenerse serena si le decía cosas así. Si la miraba así.

Fue él quien retrocedió de pronto.

—Métete en la cama —ladró—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas, pero luego volveré a ver si necesitas algo.

—Lo que tienes que hacer es descansar tú un poco. Llevas casi

toda la noche sin dormir.

—Ya me echaré una siesta luego. No te importa que use tu teléfono, ¿verdad?

—Claro que no —se tapó la boca con la mano para ocultar un bostezo. ¿Sería el cansancio, o el efecto de los analgésicos?—. Busca en la nevera lo que te apetezca comer y cierra después la puerta cuando te vayas.

Estaba ya de camino al dormitorio cuando le hizo aquella última advertencia innecesaria. No le cabía la menor duda de que Dan cerraría con llave la puerta. Si dependiera de él, la encerraría tras unos barrotes.

Ojalá supiera qué motivos se ocultaban detrás de tantos desvelos. ¿Sería amistad¼ o algo más?

Dan hizo una media docena de llamadas y se tomó dos cafés antes de pasar a ver a Lindsay. No había vuelto a oír ruidos en la casa poco después de que se fuera a la cama, así que debía estar durmiendo, pero quería asegurarse.

Entrar en su dormitorio le produjo una sensación extraña. Hacía años que no entraba en aquella habitación. El sol de la mañana se filtraba por los visillos, lo que le permitió ver que la decoración había cambiado notablemente desde la última vez que estuvo allí. El encaje y los lazos habían desaparecido, lo mismo que los muñecos de peluche, las muñecas y los unicornios, todos excepto uno que había sobre la cómoda. Era el que le había regalado semanas atrás por su cumpleaños.

¿Es que ya no le gustaban los unicornios?, se preguntó, frunciendo el ceño. Porque, si habían dejado de gustarle, ¿por qué demonios no se lo había dicho?

El mobiliario provenzal de su niñez había sido reemplazado por lo que parecían piezas de anticuario, quizá de principios de siglo. Había utilizado colores intensos y profundos en las telas y las almohadas, verdes y granates, que le conferían un aspecto muy acogedor a la habitación.

Por fin se centró en la cama. Lindsay estaba en el centro, casi escondida por almohadas y edredones. Estaba de lado, con una mano descansando sobre la almohada junto a su cara. Sus mejillas seguían estando demasiado pálidas y el vendaje de la frente parecía aún más blanco bajo los rizos de su pelo rojo. Su boca de labios carnosos estaba humedecida y entreabierta y su respiración era lenta y uniforme.

Parecía joven y vulnerable así dormida, pero ya no la veía como a una niña. Casi deseó poder hacerlo. Las cosas eran mucho más sencillas cuando era sólo la hermana pequeña de B. J.

Una especie de fuerza magnética lo atrajo a la cama y se quedó

en el borde con las manos metidas en los bolsillos. Ni siquiera pretendió no darse cuenta del deseo de tumbarse junto a ella. Todo el cuerpo le dolía de deseo. La deseaba. Al parecer la había deseado aun antes de darse cuenta y ser consciente de ese deseo fue el segundo susto del día.

Recordó que ella le había dicho que al menos ya sabía que había algo por lo que podía estar nervioso. Lo había dicho tras preguntarle si lo asustaba y después de que él contestara con toda sinceridad que sí.

Tendría que ser ciego e idiota para no reconocer las señales que le había estado enviando y al parecer, había sido ambas cosas hasta hacía bien poco. ¿Cuándo habría decidido que quería de él algo más que amistad? ¿Y por qué no se daría cuenta de que era una pésima idea?

Él era una década mayor que ella y a veces se sentía aún mayor. Ella era optimista, entusiasta e idealista. Él, desconfiado, taciturno y desencantado. Ella tenía un brillante futuro ante sí, lleno de oportunidades que no podría encontrar allí, en Edstown, mientras que él estaba acomodado a un trabajo que no quería dejar. Incluso sus carreras chocaban frontalmente: el trabajo de él requería mucha discreción, mientras que el de ella estaba basado en desenterrar tanta información como fuese posible.

Aun después de recitar mentalmente aquella lista de inconvenientes, supo que casi todo era camuflaje. La razón verdadera por la que no quería tener nada con Lindsay era el miedo que le producía la idea de poder hacerle daño¼ y de volver a sufrir él.

El instinto de protección le decía que un error cometido con Lindsay podría ser una catástrofe que haría parecer el fracaso con Melanie una inconveniencia menor.

Lindsay suspiró dormida y cambió de postura, liberándose del montón de almohadas. Se había puesto un camisón blanco de algodón y Dan la tapó hasta la barbilla. El dorso de su mano rozó su mejilla y no pudo dejar de notar la suavidad y tersura de su piel.

Su cuerpo reaccionó de nuevo con dolorosa intensidad y cuando retiró la mano, temblaba tanto que tuvo que guardársela en el bolsillo¼ lo que no fue tan fácil ya que los vaqueros se le habían quedado de pronto demasiado ajustados.

Y mientras conservaba aún un mínimo de sentido común, se alejó de la cama y salió de la habitación.

Capítulo 9

Lindsay se despertó con un gemido. Era como si el dolor hubiera estado paseándose a su alrededor como un felino, esperando a que se despertara para saltar sobre ella. Y cuando saltó lo hizo a conciencia, apoderándose de todos los músculos de su cuerpo. Había caído con fuerza al suelo cuando la onda expansiva de la explosión la lanzó por los aires.

Se obligó a abrir los ojos, pero tuvo que esperar a que se le despejara la visión para poder ver la hora. Eran más de las once. Nunca dormía hasta tan tarde. Debía ser por el efecto del analgésico.

Con un bostezo se levantó de la cama, murmurando una protesta por las quejas de su cuerpo maltrecho. Estaba acostumbrada a disfrutar de buena salud y a estar siempre en forma, así que detestaba sentirse incapacitada. Quizá una buena ducha ayudase.

Quince minutos más tarde, se encaminó a la cocina. Se puso unos pantalones de punto y una sudadera grande para que no le rozara las heridas. Estaba hecha un desastre, sin maquillar y con el pelo hecho un asco, pero ¿qué más daba? No iba a verla nadie.

Decidida a llenar el estómago, casi no reparó en el hombre que dormía en el sofá. Se detuvo y miró con los ojos abiertos de par en par. ¿Qué hacía Dan allí? Jamás llegaba tan tarde a su oficina.

Debía haberse quedado dormido sin darse cuenta, decidió al acercarse al sofá. Parecía tan cansado últimamente que el agotamiento debía haberlo vencido por fin.

No quería despertarlo. Necesitaba aquel descanso, pero sabía bien que él querría que lo hiciera.

Se aclaró la garganta y tocó su hombro.

—¿Dan?

Él contestó con un sonido a medio camino entre el ronquido y la protesta.

—¿Dan? —volvió a llamarlo, zarandeándolo un poco.

Él se incorporó tan deprisa que le dio un golpe en la frente con la cabeza.

—¿Qué? —gritó, desorientado.

—¡Ay! —se quejó ella al mismo tiempo, llevándose la mano a la frente.

Dan tiró de ella para que se sentara en el sofá.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado.

Ella sonrió.

—Sí. Puede que me salga un cardenal más, pero nada importante.

—Lo siento —se disculpó, rozando su frente como si buscase un chichón. Estaba aún medio dormido—. Menudo susto me he llevado.

—Lo sé. Me ha dado mucha pena despertarte, pero he creído que querrías saber que se está haciendo tarde.

Él consultó el reloj.

—Son casi las doce. Debes tener hambre.

—De hecho, iba a la cocina cuando te he visto.

Dan se tapó la boca con la mano para ocultar un bostezo.

—Voy a preparar algo. ¿Qué te apetece?

Aún nerviosa por el contacto de sus manos, parpadeó varias veces antes de preguntar:

—¿No tienes que irte a trabajar?

—Todo el mundo sabe dónde encontrarme si me necesitan. Ya les he dicho que hoy no iba a ir por allí, pero he estado llamando con regularidad. Por cierto, que también he llamado al periódico para decirles lo que te ha pasado. Cameron me ha dicho que te tomes todo el tiempo que necesites.

Demasiada información para procesar de un golpe.

—¿Vas a tomarte el día libre para cuidarme? ¿Has llamado al periódico?

—¿No es lo que acabo de decir? Bueno, dime qué quieres comer.

Aquel gesto era más conmovedor que cualquier otra cosa que hubiera podido ocurrirle. Dan nunca se tomaba días libres y que lo hiciese en aquel momento, cuando su trabajo atravesaba un momento tan crítico¼ tenía que significa algo, ¿no?

Ojalá no lo empujase la compasión o un malentendido sentido de la lealtad hacia su hermano. Quería creer que había más que eso.

—Tú no te muevas —le ordenó él, levantándose. Se había quitado los zapatos—. Como no me dices nada, haré lo que encuentre por la nevera.

—Yo te ayudo a¼

—No —cortó él, impidiendo que se levantase del sofá—. Tú quédate sentada. Yo cocino.

—No estoy tan mal como para eso —le recordó—. Sólo han sido unas cuantas magulladuras.

—Quieta —insistió, como si fuese una mascota rebelde.

Lindsay suspiró.

—No soy una inválida, Dan.

—Lo sé, pero incluso tú tendrás que admitir que la explosión te ha zarandeado de lo lindo.

—Bueno¼

—Hazme un favor, Lindsay. Déjame cuidarte. Es lo menos que puedes hacer después de darme un susto como este.

No pudo evitar sonreír.

—¿Dejarte cocinar podría ser una forma de disculparme por haberte asustado?

Con las manos aún en sus hombros, se rió.

—Pienso utilizar cualquier argumento que funcione contigo.

Tenerlo tan cerca estaba dejándola por completo inerme, así que decidió rendirse.

—Me falta aliento para discutir contigo—dijo débilmente.

—Entonces no haré sándwiches —contestó él.

Lindsay se limitó a asentir.

Dan miró sus labios y se quedó inmóvil durante unos segundos, con la cabeza cerca de ella, las manos en sus hombros. El más leve movimiento por parte de uno de los dos y se besarían. Pero Lindsay no tuvo el valor suficiente para hacerlo. Y Dan tampoco.

Se incorporó y su expresión se volvió vagamente triste, aunque su tono fuese desenfadado.

—Cuando esté listo, te llamo —dijo.

Ella sólo pudo asentir.

Dan entró en la cocina y Lindsay se quedó mirando la puerta por la que había desaparecido. ¿Qué esperaría que hiciese ella ahora? ¿Quedarse allí tumbada como una víctima mientras él se hacía cargo de todo? ¿Volverse loca intentando interpretar la mirada que le había dedicado cuando estaba tan cerca de ella?

Con el ceño fruncido, descolgó el teléfono. Languidecer no era su estilo.

Riley contestó.

—O'Neal.

—Riley soy Lindsay.

—¡Eh, Linds! Creo que has volado por los aires, ¿no?

—Más o menos. ¿Qué tal?

—Estoy escribiendo un artículo para la portada sobre una intrépida y guapa periodista que ha arriesgado su vida por informar.

—No fastidies. Será una broma, ¿no?

—¿Quién te ha dicho que voy a hablar de ti?

—Vamos, Riley. Cuéntame: ¿de qué te has enterado hoy? ¿Algo nuevo?

—No mucho. Nadie vio a ningún sospechoso ni antes ni después del incendio. De Eddie Stamps no se sabe nada y su madre está empezando a hacer mucho ruido. Yo creo que está histérica¼ lo cual es perfectamente comprensible.

—Tiene derecho a estarlo.

—Ya. Dice que nadie hace caso de la desaparición de su hijo porque todo el mundo está centrado en el pirómano. Y no ha dejado de preguntar por el jefe Meadows. Dicen que se ha tomado el día libre para asuntos personales.

Lindsay se encogió. La gente tenía que estar preguntándose qué estaría haciendo Dan precisamente después de otro incendio.

Por mucho que sus amigos le hubieran insistido en que se tomara un descanso, nadie se esperaría que lo hiciera precisamente en aquel momento.

—Dan está siguiendo las investigaciones muy de cerca —dijo en su defensa—, pero tiene que descansar después de la cantidad de horas que ha trabajado últimamente.

—Desde luego. Llevo años diciéndoselo. Y a ti también. Así que haz el favor de dejar de preocuparte por el trabajo y descansa, ¿quieres? Una forma un poco rara la tuya de tomarte un día de vacaciones, pero ya que lo tienes, aprovéchalo. Lo creas o no, el periódico no va a cerrar porque tú no vengas por aquí en un par de días.

—Ya lo sé.

—¿Necesitas algo? Puedo pasarme por tu casa más tarde para echarte una mano.

Lindsay oyó a Dan abrir y cerrar puertas en los armarios de la cocina.

—Gracias, Riley pero estoy bien. Tengo ayuda.

—Saluda a Dan de mi parte. Y si me necesitas para lo que sea, llámame.

—Lo haré. Gracias.

Pensó en llamar a Cameron, pero decidió hacerlo después de haber comido algo. La curiosidad por saber qué estaba haciendo Dan era enorme.

Se levantó e intentó estirarse. El doctor Frank le había dicho que tendrían que pasar un par de días para que se encontrase mejor, pero no tenía intención de rendirse. Una vez, jugó un torneo de tenis con una rotura muscular en la pierna izquierda. Unos cuantos arañazos y contusiones no iban a poder con ella.

Entró en la cocina con paso un tanto rígido y se detuvo junto a la puerta. No sabía qué andaba haciendo Dan, pero al parecer requería el uso de unos cuantos cacharros, a juzgar por lo que había en la encimera. De espaldas a ella, estaba cocinando con el teléfono móvil sujeto entre el hombro y la oreja. Hablaba en voz baja y no intentó escuchar, pero estaba claro que era una llamada profesional.

Dan seguía dirigiendo la obra entre bastidores, pensó con una sonrisa. Con qué facilidad podría identificarse ella con esa dedicación.

Esperó a que terminase de hablar para preguntar:
—¿Seguro que no necesitas ayuda?
Él miró por encima del hombro.
—Todo está bajo control. Me falta un minuto.
—Voy a poner la mesa.
—Yo la pondré. Tú, siéntate.
—Dan, si no empiezo a moverme un poco, me voy a quedar más tiesa que una tabla de planchar, así que haz el favor de quitarte de en medio y déjame poner la mesa.
Dan se apartó y Lindsay puso todo lo necesario con cuidado de no hacer muecas cuando le dolían los movimientos. Había preparado tortillas y tostadas para comer y ella sirvió el café y el zumo. Hacían un buen equipo. Casi como si llevasen mucho tiempo desayunando juntos.
—Qué buena pinta tiene —dijo ella, intentando distraerse.
—Espero que también sepa bien —apartó una silla de la mesa—. ¿Quieres sentarte?
—Muchas gracias —contestó ella con una sonrisa.
¿Podría ser que se hubiera quedado junto a ella un poco más de lo necesario? Ojalá hubiera podido saberlo con certeza. Y ojalá se hubiera quedado aún un poco más.
Para alivio de Dan, la comida sabía tan bien como indicaba su aspecto. El teléfono le sonó dos veces mientras desayunaban y tras dedicarle a Lindsay una mirada de disculpa, atendió rápidamente el asunto que le consultaron.
—Lo siento —dijo tras colgar por segunda vez—, pero no puedo apagar el teléfono.
—No esperaba que lo hicieras —contestó ella—. No me molesta que hagas tu trabajo.
Él sonrió con cierta tristeza.
—Melanie se ponía de los nervios cada vez que atendía una llamada estando fuera de servicio.
El silencio que hubo al otro lado de la mesa lo hizo recapacitar. Era la primera vez en dos años y medio que pronunciaba el nombre de su ex mujer. No sabía por qué lo había hecho, pero deseó que no hubiera ocurrido.
—Ya. Pero yo no soy Melanie —contestó Lindsay manteniendo la mirada en el plato—. De hecho, me sorprende que mi teléfono no haya sonado aún.
Él carraspeó y ella debió intuir que algo ocultaba.
—¿Qué?
—Es que le he quitado el timbre —confesó él—. Está puesto el contestador.
Ella se recostó en el respaldo con los ojos muy abiertos.

—¿Que me has desconectado el teléfono?

—Quería que descansaras cuanto fuera posible.

Antes de que ella dijese nada, levantó en alto las manos.

—Lo sé. Sé que no tenía derecho a hacerlo y que debería haberte consultado.

—La verdad es que iba a darte las gracias —contestó ella y tomó un sorbo de café—. Necesitaba dormir. Luego haré las llamadas.

Él la miró con desconfianza.

—¿Es que no vas a echarme la bronca, ni a decirme que eres perfectamente capaz de cuidarte sola?

—Claro que lo soy pero de vez en cuando no viene mal un gesto de consideración.

—Me alegro de oírtelo decir —terminó la comida y el café—. Si quieres yo recogeré mientras revisas los mensajes, pero no dejes que nadie te convenza de ir a trabajar hoy. El doctor Frank dijo que debías tomarte un par de días para recuperarte del golpe.

—Ya lo sé.

Por lo menos no discutió sobre lo de recoger la cocina. Seguramente se habría convencido de que no iba a hacerle cambiar de opinión en cuanto a que iba a cuidar de ella durante aquel día.

Por lo que pudo oír desde la cocina, la mayoría de llamadas eran de amigos que se habían enterado de lo sucedido y llamaban para preguntar cómo estaba. La oyó devolver unas cuantas y volver a programar el contestador. Cuando terminó en la cocina, se unió a ella en el salón.

—Hora de tu medicina —le dijo, ofreciéndole el vaso y la pastilla que le traía en la mano—. Han pasado ya seis horas.

—Dice que cada seis horas si tienes dolor. Todavía no la necesito.

—El médico dijo que tenías que tomártelas cada seis horas para adelantarte al dolor. Que así mañana ya estarías bien.

—Pero¼

Con un suspiro, Dan se sentó junto a ella en el sofá.

—Lindsay haz el favor de tomarte la maldita pastilla.

El suspiro de ella fue tan sentido como el de él, pero aceptó la píldora.

—Estoy permitiéndote que me des órdenes sólo porque sé que pretendes ser amable, pero te advierto que estoy ya al límite. Por si no te has dado cuenta.

—Mensaje recibido —contestó él, mientras veía con satisfacción cómo se tomaba la pastilla.

—No tienes por qué sentirte obligado a quedarte conmigo —dijo Lindsay tras dejar el vaso sobre la mesa—. Sé que estás ansioso por volver al trabajo. Si necesito algo, puedo llamar a alguien.

Dan miró el reloj.

—Puedo quedarme aún un rato más, sólo para asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien —dijo, apoyando una mano en su mejilla—. He dormido un rato, me he duchado, he comido y me he tomado dos analgésicos y aunque el que te preocupes tanto por mí me conmueve, tienes un pirómano al que cazar. Ve y haz lo que tienes que hacer.

Sentir su mano así lo deshizo por dentro y muy despacio la separó de su mejilla para besarla en la palma y luego retenerla un rato entre sus manos.

—Cuando vi explotar esa pared a tu lado¼ —tuvo que carraspear—, me asusté —dijo al final, lo cual no era más que una tímida elección de palabras.

Recordaba nítidamente el derrumbamiento de esa pared sobre ella y que no había podido moverse. Aquel momento de falta de reacción, tan poco corriente en él, seguía grabado en su memoria. Por primera vez comprendió la expresión «*paralizado por el terror*».

—Siento que te hayas llevado ese susto. De habérseme ocurrido que podía ocurrir algo así, no me habría acercado tanto, te lo aseguro.

—A lo mejor la próxima vez tienes más juicio —protestó.

—Haz el favor de no estropear el día con otro sermón, que por ahora has sido muy dulce.

Dan frunció el ceño.

—Yo no soy dulce.

—En circunstancias normales, no —corroboró de buen grado—, pero hoy sí lo has sido. Y te lo agradezco. Aunque sólo sea por preocuparte por mí.

—Pues claro que me preocupo por ti —dijo él, mirando sus manos—. Te conozco de toda la vida, Lindsay. Al menos, de la mejor parte de la mía.

Ella tardó un instante en hablar.

—¿Es eso todo lo que hay entre nosotros, Dan? ¿Una amistad de toda la vida?

Él también consideró cuidadosamente sus palabras antes de decir:

—Una amistad muy especial.

Un leve movimiento de Lindsay hizo que sus piernas se rozaran.

—¿Cómo de especial?

Todo su cuerpo reaccionó ante aquel contacto.

—Lindsay¼

Su voz sonó áspera.

Ella arrugó la nariz, algo que sólo sirvió para que él deseara

besarla todavía más.

—Siempre dices mi nombre cuando empiezo a ponerte nervioso.

—Últimamente no haces otra cosa, cariño.

El apelativo cariñoso la hizo sonreír.

—Me han dicho que a veces, para conseguir la atención de un hombre, es necesario darle un buen golpe en la cabeza y estaba empezando a preguntarme si no iba a necesitar hacerlo de verdad contigo.

Y bien que había conseguido llamar su atención. No podría decir cuándo había ocurrido exactamente, pero llevaba tres semanas sin dejar de pensar en ella. Aun estando ocupado con otros asuntos.

A pesar de todas las ocasiones en que se había recomendado a sí mismo resistirse a lo que sentía por ella, desanimarla por su propio bien, bastaba con que arrugase su naricilla y le sonriera, o que lo rozara y su fuerza de voluntad se evaporaba.

No. No podía decir cuándo había empezado a desearla, pero sí que ese deseo había crecido con fuerza cada día.

—Lindsay¼ —dijo de nuevo, aunque sin saber qué quería añadir. El teléfono los interrumpió antes de que pudiera decidir.

Con un suspiro, soltó su mano para poder sacar el teléfono del bolsillo.

—Lo siento.

—No te preocupes. Contesta.

Mientras hablaba, volvió a sorprenderle lo comprensiva que era con las exigencias de su trabajo, aunque no podía saber cuánto tiempo duraría su paciencia si llegaba a haber algo entre ellos. Aunque no quería compararlas, no podía evitar recordar lo mucho que Melanie detestaba su trabajo.

Él disfrutaba con su trabajo, pero sobre todo se sentía comprometido con él. No era una carrera la suya de las de nueve a cinco, de lunes a viernes. Los delincuentes no solían actuar en horario de banca. El jefe de la policía local de una ciudad pequeña y falta de efectivos no podía disfrutar del lujo de hacer planes con antelación, ni de tener fines de semana o noches sin interrupciones. Edstown era, en su conjunto, una ciudad tranquila, pero nadie podía predecir cuándo esa característica podía alterarse, como estaba ocurriendo últimamente, con aquellos incendios en cadena.

—Estaré ahí enseguida —dijo en respuesta a la llamada y colgó —. Me parece que voy a tener que marcharme durante un rato — dijo, mirándola.

Ella asintió sin rastro de crítica en su expresión.

—Lo comprendo. ¿Puedes contarme qué está pasando?

—Nada nuevo. Es sólo que tengo que hacer acto de presencia.

Y era cierto. No podía dejar sólo a su personal en un momento

como aquel. Pero también podía ser que lo estuviese utilizando como excusa para apartarse de un cambio potencialmente explosivo con ella.

—¿Seguro que puedes quedarte sola un rato? —preguntó, sintiéndose fatal por permitir que su cobardía lo obligase a renunciar al día libre que se había prometido que iba a tomarse para atenderla—. ¿Quieres que llame a Marjorie para que se quede contigo? El restaurante está cerrado a estas horas.

—Marjorie tiene otras cosas que hacer y yo no necesito una niñera. Estoy bien, Dan y esa pastilla me ha dado ganas de dormir. Puede que me eche una siesta.

—Pero¼

—Si necesito algo, te llamaré al móvil —le recordó—. Y vendrías corriendo si te llamase, ¿verdad?

—No lo dudes.

—Pues ya está. Ve a ganarte el sueldo y si hay algún cambio en lo del pirómano o en la desaparición de Eddie Stamps, házmelo saber, ¿quieres?

—No te preocupes —se puso de pie de mala gana—. ¿Me prometes que me llamarás si me necesitas?

—Te lo prometo.

Le sorprendía que le estuviera costando tanto dejarla.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? ¿Un poco de zumo, o algo más de comer?

—Que no. Que te vayas.

Se agachó con la intención de darle un beso en la frente. Un beso inocente, amistoso, cariñoso sin más. No habría podido decir si fue una pura coincidencia que ella moviese la cabeza en el momento exacto o si fue él el culpable, pero el caso es que el beso fue a parar a sus labios.

Y allí se demoró.

Para ser el primer beso de verdad en los últimos cinco años, resultó bastante familiar. Sus labios se reconocieron sin dificultad, sin extrañeza y la sensación de bienestar fue absoluta. Lo mismo que la ola de deseo que sobrevino casi inmediatamente.

Ella le pasó los brazos por el cuello y tiró mínimamente, como invitándolo¼ y él estuvo a punto de ceder. Podría haberla sentido pegada a su cuerpo allí mismo, en el sofá; podía haber cubierto su cuerpo con el suyo y ¡Dios, cómo deseaba hacerlo! Pero¼ el trabajo lo esperaba. Al menos era la excusa perfecta.

Aún no estaba convencido de que llegar a algo con Lindsay fuese una buena idea y aún no estaba seguro de quién de entre ellos corría más peligro si lo intentaban y fallaban. Pero estaba empezando a preguntarse si no estarían ya demasiado lejos para

volver a donde estaban antes.

—Vendré más tarde a ver cómo estás —dijo, separándose.

—Hay una llave en la maceta de la derecha, junto a la puerta, por si cuando vuelvas estoy dormida —le dijo, mirándolo a los ojos.

El carraspeó.

—Hablaremos de ese escondite tan poco corriente cuando vuelva.

—Hablaremos de lo que tú quieras —murmuró y la expresión de sus ojos verdes a punto estuvo de hacerle perder el control.

Pero se dio la vuelta y salió antes de que pudiera cambiar de opinión y hacer algo que después no tuviera marcha atrás.

Capítulo 10

Lindsay estaba dormida cuando Dan volvió. El analgésico que no había querido tomar le había hecho quedarse dormida en el sofá viendo las noticias de la tele. No podría decir cuánto tiempo llevaba así, pero cuando abrió los ojos se encontró con Dan sentado en una silla junto a ella, observándola.

—No has tardado en volver —le dijo sin incorporarse.

—Más de lo que tú piensas. Debes llevar dormida casi toda la tarde.

—Son esas pastillas —se quejó—. Me destrozan. No pienso tomarme ni una más.

—¿No te duele nada?

Aún sin moverse, hizo inventario mental.

—Un poco la cabeza y algunas heridas y tengo la boca tan seca como si tuviese arena dentro, pero aparte de eso, no me puedo quejar.

—Voy a traerte un vaso de agua —dijo él.

Pensó en incorporarse mientras él estaba en la cocina, pero le pareció demasiado esfuerzo. Estaba tapada con la manta de su madre y se arrebujó debajo cómodamente; los ojos volvieron a cerrársele. No tenía sueño. Era sólo el efecto de la medicación. No solía tomar pastillas de ningún tipo y cuando lo hacía, la reacción solía ser muy intensa. Una aspirina podía dejarla frita durante horas.

Sintió la mano de Dan apartarle el pelo y rozar con cuidado el vendaje de la frente.

—¿Vas a volver a dormirte?

—No —se movió bajo su mano como un gato—. Es que me estoy desperezando.

—¿Quieres el agua?

Decidió incorporarse con la ayuda de Dan. Había puesto hielo en el vaso y el agua estaba fresca y maravillosa.

—Lo necesitaba —dijo, después de apurar el vaso de una vez—. Gracias.

—De nada.

Dio unas palmadas en el cojín de al lado del suyo y se preguntó qué posibilidades habría de que volviera a besarla.

—¿Te sientas?

Él miró al sofá y a la silla y ella volvió a dar unas palmadas en el sofá.

Obviamente necesitaba relajarse un poco y la mejor forma de conseguirlo era hacerlo hablar del trabajo.

—Cuéntame cómo van las investigaciones. ¿Ha salido algo nuevo?

—¿Lo preguntas como periodista o como ciudadana interesada?

—Te lo pregunto como Lindsay.

—En ese caso¼ —sonrió—, nada que sea asunto tuyo.

Ella fingió enfadarse dándole un puñetazo en el brazo.

—Vale, vale —contestó él—. Era broma. La verdad es que desgraciadamente, tengo muy poco que contarte. Alguien vio ayer a Eddie Stamps en Little Rock, pero no hemos podido confirmarlo. Los especialistas en incendios han descubierto un par de pistas hoy y puede que sirvan de algo.

—¿Ah, sí?

—Te lo contaré en cuanto haya un informe oficial.

Típica respuesta de Dan. No iba a volverse parlanchín de pronto sólo porque se hubieran besado. Y hablando de besos¼ se acercó un poco más a él.

—¿Qué más has hecho?

Dan bajó el sonido de la televisión con el mando a distancia, aprovechando para separarse un poco de ella.

—Pues no mucho. Algunas llamadas, unas cuantas firmas en papeleo y una breve reunión con la señora Stamps.

—¿Cómo está?

—No demasiado bien, la verdad. Quiere respuestas.

—¿Y el padre? ¿Has hablado con él?

—Merle está en plena borrachera, así que no es capaz de decir nada de nada. Lo que no sé es si la borrachera empezó antes de la desaparición de su hijo o después.

—¿Sigues sin tener pruebas de que Eddie esté relacionado con los incendio?

—No. Parece ser que uno de sus compañeros de instituto lo ha visto en un club en Little Rock, pero dice que no estaba lo bastante cerca para estar seguro.

Sin saber cómo, Dan acabó atrapado entre el brazo del sofá y Lindsay. No tenía a donde huir.

—¿Por qué tengo de pronto la sensación de que me están acosando como a un ciervo de doce puntas en la época de caza? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Y por qué me siento yo como un adolescente enamorado intentando llegar a la segunda base con su escurridiza cita?

Dan sonrió con algo de nerviosismo.

—Estoy intentando mantener la serenidad.

—¿Por qué?

—Pues porque uno de los dos tiene que hacerlo.

Lindsay puso la mano en su pierna.

—¿Porqué?

—Lindsay¼

Ella se echó a reír al oírle pronunciar de aquel modo tan particular su nombre. Un modo que la animaba a ser atrevida. Quizá fuese también el golpe que se había llevado en la cabeza lo que la empujaba a comportarse de un modo tan poco habitual con Dan. O quizá hubiese llegado el momento de clavar el anzuelo o de cortar el sedal, como habría dicho su padre.

—Tenemos que ir más despacio —dijo él, muy serio.

—¿Más despacio? —suspiró—. ¡Dan, nos conocemos hace veinte años! ¿Cuánto tiempo más necesitamos?

Pero él insistió.

—Nos conocemos como amigos. Profesionalmente. Pero en lo demás, hace bien poco.

—Lo que pasa es que hace bien poco que tú has empezado a darte cuenta —aclaró—. Y corrígeme si me equivoco, pero no pareces demasiado convencido de querer escapar.

—Te equivocas —contestó tras una larga pausa—. Mentiría si te dijera que no me interesas. Sólo quiero¼ tener cuidado.

Estaba interesado. Bien. Eso era lo que quería oír.

—De acuerdo. ¿Y ahora, qué?

Su franqueza pareció echarlo atrás otra vez.

—Bueno, pues¼

—Necesito aclarar algunas cosas, Dan. ¿Vamos a intentar salir juntos? ¿Vamos a vernos en algún lugar discreto antes de hacerlo en público? ¿Seguimos fingiendo que somos sólo amigos mientras lo pensamos un poco más?

Él frunció el ceño.

—¡Y yo qué sé, Lindsay!

—Siento que te sientas incómodo, pero me gustan las cosas claras.

—¿No me digas? Serías una buena periodista —ironizó.

—No me refiero al trabajo.

—Ya lo sé, pero podría ser. Supongo que es esa pasión por la claridad lo que te empujó a estudiar periodismo.

—Seguramente. Pero en cualquier caso, lo que digo es que¼

El timbre del teléfono la interrumpió y Dan se echó mano al bolsillo inmediatamente.

—Es el mío —dijo Lindsay con una sonrisa—. He vuelto a conectarlo.

El teléfono quedaba sobre la mesita que había al lado de Dan y tenía que estirarse por encima de él para descolgarlo; y se tomó su

tiempo haciéndolo. La recompensa fue una especie de gemido de Dan.

—¿Diga?

—¿Lindsay? Hola, soy Bo. He oído que has tenido un accidente. ¿Te encuentras bien?

—Muchas gracias por llamar, Bo. Sí, estoy bien. Sólo un poco magullada.

Sintió que Dan se quedaba inmóvil al oírla pronunciar el nombre de Bo.

—Dicen que te alcanzó una explosión mientras estabas cubriendo el último incendio.

—Sí, pero afortunadamente no ha tenido importancia.

—Me alegro. ¿Hay alguna noticia sobre la investigación del pirómano? ¿Sabes si la policía anda algo más orientada?

—Que yo sepa, no.

—Ya veo que quieres que compre el periódico, ¿eh? —bromeó —. Bueno, si hay algo que pueda hacer por ti, no tienes más que decírmelo. Si quieres, puedo pasarme esta noche con algo de cenar.

—Te lo agradezco mucho, Bo, pero estoy recibiendo casi más ayuda de la que necesito.

—Bueno, pues¼ si quieres algo, llámame, ¿vale?

—Vale.

Lindsay colgó el teléfono y miró a Dan, que fruncía el ceño con saña. Aún apoyada en él, dijo:

—Era Bo.

—Ya.

—Se ha enterado del accidente y llamaba a ver qué tal estoy.

—Qué amable.

—Pues lo es, Dan.

—¿Te ha pedido que volváis a salir?

Ella enarcó las cejas.

—¿Qué volvamos?

—Sé que has salido con él esta semana.

—No andarás haciendo caso de todos los chismes, ¿verdad, jefe?

—La verdad es que os vi juntos —Dan parecía algo incómodo—. Riley y yo fuimos a cenar a Kelly's el lunes.

Le sorprendió que Dan hubiese estado tan cerca de ella sin que se enterara. Le resultaba incómodo pensar que la había visto saliendo con otro hombre. No es que hubiera pasado nada, pero aun así¼

—Salí con él porque estaba enfadada contigo —admitió.

—¿Saliste con él para hacerme rabiar?

—Para olvidarme de ti.

Hubo un breve silencio.

—Seguramente es lo que deberías hacer —dijo por fin.

—¿Es lo que quieres que haga? —preguntó ella.

Dan puso su mano sobre la de Lindsay.

—No, maldita sea.

Ella se rió.

—Intenta contener tu entusiasmo, ¿quieres?

—He estado intentando contenerme —contestó, abrazándola—, pero no ha funcionado.

—Me alegro de saberlo —murmuró ella justo antes de que se besaran.

No hubo nada de platónico o fraternal en aquel abrazo. Dan la besó de tal modo que no le quedó ninguna duda de que la veía como a una mujer adulta¼ adulta y deseable. Notó que estaba teniendo cuidado por sus heridas, pero esa era su única contención.

Olvidándose de los músculos que se quejaban aún, lo abrazó para devolverle el beso con todo el entusiasmo que llevaba tanto tiempo conteniendo y descubrió que la realidad era mejor aún que las fantasías que había creado en su imaginación.

Con un movimiento ágil de Dan, acabó sentada en su regazo, abrazada a él, mientras sus manos recorrían su espalda. Estuvo en un tris de ronronear como un gato.

Su boca era firme, cálida y sus besos estaban llenos de sabiduría. En un ángulo, en otro¼ hasta que sonó el teléfono de Dan.

Los dos gimieron al unísono y Dan apoyó su frente en la de ella.

—Lo siento.

—Siempre he sabido que esto venía con el territorio —dijo. Quería dejar claro que ella no era Melanie y que no tenía intención de competir con su trabajo—. Contesta.

Apenas un instante después y por su tono de voz supo que iba a tener que marcharse. Lo que estaba sintiendo bajo su trasero era prueba más que suficiente de que le hubiera gustado quedarse, pero no iba a tener más remedio que conformarse.

—Tengo que irme —dijo al colgar—. No sé cuánto tiempo tardaré en volver esta vez.

—No tienes por qué volver esta noche. Estoy perfectamente bien. Tengo comida y calmantes por si puedo necesitarlos, aunque creo que no los tomaré. Tú haz lo que tengas que hacer y sí¼ te llamaré si te necesito —se anticipó.

Él dudó un instante pero al final, asintió.

—Te llamaré luego.

—Llámame. Tengo curiosidad por saber qué está pasando.

Dan la besó en la nariz y se levantó.

—¿Y cuándo no tienes curiosidad tú?

Lindsay lo acompañó hasta la puerta y por mucho que le

fastidiaba que tuviese que marcharse, pensó que quizá no sería tan malo separarse durante unas horas en aquel momento. Así tendría tiempo de pensar en las cosas que habían dicho¼ bueno, más ella que él. Tenían todo el tiempo del mundo por delante.

—Marjorie te habrá invitado a su fiesta de mañana en el restaurante —dijo Dan ya en la puerta.

—Claro. Está entusiasmada con la idea. ¿Vas a ir tú también?

—Seguramente, a menos que surja algo.

—Marjorie lo entenderá.

Tardó un instante en volver a hablar, como si necesitara hacer acopio de valor.

—Entonces, ¿estarás allí? Si te encuentras bien, quiero decir.

Le resultaba muy curioso que un hombre tan firme y decidido en todos los demás aspectos de su vida estuviese mostrando tanta incertidumbre en cuanto a su relación.

—Allí estaré.

Por un momento pensó que iba a sugerir que fuesen juntos. Una cita¼ su primera cita de verdad. Y quizá fuese a sugerirlo, pero cambió de opinión. O se enfrió, porque todo lo que dijo al final fue:

—Entonces, allí nos veremos.

—De acuerdo.

«*No lo presiones, Lindsay*».

Había mucho tiempo por delante, ahora que habían dado el primer paso.

A juzgar por la cantidad de gente reunida el sábado por la noche en el Rainbow Café, la recepción de Marjorie para su hija y su novio estaba siendo todo un éxito. Decorado con globos y cintas de colores y un enorme cartel en el que se leía *Enhorabuena, Pierce Vanness*, el restaurante estaba lleno de amigos que charlaban y reían.

—Fíjate en Lindsay —le dijo a Dan Riley O'Neal, moviendo despacio la cabeza—. Es el centro de atención.

De pie con una de las copas de ponche de frutas preparado por Marjorie, Dan no necesitaba que Riley le señalara dónde se encontraba Lindsay. No había dejado de observarla.

Desde que él llegó y de eso hacía ya más de media hora, Lindsay había estado rodeada de gente. Todo el mundo quería que le contase los detalles de la explosión. Era un alivio ver que sus mejillas volvían a tener color y que sus ojos brillaban claros de nuevo. Seguía llevando vendada la frente, pero se había tapado la mayor parte de las magulladuras con maquillaje y aquel jersey de manga larga y colores brillantes que era lo bastante corto para dejar al descubierto una línea de su firme abdomen por encima de la cintura de los vaqueros.

Estaba genial. Y no era él el único hombre que lo había notado, se dijo, pensando en el nieto de Virginia Porter, el doctor Scott McAdoo, que charlaba animadamente con Lindsay en aquel preciso instante.

Dan estaba considerando la posibilidad de arrestarlo por algo cuando Riley volvió a hablar.

—Marjorie parece muy complacida de que Lindsay y el guapo matasanos se lleven tan bien —murmuró—. Debe andar haciendo de casamentera.

—Eso parece.

Riley se estremeció exageradamente.

—¿Algunas vez has sido tú su objetivo? Es aterrador.

—Conmigo nunca lo ha intentado —dijo, recordando lo que le había dicho sobre Lindsay y él.

—Pues has tenido suerte. Yo tuve que ponerme muy serio para conseguir que me dejase en paz. Aun así, sigo viendo un brillo perverso en sus ojos de vez en cuando.

Dan seguía mirando a Lindsay que se estaba riendo de algo que Scott había dicho.

¿Estaría flirteando con otro tío después de haberle dicho que estaba interesado en él hacía sólo unas horas?

Claro, que no habían ido a la fiesta como pareja. De hecho, para no llamar la atención, apenas había hablado con ella. Seguro que entendía por qué. Nadie mejor que ella sabía lo mucho que le gustaba murmurar a la gente de aquella ciudad y especialmente, de él.

Quizá lo había entendido y su aparente interés en Scott fuese sólo una cortina de humo.

O quizá no. Estudió al médico con frialdad. Era fácil de comprender por qué una mujer podía sentirse atraída por él. Era un tipo guapo, casi como un modelo publicitario y tenía un futuro brillante en medicina.

Lo que debería hacer era echar a Lindsay en los brazos de aquel tío por su propio bien.

Lindsay eligió precisamente aquel momento para mirarlo y dedicarle una sonrisa que le paralizó el corazón¼ y que luego lo hizo latir al doble de su velocidad normal. Se dio cuenta de que era una sonrisa completamente distinta a las que le había estado dedicando a Scott. Si aquella sonrisa era tan fácilmente legible para los demás como lo era para él, todos sus intentos de discreción no habrían servido para nada.

—Perdona, Riley —dijo y se acercó a ella.

Lindsay lo recibió tomando su mano izquierda para acercarlo a ella, un gesto que podría ser interpretado como de amistad, pero

que ella hizo especial apretando sus dedos.

—Dan ya conoces al doctor McAdoo, ¿verdad?

—Sí, Marjorie nos ha presentado antes.

Los dos asintieron cordialmente, pero Dan tuvo la sensación de que el médico lo estaba midiendo, a él y a la relación que podía tener con Lindsay. Al parecer, no era el único que había reparado en la sonrisa de Lindsay.

La habitación le pareció de pronto demasiado pequeña. Demasiado abarrotada. La música y las risas demasiado estridentes. Y demasiada gente parecía estarlos mirando.

—Siento interrumpir vuestra conversación —dijo de pronto—, pero no quería marcharme sin despedirme.

—¿Te vas? —preguntó Lindsay con más curiosidad que sorpresa —. ¿Te han llamado?

—Pues¼ es que tengo cosas que hacer.

Ella sonrió.

—En otras palabras, que ya has agotado tu capacidad festiva y necesitas volver al trabajo.

Buscó en ella algún signo de burla o crítica, pero sólo encontró comprensión y no supo si confiar en su interpretación, o en la longevidad de su paciencia.

Dan se alejó de ellos después de despedirse, pero Marjorie lo alcanzó antes de que llegase a la puerta.

—No te marcharás ya¼ Pierce va a cantar para nosotros.

—Siento tener que perdérmelo, pero tengo que hacer unas cuantas llamadas esta noche de la investigación del pirómano. Y quiero seguir la pista que tenemos en el caso de Eddie.

Tal y como esperaba, la preocupación de Marjorie por el adolescente desaparecido pesó más que el deseo de retener a Dan en su fiesta.

—Espero que lo encontréis pronto. La pobre Opal está desesperada.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Lo sé —sonrió y le dio una palmada en el brazo—. Gracias por haber venido, Dan. Siempre es una alegría verte.

Dejándose llevar por un impulso, la besó en la mejilla.

—Buenas noches, Marjorie.

Miró por encima del hombro ya en el aparcamiento y vio que Marjorie se había quedado observándolo desde la puerta y recordando lo que le había contado Riley deseó que no estuviese considerándolo su próxima víctima. Su vida social ya estaba bastante complicada por el momento.

Capítulo 11

Dan no fue a la oficina desde el restaurante, sino que se fue a su casa y desde allí hizo las llamadas. No sabría decir por qué, pero el silencio le molestaba aquella noche, así que encendió la radio y sintonizó una emisora de rock clásico. Si se concentraba en su trabajo y en la música, no tendría oportunidad de profundizar en el recuerdo de Lindsay sonriendo al doctorcito.

Eran poco después de las nueve cuando alguien llamó a la puerta. Su última visita a aquellas horas había sido Polly así que se apresuró a abrir.

Pero no era ella.

Con una sonrisa que no parecía encajar con la expresión de sus ojos, Lindsay le ofreció un plato de papel cubierto con una servilleta.

—Te fuiste antes de que Marjorie sirviera la comida. Te he traído un poco.

Sabía bien que la comida no era la razón por la que había venido. ¿Cuánto valor le habría hecho falta para dar aquel paso? Ni siquiera estaba seguro de que él fuese a atreverse a aceptarlo.

Entonces vio pasar por sus ojos una sombra de duda, como si hubiese adivinado lo que estaba pensando.

—Pasa —la invitó, apartándose de la puerta.

Tuvo la impresión de que respiraba hondo antes de entrar. Una vez dentro, miró a su alrededor con curiosidad y Dan cayó en la cuenta de que era la primera vez que estaba allí desde que se había mudado, hacía ya dos años. Y al ver el lugar a través de sus ojos, puso una mueca de disgusto. No se había esforzado demasiado por la decoración. El mobiliario era simple y funcional y las paredes estaban desnudas. Había un ordenador en un rincón, al lado de una librería sobrecargada de libros. La verdad es que aquello parecía más una oficina temporal que una casa.

Volvió a mirarla. Seguía llevando aquel jersey a rayas y los vaqueros con que había ido a la fiesta. En su opinión, aquel atuendo era tan sensual como el vestido verde que llevó a la fiesta, o aquel otro seductor vestido negro que llevaba la noche de Gaylord's.

De pronto se dio cuenta de que seguía teniendo el plato en la mano.

—Trae, dame eso.

Dejó el plato en la mesa y se metió las manos en los bolsillos porque no sabía qué hacer con ellas.

—Acabo de hacer café. Es descafeinado. ¿Quieres?

Ella se sentó en el sofá y extendió los brazos sobre el respaldo.

—Sí, estupendo.

Estaba claro que no tenía prisa por marcharse. Parecía tan cómodamente instalada allí, en su sofá, que tuvo que preguntarse cuánto le estaba costando mantener aquella pose. Él, desde luego, era incapaz.

En un instante sacó dos tazas de la cocina que raramente usaba y como sabía cómo lo tomaba Lindsay (con una gota de leche), no se molestó en preguntar. Dejó ambas tazas sobre la mesa y se sentó junto a ella.

—¿Qué has traído? —preguntó, levantando la servilleta de papel del plato.

—Son esas bolas de nuez que tanto te gustan.

Sonrió.

—Nadie las hace mejor que Marjorie. ¿Quieres una?

—Gracias, pero ya he comido demasiadas antes de marcharme de la fiesta.

Probó una. Estaba deliciosa. Siempre había tenido predilección por el chocolate. Lindsay lo observaba por encima del borde de la taza, mientras que él tenía la suya entre las manos e intentaba encontrar algo que decir. Lindsay dejó la suya y tomó un dulce.

—No irás a quedarte una, ¿verdad?

—Estoy haciendo prácticas de autocontrol.

Aquello la hizo sonreír.

—No está mal dejarse vencer por la tentación de vez en cuando.

Y le puso un dulce en la boca. Sus dedos rozaron sus labios durante un momento y Dan estuvo a punto de atragantarse con el dulce. Tuvo que ayudarse con un poco de café.

—¿Vuelvo a ponerte nervioso? —le preguntó en voz baja.

—No —el instinto que había estado luchando por controlar lo derrotó y se volvió hacia ella—. Pero tú quizá sí deberías estarlo.

—Tú no me asustas, Dan Meadows —dijo, rodeándole el cuello con los brazos.

Aunque sabía que debería, no intentó discutir. De todos modos, no le habría hecho caso.

El beso con sabor a chocolate y café, duró mucho. Cuando terminó, su relación había cambiado irrevocablemente.

Una ola de fuerza lo hizo levantarse, llevando a Lindsay con él. Ella se rió abrazada a él, mirándolo a los ojos.

—¿Estás segura de que no quieres cambiar de opinión? —preguntó Dan.

Ella sólo sonrió.

—Llevo demasiado tiempo esperando esto para cambiar ahora

de opinión.

Dan la besó de nuevo y se dirigió a su dormitorio. ¿Sentiría ella los precipitados latidos de su corazón?

El dormitorio era pequeño y de decoración tan espartana como el resto de la caravana. Desde luego no era el lugar más romántico para aquel momento, pero tendría que valer. Además, pensó mientras se tumbaban sobre las sábanas blancas, podría saber exactamente dónde se metía.

Él era así y tenía que tomarlo o dejarlo. Y se encontró deseando fervientemente que lo tomara. Que lo tomara todo de él.

A Lindsay le pareció muy halagador que a Dan le temblasen las manos al quitarle la ropa. Nunca se había imaginado que pudiese ocurrir. Y sintió un poco de vergüenza cuando le desabrochó el sujetador y descubrió las leves curvas que ocultaba.

—Son pequeños —murmuró con una tímida sonrisa.

Él cubrió sus pechos con las manos y Lindsay las sintió deliciosamente calientes.

—Perfectos —susurró, un instante antes de agacharse para morder suavemente un pezón.

Todo el aire abandonó sus pulmones. No le quedó suficiente ni siquiera para susurrar su nombre. Entonces fue ella quien empezó a temblar.

Lindsay tiró de su camisa con impaciencia. No era justo que ella hubiera quedado sólo con unas braguitas mientras que él seguía vestido de pies a cabeza. Quería disfrutar de la misma libertad que él de tocar y explorar.

El cuerpo que descubrió era delgado y sinuoso. El color de su piel daba testimonio de las horas que pasaba al aire libre y las cicatrices que marcaban su piel aquí y allá eran rastros de las aventuras vividas en esas horas. Dan había sido un terremoto en su juventud. B. J. y él nunca se echaban atrás ante un reto. Y qué enamorada estaba ella de él entonces.

En ese sentido, no había cambiado demasiado, admitió esbozando una tímida sonrisa mientras deslizaba las manos por su espalda hasta llegar a la cintura de sus vaqueros.

Cuando por fin se separaron para respirar, él la miró despacio.

—¿Estás segura de esto?

¿Por qué le estaba costando tanto trabajo creer que supiera lo que estaba haciendo? ¿Cómo podía no estar segura de algo con lo que llevaba tanto tiempo soñando?

Tomó su cara entre las manos y lo miró a los ojos.

—Estoy absolutamente, completamente segura.

—Vale, vale —murmuró con una sonrisa.

—Me alegro de que por fin lo comprendas. ¿Quieres hacer el

favor de seguir con lo que estabas haciendo?

—Intentaré recordar dónde estaba.

—A ver si esto te refresca la memoria —susurró, besándolo en la boca.

Lo besó sin contención, hasta que no le quedara más aliento con el que hacer preguntas estúpidas. Porque, para cuando aquel explosivo abrazo terminó, ella no habría podido dar respuesta coherente a ninguna pregunta aunque le fuese en ello la vida.

Siendo el tipo cuidadoso y concienzudo que era, Dan guardaba protección en la mesilla. Lindsay esperó con impaciencia a que volviese a su lado y cuando lo hizo, lo recibió con ganas. Dan recorrió de nuevo su cuerpo sin prisas, dejando besos desde su nariz hasta los dedos de sus pies. Encontró lugares eróticos que ella ni siquiera sabía que estaban ahí y le demostró lo maravillosos que podían ser.

En tanto él se lo permitió, Lindsay le devolvió el favor besándolo, acariciándolo, mordisqueando donde podía alcanzar y fue recompensada con un rugido profundo de su pecho.

La última recompensa llegó cuando Dan perdió la paciencia y comenzó a moverse con más intensidad, más determinación, más encaminado a la consecución de un fin. No hubo extrañeza cuando la penetró, sino una oleada de placer, de familiaridad. De hogar.

«*Cuánto tiempo*», se dijo Lindsay arqueándose para llevarlo más dentro. Llevaba tanto tiempo esperando¼

Incluso cuando las olas de placer la llevaron en volandas, bloqueando todos los otros sentidos, fue consciente de la delicia de que Dan por fin se hubiera dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

Él gimió su nombre cuando alcanzó el clímax, unos instantes más tarde. No fue exactamente una declaración de amor, pero se contentaría con eso. Por el momento.

Dan no sabía exactamente cómo se sentía tumbado allí, boca arriba, en la cama, mirando al techo. Tantas emociones se arremolinaban en su interior que era difícil separarlas e identificarlas. Sólo sabía que el miedo palpitaba en algún lugar, entre todas ellas.

Lindsay estaba acurrucada sobre su hombro y aunque estaba muy quieta, no creía que durmiese.

¿Qué estaría pensando?

Era tan liviana, tan airosa y ligera. Sabía ahora que había una gran pasión encerrada en un paquete pequeño. Tenía un poder enorme en sus manos menudas¼ la capacidad de ponerlo de rodillas si no se andaba con cuidado.

—Estás poniéndote nervioso otra vez —dijo ella, lo que le hizo

preguntarse si entre sus poderes se encontraría también el de leer el pensamiento.

—No estoy nervioso —mintió, por si acaso sus pensamientos seguían siendo un misterio para ella.

Lindsay se rió.

—Mentiroso —contestó ella, cambiando de postura contra su costado y el roce de su piel causó en él una reacción inmediata y hasta cierto punto sorprendente.

—¿Tienes¼ eh¼ hambre, o algo?

—No, la verdad es que no —contestó y por su tono de voz se dio cuenta de que seguía divertida.

—Me alegro de que encuentres todo esto tan entretenido.

Ella le acarició la mejilla.

—Cuando soy feliz, no puedo evitar reír.

Su irritación se evaporó. La felicidad de Lindsay era extremadamente importante para él y si reírse de él la hacía feliz, podía tomárselo hasta con buen humor.

Ella acarició su cuello con los labios y él no ocultó su respuesta. Un movimiento y la tenía a horcajadas sobre él. Y ella ahogó otra risa en su boca.

Lindsay se despertó con el timbre del teléfono. Su primera intención fue estirar el brazo hacia la mesilla, pero cuando sólo encontró aire donde debería estar el teléfono, abrió los ojos y cayó en la cuenta de que no estaba en su propia cama.

Fue precisamente entonces cuando oyó la voz profunda de Dan:

—¿Dígame?

Lindsay se incorporó y rápidamente tiró de la sábanas hasta debajo de la barbilla. Parpadeando varias veces, miró el despertador: eran sólo las cinco de la mañana. Pobre Dan. ¿Cuántas veces tendría que levantarse de la cama a aquellas horas?

—Tengo que irme —dijo él después de colgar.

—No será por otro incendio, ¿verdad?

Dan sacó las piernas de la cama y comenzó a vestirse.

—No.

Por el tono de su voz dedujo que bien podría tratarse de algo que a ella le interesara profesionalmente. Y Dan lo sabía.

—¿Qué pasa?

—Eddie Stamps ha aparecido —confesó a regañadientes—. Está encerrado en su habitación con un rifle.

—¡No! —Lindsay saltó de la cama y comenzó a buscar su ropa —. Será mejor que cada uno lleve su coche. Nos veremos allí.

—No tienes por que ir, Lindsay —contestó él, poniéndose las botas—. Ese chico tiene un arma.

—Y yo no pienso ponerme a tiro, pero tengo que estar allí. Es mi

trabajo, Dan.

—Es el mío, no el tuyo. Y es demasiado peligroso. Yo te llamaré y te contaré lo que ocurra.

—Mi trabajo es estar en persona, siempre que sea posible, donde ocurren los hechos.

—Aún llevas el vendaje de la última vez que hiciste eso, ¿o es que ya no te acuerdas?

—No lo he olvidado y te prometo tener más cuidado esta vez.

—¡Maldita sea!

A pesar de la exclamación, Dan sabía que no iba a poder mantenerla alejada del lugar en el que se estaban desarrollando los hechos. Lo único que podría hacer sería ordenarle que mantuviera una distancia de seguridad. Incluso podía mantenerla fuera de la propiedad de la señora Stamps. Incluso sabía muy bien que se atrevería a desobedecer una orden directa suya si consideraba que interfería con su libertad de informar.

—No se te ocurra ponerte en medio —le advirtió.

—Sí, jefe —contestó ella con una sonrisa.

Él gruñó un poco más.

Para ganar en discreción, Lindsay le dio diez minutos de ventaja. Mientras sacó la cámara del maletero del coche y se aseguró de que tuviera película y pilas. El Evening Star de Edstown tenía un presupuesto limitado, de modo que no contaba con un fotógrafo profesional. Podía llamar a Riley pero no le pareció necesario. Ella misma podría hacer las fotos.

Mientras se dirigía a la casa de Opal Stamps, llamó por el móvil a su jefe y editor y resultó que él ya estaba enterado.

—Opal acaba de llamar a Serena —le explicó—. Quiere que sea el abogado de Eddie. Nos ha dicho que Eddie se ha encerrado en su habitación y piensa que se mostrará más flexible si sabe que ella es su representante legal. Serena se está vistiendo y los dos vamos para allá. No pienso permitir que se meta ella sola en una situación como esa, aunque por supuesto me ha dicho que es perfectamente capaz de manejarse sola. Hace un rato que te he llamado a casa, pero me ha salido el contestador. Estaba a punto de llamar a Riley.

—No es necesario. Estoy llegando.

No vio por qué tenía que explicarle que no estaba en casa, o que se había dejado el teléfono móvil en el coche.

—Bien. Pero ten cuidado, ¿eh? Si empiezan a disparar, no quiero enterarme de que se te ha ocurrido acercarte para captar un mejor ángulo en la foto, ¿me oyes?

—¡Qué gracioso eres, jefe!

—Pues no lo pretendo. Ten cuidado.

—Vale, lo tendré. Nos vemos luego.

Cortó la llamada justo cuando aparcaba delante de la casa de Opal Stamps, justo detrás del de el doctor Frank Purtle. Había además un coche patrulla, con las luces de emergencia encendidas en el techo y la furgoneta de Dan.

Bajó del coche, se colgó la cámara, guardó su bloc de notas en el bolsillo y se acercó al grupo de tres hombres que estaban parapetados tras el coche patrulla. Una luz de emergencia sujeta a un poste iluminaba lo suficiente para identificarlos a todos: los oficiales Billy Braden y Joe Elrod y el doctor Frank Purtle. Dan no estaba.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó al médico.

El hombre señaló la casa.

—Me ha llamado la señora Stamps. Quiere que intente sedar al chico, pero él no ha permitido que me acerque. De todos modos, he decidido quedarme, por si puedo hacer falta.

Ojalá no fuese necesaria su ayuda.

—¿Dónde está Dan? —le preguntó a Billy.

—Está dentro con la señora Stamps —le contestó con expresión sombría. Era primo lejano de Dan—. Están intentando convencer al chico de que salga de la habitación, pero por ahora no han conseguido nada. Sigue diciendo que si intentan entrar, se disparará.

Lindsay hizo una mueca.

—Debe sentirse acorralado.

—Pues los animales acorralados pueden ser muy peligrosos —observó el doctor.

—Eddie no es un animal. Es sólo un chaval asustado.

—Un chaval que podría ser el pirómano —puntualizó Joe Elrod, sobrino del alcalde—. Y si fue él quien incendió la cabaña de Traman Kellogg, es además un asesino.

—Ten cuidado con lo que dices, Joe —contestó Serena North, que se acercaba con las manos metidas en el bolsillo de su chaquetón de cuero. Su marido venía siguiéndola—. En este momento, no hay pruebas que yo sepa, de que Eddie haya cometido ningún crimen. Y aún no sabemos con seguridad que la muerte de Kellogg esté relacionada con los demás incendios.

Joe frunció el ceño.

—¿Vas a representarlo, Serena?

—Aún no lo sé, pero lo que sí que sé es que existe la presunción de inocencia, ¿recuerdas?

—Me parece imposible que Eddie haya querido matar a alguien deliberadamente —intervino Lindsay—. Aunque hubiera sido él quien iniciara ese fuego, lo cual no se ha demostrado aún, como dice Serena, dudo mucho que supiera que el señor Kellogg estaba

allí —miró hacia la casa y dio un paso hacia ella—. A lo mejor yo puedo ayudar. Eddie me conoce y tengo la impresión de que le caigo bien. A lo mejor podría hablar con él¼

No le gustaba nada la idea de que Dan estuviese allí metido con un chaval aterrorizado que empuñaba un arma. Si algo salía mal¼

—Yo creo que no —contestó Billy sujetándola por un brazo—. Dan me ha dado órdenes de que no te deje entrar.

Lindsay frunció el ceño.

—Será mejor que me sueltes el brazo, Billy, si no quieres que el doctor Frank tenga que cosértela después —espetó.

En una ocasión, Lindsay le había puesto un ojo morado. Él tenía siete años y ella cinco y todo ocurrió porque a él le pareció muy divertido darle una patada a un edificio de piezas que ella había construido, así que seguramente con aquel recuerdo fresco en la cabeza, la soltó rápidamente.

—No estarás amenazando a un agente del orden, ¿verdad? —preguntó frunciendo el ceño.

—Lo único que quiero es averiguar¼

Dejó de hablar cuando de pronto vio a Eddie Stamps que se asomaba desde dentro de la habitación y lo saludó tímidamente con un gesto de la mano y una sonrisa.

La cortina volvió a cerrarse.

—Déjame llamar a la puerta —le pidió a Billy angustiada al haber visto la expresión del muchacho—. Si Dan no me deja entrar, no insistiré más.

—Lo siento, Lindsay, pero Dan me ha dado instrucciones expresas de mantenerte lejos de la casa. Y ya sabes cómo se pone si no se obedecen sus órdenes.

Ella apretó los dientes.

—Yo sólo sé lo que yo me cabreo si alguien no me deja escribir mi historia.

Él palideció un poco pero se mantuvo firme.

—Entre ver enfadado a Dan y verte a ti, me quedo contigo.

Y en el fondo, ella también lo comprendía. El temperamento de Dan, sereno y frío en contraste con sus explosiones de furia, era mejor evitarlo siempre que fuera posible. Pero es que necesitaba saber como fuera que estaba bien. Hacer todo lo que estuviera en su mano por evitar que pudiera ocurrirle algo malo, aunque sabía que él no iba a apreciar sus esfuerzos.

—Le diré que no te dejé otra opción. Tú dile que¼

La puerta principal se abrió y salió Opal Stamps al porche. Llevaba una vieja bata de franela y estaba tremendamente pálida.

—¿Lindsay? ¿Estás ahí?

Dan se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Señora Stamps¼
La mujer se deshizo de su mano al ver que Lindsay se acercaba.
—Mi hijo quiere hablar contigo —le dijo.
Lindsay siguió avanzando.
—¿Que quiere hablar conmigo?
—No es buena idea, Lindsay —dijo Dan—. Eddie está muy alterado. No es capaz de racionar. He llamado a un negociador profesional. Un psiquiatra. Llegará dentro de una hora más o menos.
—¡Eddie no resistirá una hora! —gritó Opal—. Ha dicho que si no lo dejamos hablar con Lindsay disparará. Y está lo bastante desquiciado para hacerlo.
Lindsay subió al porche.
—Hablaré con él, señora Stamps —dijo, poniendo una mano en su brazo—. Pero no sé si podré hacer algo para ayudar.
—Nada —intervino Dan—. No puedes hacer nada en absoluto. Eddie tiene un arma y está a punto de desmoronarse. Su madre y yo hemos intentado hablar con él, pero no se aviene a razones. Si dices algo que él no quiera oír, puede que termine descontrolándose del todo y no estoy dispuesto a correr ese riesgo.
—Sólo quiere hablar contigo, Lindsay —rogó Opal—. Siempre le has caído bien. Hablará contigo.
—Voy a entrar —confirmó.
Dan seguía frunciendo el ceño.
—¡Maldita sea, Lindsay! ¿Quieres hacer el favor de escucharme?
—No tenemos elección —contestó, acercándose a él, que tenía la puerta bloqueada con el cuerpo—. No podría soportarlo si Eddie acabase pegándose un tiro porque yo me negué a hablar con él. ¿Tú podrías vivir con eso?
Él suspiró.
—Voy contigo—accedió.
—Si él lo admite, por mí bien.
Serena y Cameron se acercaron entonces al porche.
—Dile que estoy aquí, Lindsay —urgió Serena—. Dile que estoy de su parte y que lo ayudaré, haya hecho lo que haya hecho.
—Se lo diré.
Respiró hondo y se acercó a Dan, mirándolo a los ojos. Y él, muy despacio y de mala gana, se hizo a un lado para que pudiera entrar.

Capítulo 12

La última vez que había sentido tanto miedo, un muro de ladrillo había explotado encima de Lindsay. Y en aquel momento, tras cerrar la puerta que lo separaba de ella y que la dejaba con un adolescente armado, volvió a sentirlo.

Lo había hecho todo, excepto detenerla, para evitar que entrase en esa habitación, pero no lo había escuchado. Cuando Eddie apareció en la puerta con los ojos llorosos y le pidió que entrase a hablar con él, no hubo nada que hacer.

—No le hará daño —le aseguró Opal yendo y viniendo en aquel desastrado salón—. Mi hijo no es peligroso. Sólo está asustado porque hay gente que ha empezado a decir que tiene que ver algo con esos incendios.

Dan no podría decir de dónde había surgido ese rumor. Sospechaba que algún compañero de Eddie lo había empezado, seguramente alguien que tenía razones para creer que era cierto.

—Yo también le he dicho a Eddie que estaba dispuesto a escucharlo¼ que le daría una oportunidad. ¿Por qué no quiere hablar conmigo?

Opal se retorcía las manos.

—Bueno, es que usted puede ser un poco¼

—¿Un poco qué? —preguntó con impaciencia.

—Un poco¼ amenazante.

—Eso es ridículo —espetó y salió de estampida hacia el otro extremo de la habitación.

Pero al pasar por delante de un espejo, vio en su reflejo que la cara que tenía era¼ pues bueno, sí, podía resultar amenazante. La verdad es que el rostro sonriente de Lindsay junto al suyo tenía que haber hecho fácil la elección.

Lo cual no significaba que le gustase. O que lo aprobara.

¿Cómo podía haberla dejado entrar allí sola? ¿En qué demonios estaba pensando?

¿Cómo podía haberse dejado influir por su mirada, por el tono de su voz? En lo referente a Lindsay era capaz de perder toda la objetividad necesaria para su trabajo y eso no era bueno.

Miró el reloj. Apenas se movía. Iba a darle un minuto más, uno sólo y luego entraría.

Cuarenta y cinco segundos habían pasado cuando se abrió la puerta del dormitorio. Lindsay salió delante, llevando el rifle en la mano como si temiera que pudiese explotar en cualquier momento.

Con las mejillas coloradas y surcadas de lágrimas, Eddie salió tras ella, arrastrando los pies y con la cabeza baja, como si se tratase de un niño de casi metro setenta de alto.

—Quiere hablar —anunció Lindsay—. Creo que Serena debería estar presente.

Opal corrió a la puerta.

—Voy a avisarla.

Dan se acercó a Lindsay y le tendió la mano¼ que por cierto, no estaba todo lo firme que debería. Ella le entregó el arma con alivio evidente.

Hubiera querido abrazarla, sólo para asegurarse de que estaba sana y salva, pero se obligó a dar media vuelta.

—Vamos a la comisaría, Eddie. Allí podremos hablar —dijo, intentando imprimir algo de comprensión a su voz. Intentando no parecer amenazante.

—Me gustaría hablar primero con él, antes de que nadie le interrogue —dijo Serena desde la puerta, sonriendo a Eddie para animarlo—. Os seguiremos en el coche —le aseguró—. Tu madre puede estar presente —añadió, digiriéndose a Eddie—, o podemos hablar en privado. Como tú prefieras.

Eddie asintió, miró a Dan con desconfianza y se acercó a Serena.

Los dos oficiales de Dan se acercaron, uno de ellos con las esposas en la mano.

—No es necesario esposarlo, ¿verdad, Dan? —preguntó rápidamente Lindsay.

Dan miró a Eddie muy serio.

—¿Vas a causar problemas?

—No, no, señor —balbució el muchacho.

—En ese caso, nos olvidaremos de las esposas. Vamos. Haz lo que los oficiales te digan.

El chico asintió y salió escoltado por los dos oficiales, Serena y Cameron.

—No sé por qué tiene que arrestarlo —se quejó Opal—. No ha hecho daño a nadie.

—Tenía un arma, señora Stamps.

—Pero no ha amenazado a nadie. Sólo a sí mismo.

—Lo llevamos a la comisaría sólo para hacerle unas preguntas. Haya hecho lo que haya hecho, o aun en el caso de que no haya hecho nada, es obvio que su hijo necesita ayuda.

Eso no podía discutirlo.

—Voy a vestirme —murmuró.

—Yo la llevaré a la comisaría cuando esté preparada, Dan —se ofreció el doctor.

Dan asintió.

—Supongo que tú también vas a ir a la comisaría, ¿no? —le preguntó a Lindsay cuando ambos echaron a andar.

—Por supuesto.

—Bien. Quiero que me cuentes todo lo que te ha dicho el chico.

Ella lo miró enarcando las cejas.

—Parte de lo que me ha dicho es confidencial.

—Tú no eres su abogado y en tu caso no hay nada confidencial.

—Un periodista no tiene por qué divulgar lo que sus fuentes le digan de modo confidencial —insistió.

—No se lo estoy pidiendo a un periodista cualquiera, maldita sea —espetó, cuando llegaban ya a la furgoneta—. Te lo estoy pidiendo a ti.

Ella se irguió todavía más.

—Mi relación personal contigo puede proporcionarte algunas cosas, jefe, pero no información sobre mi trabajo.

Reconoció casi las mismas palabras que había pronunciado él en aquella ocasión en que fue a arreglarle el grifo a su casa. Tenía que controlarse un poco mejor.

—Nos vemos en la comisaría —dijo, abriendo la puerta—. ¡Y si Eddie te ha dicho algo que pueda ser relevante para mi investigación, te obligaré a decírmelo aunque tenga que conseguir una orden del juez!

—Hay muchos periodistas que prefieren ir a la cárcel antes que descubrir sus fuentes —le recordó.

—No me tientes, no me tientes¼

Y tras dar un portazo, puso la furgoneta en marcha.

No sabía si estaba preparado para el tornado que iba a ser su relación con Lindsay. En tan sólo unas horas, sus sentimientos habían pasado del terror a la exasperación.

Quizá su vida personal se había transformado en una rutina durante los dos últimos años, pero al menos había sido relativamente pacífica y cómoda. Lindsay cambiaría todo eso, pondría su mundo patas arriba. De hecho ya lo estaba haciendo.

Y él no sabía si estaba preparado. O si ella lo estaría para vivir con un hombre que prefería mantener su vida privada en calma como contraste con su exigente carrera.

Afortunadamente, no tuvo necesidad de insistirle a Lindsay. Eddie le repitió hasta la última palabra que le había contado a ella¼ primero a Serena y luego a él. Admitió haber iniciado los incendios en Edstown, pero negó con vehemencia haber tomado parte en el que acabó con la vida de Truman Kellogg. Y según él, tampoco era responsable del que había acabado con la oficina de seguros aquella misma semana.

—¿Lo crees? —le preguntó Lindsay a Dan aquel mismo día

mientras tomaban café en su caravana. Eran poco más de las doce y desde las cinco de la mañana aquella era su primera oportunidad para relajarse y comer.

—No sé —confesó, la vista clavada en la taza de café que tenía entre las manos, como si en su fondo pudiera estar la respuesta—. Sabemos que es el responsable de la mayor parte de incendios y resulta sospechoso que niegue su responsabilidad en los de consecuencias más serias. Los únicos que reconoce son los de edificios viejos y vacíos desde hacía mucho tiempo.

Recordaba bien la desesperación con que Eddie le había asegurado que jamás se habría arriesgado a que hubiera nadie en los edificios que había quemado.

—Sé que resulta difícil de creer, pero es que parecía tan sincero, Dan. De los incendios que él confiesa haber iniciado, da toda clase de detalles, pero de los otros no sabía nada.

—Nada que haya querido admitir al menos. En el caso de la cabaña de Kellogg hay algunas dudas aún acerca de su causa, pero sabemos que la aseguradora fue incendiada deliberadamente. ¿No te resulta difícil pensar que pueda haber dos pirómanos en Edstown?

—Desde luego —admitió—. Pero podría ser un imitador, ¿no? Alguno de los amigos de Eddie, por ejemplo, que haya querido demostrar que puede ser tan peligroso como él.

Dan se encogió de hombros.

—Es una posibilidad.

No parecía convencido. Y ella tampoco lo estaba. Quería creer que los incendios provocados por Eddie habían sido sólo un grito desesperado en busca de ayuda y que había tenido cuidado de que nadie resultara herido, pero contemplaba con tanto escepticismo como Dan la posibilidad de que pudiesen haber dos pirómanos en una ciudad que nunca antes había pasado por algo así.

Dan volvió a llenar de café su taza y se sentó. Era obvio que seguía pensando en su trabajo, lo cual le proporcionó a Lindsay la oportunidad de observarlo.

Ninguno de los dos había tenido oportunidad de ducharse por el modo en que los habían sacado de la cama. Dan tenía las mejillas cubiertas por barba de dos días, algo que ella encontraba muy atractivo. Pero es que casi todo en Dan lo encontraba muy atractivo. Se había pasado tantas veces las manos por el pelo que lo tenía todo revuelto, lo cual le recordaba cómo lo había visto ella al ser sus propias manos las que lo revolvieran.

Llevaba una camisa de loneta remangada, vaqueros y sus viejas botas y en su opinión estaba condenadamente sexy. Claro que su opinión al respecto no era precisamente objetiva.

Y en cuanto a ella¼ bueno, estaba hecha un desastre: el único cuidado del día había sido pasarse un cepillo por el pelo. Iba sin maquillar y llevaba la ropa del día anterior. Incluso se había quitado el vendaje de la frente. No era de extrañar que la atención de Dan estuviese sólo en su trabajo.

¿Seguiría molesto por lo que se habían dicho en casa de Opal Stamps? Era cierto que siempre habían tenido aquella clase de encontronazos en el terreno profesional y eso no iba a cambiar porque hubiesen hecho el amor.

—¿Dan?

—¿Mmm?

—¿Te he dicho que lo de anoche fue espectacular?

Con eso consiguió llamar su atención. Parpadeó un par de veces como si quisiera encontrar la respuesta adecuada, pero al final, se limitó a suspirar.

—Te encanta pillarme desprevenido, ¿eh?

Ella sonrió.

—Pues sí.

Su expresión se suavizó un poco y le devolvió la sonrisa.

—Te estaba ignorando, ¿verdad?

—Digamos que los dos necesitamos hacer un pequeño intermedio en el trabajo.

—Seguramente. Tú necesitas descansar. No has¼ dormido mucho anoche.

—Tú tampoco.

—Ya, pero yo no he estado en urgencias hace dos días.

—No empieces con eso otra vez. Ya sabes que me he recuperado por completo.

—No del todo —contestó él, recordando todos sus arañazos y moretones.

—Una siestecita no me vendría mal. ¿Quieres acompañarme?

Él carraspeó.

—Yo¼ eh¼ tengo cosas que hacer.

Así que le tocaba volver a tomar la iniciativa, se dijo, moviendo la cabeza. Tan puntilloso se mostraba Dan con su relación que no pudo evitar pensar que parecía un perro apaleado. Iba a necesitar mucha paciencia y mucho amor para convencerlo de que podía confiar en ella. Afortunadamente, tenía una gran reserva de ambas cosas.

Se levantó y se acercó a él despacio.

—Hoy es domingo. El pirómano al que buscabas está detenido, tienes oficiales de guardia y cualquier cosa que tengas que hacer puede esperar unas cuantas horas más, ¿no crees?

Para satisfacción de Lindsay empujó la taza de café a un lado, se

levantó y tiró de ella para abrazarla.

—Desde luego —murmuró a escasos centímetros de su boca—. No hay nada que no pueda esperar. Excepto esto.

Y la besó en la boca. Lindsay se apretó contra él y cuando la tomó en brazos para llevarla a la cama, tembló de pasión. En aquel momento, no le cabía duda de en quién estaba pensando Dan.

Lindsay estaba sentada en el sofá de la caravana de Dan, leyendo el dominical del periódico, cuando alguien llamó a la puerta. Bajó el periódico y frunció el ceño. A través de las finas paredes de la caravana oía caer el agua de la ducha. Dan acababa de empezar a ducharse y ella lo había hecho ya. Se había puesto los vaqueros, los calcetines y el jersey pero no llevaba zapatos y tenía el pelo mojado. Era evidente lo que cualquiera iba a pensar al verla.

Se sintió tentada de ignorar la llamada y fingir que no había nadie en la casa, pero la furgoneta de Dan y su coche estaban aparcados delante, así que eso era imposible. Además, cuando alguien llamaba a la puerta de Dan, podía tratarse de una emergencia policial.

Dejó el periódico a un lado y abrió. Ya saldría del paso con cualquier excusa.

Pero cuando descubrió de quién se trataba, supo que la excusa no iba a colar.

La miró de arriba abajo antes de hablar.

—Hola, Lindsay.

—Hola, Riley.

—¿Está Dan?

—Está¼ en la ducha.

—Ya —hizo una pausa—. ¿Interrumpo algo?

—Por supuesto que no. Estaba leyendo el periódico. Entra.

Riley subió y cerró la puerta.

—¿Quieres un café? Acabo de hacerlo.

—No, gracias. Venía a buscar una actualización en la investigación del pirómano. Mi tío está ansioso por saber si Eddie se ha confesado autor del incendio de la cabaña de Truman Kellogg.

El tío de Riley, Bud O'Neal, era uno de los mejores amigos de Truman. Otro viejo amigo suyo, Stan Holt, era el dueño de la compañía de seguros que había quedado destruida en el último incendio. Casi todo el mundo en la ciudad se había visto afectado de un modo u otro por la destrucción causada por el fuego. ¿Podía ser Eddie el responsable de tanta destrucción?

Se acomodó en el sofá y Riley lo hizo en una silla.

—Eddie ha negado tajantemente tener nada que ver con el incendio que mató a Truman, ni con el que destruyó la aseguradora. Claro, que como dice Dan, los dos incendios de los que pretende

desentenderse son los de consecuencias más graves.

—Ya. Y entonces, ¿estás esperando a que salga Dan de la ducha para entrevistarlo?

Lindsay lo miró seria.

—Creo que sabes muy bien que no estoy aquí por motivos de trabajo.

—Estaba intentando ofrecerte una salida digna.

—No me creo que no tengas comentarios que hacer.

—No. Sobre esto, no.

A Lindsay le sorprendió la seriedad de su tono.

—¿Qué quieres decir?

Riley contestó de mala gana. No le gustaba meterse en las relaciones de los demás.

—Ya sabes que os tengo mucho cariño a Dan y a ti. Siempre me ha admirado como erais capaces de seguir siendo amigos a pesar de vuestras diferencias profesionales y no me gustaría que eso cambiase.

—Mira, Riley tienes que saber que llevo años enamorada de Dan —confesó con candidez—. Y al final he decidido que tenía que hacer algo al respecto.

—¿Que te has decidido? ¿Qué piensa Dan?

—Ya lo conoces. Está siendo muy¼ cauto.

—Me alegro de saber que uno de los dos lo está siendo.

Ella lo miró sonriendo.

—No es propio de ti ser tan pesimista.

—Supongo que podría funcionar, pero supongo que incluso tú te das cuenta de que hay un montón de barreras en vuestra relación.

—¿Como por ejemplo?

—Dan es mucho mayor que tú.

—Diez años. No es que me doble la edad.

—El desastre con Melanie lo afectó mucho y es una mochila que le pesa mucho.

—Lo sé y puedo enfrentarme a ello.

—¿Y tú, Lindsay? ¿Cómo sabes que lo que sientes por Dan no son los restos de lo que sentías cuando eras una cría? Tenías planes de irte a vivir a una ciudad más grande para seguir con tu carrera de un modo más ambicioso. Tú y yo sabemos que eres demasiado buena para estar escribiendo para el Evening Star. ¿Cuánto tiempo crees que va a pasar antes de que vuelvas a tener ganas de cambiar?

Consciente de pronto de que el agua de la ducha había dejado de correr, pero sin saber cuánto tiempo hacía de ello, Lindsay bajó la voz.

—Sé que lo que siento por Dan no es un sentimiento adolescente y no me parece que renunciar a una carrera más ambiciosa sea un

sacrificio tan grande.

Riley pareció darse por satisfecho y terminó por encogerse de hombros.

—Sabes dónde buscarme si me necesitas.

No terminaba de gustarle la falta de confianza que se palpaba en su voz, pero su ofrecimiento la conmovió.

—Lo sé. Gracias, Riley.

—Sí, bueno¼ buena suerte.

Era obvio que pensaba que iba a necesitar toda la suerte del mundo.

—Bueno, me marcho —dijo, levantándose—. Sólo quería saber si había algo nuevo en el caso del pirómano, pero ya me enteraré más tarde.

—No tienes por qué irte. Dan saldrá en un momento.

—Dile que lo llamaré más tarde, ¿vale?

Ella lo acompañó a la puerta.

—Riley¼

Él le pasó la mano por la mejilla.

—Ya nos veremos, Linds. Y no es necesario que te diga que esto queda entre nosotros y que no hablaré de ello con nadie.

—Te lo agradezco.

Lindsay cerró la puerta y suspiró y al darse la vuelta se encontró con Dan.

—¡Ah! Hola.

—¿Era Riley?

—Sí. Quería información sobre el caso del pirómano. Ha dicho que te llamará más tarde.

—De acuerdo. ¿Huelo a café?

—Sí. Acabo de prepararlo.

¿Habría oído su conversación? No podía deducir nada de su expresión.

—Podríamos comer algo. Quiero pasarme por la comisaría después.

Ella asintió y lo siguió a la cocina, intentando convencerse de que tenían que ser imaginaciones suyas, porque no podía ser cierto que una nueva barrera se erigiese entre ellos.

Capítulo 13

Dan tienes una llamada por la línea dos. Es B. J. Gray.

—Gracias, Hazel.

Descolgó con cierta desgana. Habían pasado dos semanas desde que Lindsay y él estuvieran juntos por primera vez y aquella era la primera ocasión en que iba a hablar con su hermano. Y no podía evitar sentirse un poco raro.

—Hola, B. J. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Algo nuevo sobre el pirómano?

—Sí. Lo pillamos la semana pasada.

—Venga ya. ¿Lo conozco?

—Es el hijo de Opal y Merle Stamps, Eddie. Tiene dieciocho años.

—¿Que un crío que todavía debe estar en el instituto ha causado tanto daño? —preguntó, sorprendido.

—Y se las ha arreglado para tenernos de cabeza durante casi seis meses —añadió Dan.

—¿Ha confesado?

—Sí. Ha reconocido todos los incendios menos dos. Dice que no tuvo nada que ver con el de la cabaña de Traman Kellogg y la verdad es que no tenemos pruebas de que el fuego fuese provocado, así que no podemos atribuírselo. Aún no hemos podido determinar su causa.

—¿Quieres decir que ese crío puede llegar a librarse si es que de verdad ha cometido un crimen?

—Sería culpable de homicidio por negligencia, seguramente, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Yo lo he detenido, pero ahora ya depende de los tribunales. Supongo que recibirá el castigo que se merece por los incendios que ha provocado, pero no podrá ser acusado de la muerte de Kellogg a menos que encontremos más pruebas.

—Bueno, al menos te vas a librar de él durante una buena temporada. ¿Cómo anda mi hermana? ¿La has visto últimamente? Llevo dos semanas intentando localizarla, pero no hay manera. Excepto por un par de correos electrónicos, apenas he sabido nada de ella desde la última vez que estuve allí.

Dan miró el periódico del día anterior que tenía sobre la mesa. En primera página se había publicado un artículo firmado por Lindsay; una entrevista en profundidad con los compañeros y profesores de Eddie Stamps. El resto de páginas del periódico

habían sido escritas casi en su totalidad por ella, excepto los artículos de Riley y de Ella Painter, una profesora de económicas retirada.

—Es que últimamente ha estado muy ocupada —le dijo a B. J. —. Ya la conoces: siempre buscando una historia nueva.

B. J. se rió.

—Sigo recibiendo el periódico por correo para mantenerme al corriente de los cotilleos de la ciudad. Lindsay casi lo escribe todo, ¿no?

—Pues sí.

—La verdad es que Lindsay está muy contenta desde que Cameron se hizo cargo del periódico. Por cierto, ¿te ha dicho algo sobre los planes que tenía de buscarse otro trabajo en una ciudad más grande?

—Últimamente no hemos hablado de ello —Dan dobló el periódico y lo dejó a un lado—. Le he dicho muchas veces que su talento se malgasta aquí. Podría trabajar donde quisiera.

—Sí yo también se lo he dicho, aunque la verdad es que como hermano mayor, estoy más tranquilo sabiendo que vive allí, lejos de los peligros del mundo. Y te tiene a ti, vigilándola en mi lugar.

Dan hizo una mueca.

—Yo no soy una canguro, B. J., en caso de que Lindsay la necesitara.

—Lo sé. Me ha dicho cientos de veces que deje de tratarla como si fuera una cría, pero yo sigo pensando en ella como en mi hermana pequeña, aunque esté ya cerca de los treinta.

Dan tragó saliva.

—En fin, que yo sólo quiero que sea feliz —concluyó B. J.—, y si para ello tiene que trasladarse a una ciudad más grande, que así sea. Yo le prestaré todo mi apoyo.

—Estoy seguro de que te lo agradecería.

—¿La has visto últimamente?

—Sí, claro. Nos vemos a menudo.

—¿Y te parece que está bien? Con lo de la muerte de mi padre¼

—Está bien. Y parece feliz.

—Bien. Si ves algo que te preocupe, no dejes de decírmelo.

Dan se frotó la frente. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Sí, tranquilo.

—¿Sale con alguien? Porque supongo que no se pasará la vida trabajando.

Seguramente, en alguna otra ocasión lo había pasado tan mal como en aquel momento, pero no se acordaba.

—Dudo que le gustase que anduviéramos cuchicheando a sus espaldas.

B. J. se echó a reír.

—Tienes razón. Me arrancaría la piel a tiras si supiera que ando haciendo preguntas sobre ella y sobre todo si te las hago a ti, teniendo en cuenta que cuando era pequeña estaba enamorada de ti hasta las cejas.

B. J. era la tercera persona que le hablaba de eso. Primero Marjorie, luego Riley en una conversación que él había escuchado por accidente y ahora B. J.

—Pues ya que los dos tenemos razones más que suficientes para andarnos con cuidado con Lindsay será mejor que cambiemos de tema —dijo, intentando aparentar despreocupación—. ¿Qué tal te van las cosas en¼ bueno, en donde demonios estés ahora?

—Estoy en Seúl. Seguramente me quedaré aquí mes y medio más y luego a lo mejor puedo ir a veros.

Seis semanas. ¿Qué habría entre Lindsay y él en ese tiempo?, se preguntó mientras B. J. le contaba sus andanzas. Puede que su hermano nunca llegase a enterarse, porque quién sabe si lo suyo iba a durar tanto tiempo. Y quizá fuese lo mejor, porque ya sería bastante malo perder a Lindsay como para además, añadir la pérdida de un amigo de toda la vida.

Dan la estaba volviendo loca, lo cual no es que fuera nuevo ya que llevaba ocurriendo unos años, pero aquel caso era aún peor. A aquellas alturas, él debía saber más que de sobra lo que sentía por él, pero lo que él sentía por ella seguía siendo un insondable misterio.

Había sugerido que mantuvieran toda la discreción posible por el momento, así que en público seguían actuando como siempre. Nadie, a excepción de Riley podría decir que Dan y ella eran amantes.

Dan decía que se merecían intimidad durante aquellos primeros momentos. Eran conscientes de que si se sabía, todo el mundo los observaría y los comentarios no cesarían. Comprendía su opinión y sin embargo a veces deseaba gritar desde el tejado de su casa que estaba enamorada y que era feliz. Pero si Dan quería paciencia, la tendría. Por el momento.

Sabía que aún lo hacía sufrir la ruptura tan pública que había tenido con Melanie y desde luego no quería ser ella quien le recordase aquel trance tan doloroso.

Precisamente por su obsesión con la discreción, apenas se vieron durante las tres semanas siguientes a aquella primera noche. Los dos estaban ocupados en el trabajo, por supuesto, una excusa perfectamente legítima, pero a Dan también le preocupaba que lo vieran demasiado a menudo en casa de Lindsay y viceversa. Sabía bien hasta qué punto los vecinos seguían sus movimientos y lo

pronto que se extendían los rumores, desde el salón de peluquería al resto de la ciudad.

Cuando le parecía que era el momento adecuado, solía ir él a su casa. A veces charlaban un rato, normalmente sobre el trabajo o acontecimientos locales, pero no pasaba mucho tiempo sin que cayeran el uno en brazos del otro. La pasión no había disminuido ni un ápice desde aquella primera noche, sino que crecía a cada momento.

Lindsay era cada vez más optimista respecto a su futuro. A pesar de la reticencia de Dan a expresar sus sentimientos, no podía creer que haciendo el amor con la intensidad que lo hacía sintiese algo distinto a lo que sentía ella. No podía ser.

Ojalá supiera ser paciente hasta que él estuviera preparado para dar el siguiente paso, aunque por otro lado pensaba que antes le había tocado a ella darlo y quizás tuviese que volver a hacerlo¼ ojalá fuese capaz de esperar a que llegara el momento adecuado.

A últimos del mes de abril, Dan tuvo que asistir a una conferencia de cuatro días en Dallas. Lindsay lo estaba echando terriblemente de menos. No había llamado ni una sola vez y se reprendió por pasarse las tardes esperando que sonara el teléfono, pero no pudo dejar de hacerlo.

El domingo por la tarde de esa misma semana, asistió a una boda. Joe Elrod, uno de los oficiales de policía de Edstown, iba a casarse por fin con su novia de toda la vida, que era la peluquera de Lindsay: Paula Campbell. Dan y ella estaban invitados. A Lindsay le hubiera gustado que fuesen juntos, pero seguramente era demasiado pedir. Es más, ni siquiera estaba segura de que fuese a volver a tiempo de la conferencia. Dependía, según había dicho él, de que su vuelo a Littie Rock llegase a tiempo.

Resignada a asistir sola, se vistió con un colorido vestido de primavera y una brillante sonrisa.

Desgraciadamente, Dan no se presentó, así que tuvo que disimular durante toda la velada y fingir que lo pasaba bien sentada con sus amigas. La recepción se celebró en el club de campo de Edstown y apenas llevaba allí unos minutos cuanto Tina, la hermana de Dan, se le acercó.

—Desde luego, mi hermano es un desastre —comentó—. ¡Mira que perderse la boda de uno de sus oficiales! Me tiene desesperada.

—A mí me dijo que quería venir. Supongo que ha debido tener algún problema con los vuelos.

Tina suspiró.

—Para él, el trabajo es siempre lo primero.

—Bueno, eso no es del todo cierto. Si Polly o tú tuvieseis algún problema, lo dejaría todo para acudir a vuestro lado.

—Eso es verdad. Es que me gustaría tanto que tuviese algo más en su vida, aparte del trabajo¼ —de pronto, sonrió—. Puede que haya conocido a alguien en Dallas. A lo mejor es esa la razón de que no haya vuelto aún.

Lindsay sintió que se le helaba la sonrisa y Polly se unió a ellas en aquel momento.

—Hola, Lindsay.

—Hola, Polly. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Está siendo una boda preciosa, ¿verdad? ¡Ah, mirad! Ahí llega el tío Dan.

El anuncio de Polly desató los latidos de su corazón. Tenía la sensación de no haberlo visto desde hacía semanas y no días. Y estaba tan guapo con aquel traje oscuro¼

Se acercó a ellas, la saludó inclinando cortésmente la cabeza y abrazó a Polly.

—¿Cómo está mi sobrina favorita?

Polly se rió.

—Siempre dices eso y no tienes más sobrinas.

—Bueno, pero aun así, eres mi favorita —contestó y besó a su hermana en la mejilla—. Hola, Tina. Estás muy guapa.

—Gracias —respondió y no pudo evitar reprocharle—: Me ha extrañado no verte en la ceremonia.

—Es que se ha retrasado mi vuelo. He venido lo antes posible.

Lindsay empezaba a preguntarse si se habría olvidado de ella por completo cuando se volvió por fin a mirarla.

—Hola, princesa. ¿Qué tal la boda?

Le habló en el mismo tono que había utilizado con Polly. Como si fuese otra sobrina favorita Y aunque comprendía que fuese discreto, le dolió.

—Muy bonita. ¿Y la conferencia?

—No ha estado mal. Perdóname, que voy a hablar con los novios para disculparme por llegar tarde.

Y dicho esto, se alejó. Sin tan siquiera mirar atrás.

—Bueno —murmuró Tina—. Está un poco raro, ¿no?

—No, a mí no me lo parece —contestó Polly aparentemente sorprendida por aquel comentario.

—Pues a mí sí. ¿Tú tampoco lo has notado, Lindsay?

—Puede que esté cansado de la conferencia —ofreció.

—Supongo. ¡Ah, ahí está Donna! Tengo que hablar con ella un momento. Luego nos vemos, Lindsay.

Polly también se alejó para unirse a un grupo de chicos de su edad que charlaban en un rincón y Lindsay se quedó sola.

No estuvo así mucho tiempo, por supuesto. Enseguida se le unieron unos y otros, pero aún le dolía que Dan se hubiera separado

de ella con aquella frialdad cuando estaba tan deseosa de verlo.

La llamó aquella noche, un par de horas después de que hubiese llegado a casa tras la recepción. Esperaba que se hubiera pasado a verla, pero se llevó una nueva desilusión.

—Siento que no hayamos podido hablar más en la boda —dijo.

—Yo esperaba que hubiéramos pasado un rato juntos —contestó ella.

—Es que era un poco¼ complicado, con tanta gente allí delante y todo eso.

Era poco probable que hubieran reparado mucho en ellos, cuando toda la atención estaba puesta en los novios, pero se guardó esa opinión para sí misma.

—Esperaba verte esta noche.

—Es que estoy muy cansado y la gente empezaría a murmurar si viesen mi coche aparcado delante de tu casa nada más volver.

Estaba empezando a cansarse de esa paranoia suya. ¿Tan malo podía ser que su historia saliese a la luz pública? Al principio hablarían de ello, sí, pero pronto se cansarían y pasarían a ocuparse de otras cosas y ellos se quedarían tranquilos.

—Entonces, ¿cuándo voy a verte?

—Mañana me pasaré un rato. ¿Estarás en casa?

—Sí —suspiró. Lo estaría esperando¼ lo mismo que se había pasado cuatro días esperando una llamada que no había llegado.

No iban a poder seguir así mucho más. Al menos, ella no iba a poder seguir así mucho tiempo más.

El único sitio en el que Lindsay se sentía cómoda para ir a ver a Dan era en su despacho. Siempre había pasado una considerable cantidad de tiempo allí, de modo que armada con su bloc de notas, convenció a Hazel de que la dejase pasar con la excusa de que quería hablar con él sobre un robo ocurrido la noche anterior. Era el miércoles siguiente.

Y le preguntó sobre el incidente, por supuesto, tomando después notas para el artículo. Incluso discutió un poco con él cuando se negó a facilitarle una lista de los artículos robados.

—¿Y qué más está pasando por aquí? —preguntó después Lindsay.

Él se encogió de hombros.

—Lo normal. Volvemos a tener algunos problemas con los McAllister. Anoche tuvieron otra bronca. No sé por qué no se separan. Van a terminar matándose, porque ella es tan mala como él. Los dos beben y pierden los papeles.

—Supongo que no lo hacen porque no encontrarían otra pareja.

—Esa debe ser la razón.

—¿Alguna otra cosa?

—Estamos trabajando con la policía estatal en un caso de drogas que podría estar relacionado con la ciudad. Por ahora no puedes publicar nada, pero si surge algo sobre lo que puedas escribir, te lo haré saber.

Hubo un tiempo en el que ni siquiera le habría facilitado esa mínima información. A lo mejor estaban avanzando de verdad.

—No me gustaría descubrir que los traficantes han llegado hasta aquí.

Él frunció el ceño.

—Antes tendrían que pasar por encima de mí.

Viniendo de otra persona, podría haber sonado como una bravata, pero Dan había dicho aquellas palabras con sinceridad y es que se tomaba personalmente sus responsabilidades.

—Eso es todo lo que tengo hoy para ti —dijo, abriendo un expediente sobre la mesa—. Las cosas se han calmado bastante desde la detención de Eddie.

Lindsay cerró el cuaderno.

—Gracias por las noticias.

—¿En qué más andas metida hoy? —preguntó él, medio distraído con lo que estaba leyendo.

Ella sonrió.

—Nada que pueda cambiar el curso de las cosas. Esta tarde se inaugura el nuevo ala del hospital. El doctor Frank va a pronunciar un discurso y allí estaré yo.

—Esta mañana me he encontrado con Don Pettit en el Rainbow Café. No recuerdo cómo ha surgido el tema, pero me ha mencionado que has cambiado de opinión respecto a vender tu casa.

Pretendía que pareciera un comentario sin importancia, pero Lindsay presintió que no era así.

—He cambiado de opinión porque he decidido quedarme en Edstown.

—Supongo que eso también significa que has renunciado a buscar trabajo en un periódico más importante, ¿no? Me habías hablado de Dallas o Atlanta.

Ella estudió su expresión, intentando leer algo en ella.

—Ya sé que había hablado de ello, pero todo eso ha cambiado.

—Quizá deberías pensártelo un poco mejor antes de tomar una decisión. ¿Cuánto tiempo crees que te vas a sentir satisfecha escribiendo artículos sobre las cosas que pasan aquí, cuando podrías estar cubriendo noticias serias?

—¿Asesinatos, te refieres? ¿Escándalos políticos? ¿Entrevistando a celebridades de la prensa del corazón? Por muy interesante que eso pudiera resultar durante un tiempo, por ahora me siento

satisfecha escribiendo sobre la vida de una ciudad pequeña.

—Viniste a vivir aquí hace un par de años sólo porque tu padre te necesitaba y no me gustaría pensar que decides quedarse por alguna otra obligación.

Aquella conversación no le estaba gustando nada.

—No me siento obligada a quedarme aquí —respondió con firmeza—. Soy yo quien ha elegido quedarse esta vez y hay una gran diferencia.

Él no contestó.

—Tú también podrías ser el jefe de policía de una ciudad más importante, ¿no? —le preguntó, dándole la vuelta a la tortilla—. Tendrías un equipamiento de alta tecnología, oficiales perfectamente entrenados, delitos mucho más interesantes que investigar y no unos cuantos asaltos y peleas domésticas. ¿Por qué te quedas tú?

—Eso es diferente.

—¿En qué sentido?

—Pues en que yo estoy establecido aquí. Llevo años viviendo en esta ciudad y me siento muy cómodo en mi trabajo, tanto que no tengo intención de ascender. Pero tú eres más joven que yo, estás menos unida a este lugar y eres más ambiciosa. No me gustaría que en el futuro lamentaras no haber llegado tan lejos como habrías podido llegar.

Dan estaba pensando en su bienestar. Su preocupación por su futuro y su felicidad significaban que de verdad sentía algo por ella, a pesar del modo tan extraño que tenía de expresarlo.

Pero no por ello le estaba gustando estar allí y sintió la necesidad de levantarse. Aquel no era ni el lugar ni el momento para enfrascarse en una conversación profunda sobre su futuro.

—Ya hablaremos de todo esto en otra ocasión. Los dos tenemos mucho trabajo¼ aunque sea absurdo.

—No pretendía molestarte, Lindsay —se disculpó, poniéndose de pie.

—No estoy molesta —mintió—. Sólo ocupada. Ya nos veremos.

—De acuerdo.

Iba a abrir la puerta del despacho cuando se detuvo.

—Dan¼

—¿Sí?

—Quizá lo mejor sería que decidieras de una vez si quieres que me quede —le sugirió.

Él tenía que saber tan bien como ella que no podían mantener su relación encubierta e indefinida para siempre.

Capítulo 14

Había sido inevitable que Dan le partiese a Lindsay el corazón. Había estado a punto de hacerlo un montón de veces. La había hecho sufrir horriblemente al casarse con Melanie, después de aquel beso de cumpleaños. Y en esta ocasión, se había dejado llevar, creyendo que las cosas podían funcionar.

Sospechaba que lo que ella sentía por él era más profundo e intenso que lo que él podía sentir, pero había creído que ella poseía fuerza y optimismo suficiente por los dos.

Pero se había equivocado.

Estaban los dos en la cama de Dan, abrazados, con los corazones aún desbocados y la respiración desigual tras hacer el amor. Dan debería estar relajado y tranquilo, como lo estaba ella, pero Lindsay estaba sintiendo bastante tensión en los músculos que había bajo su mejilla.

Y sabía cuál era el problema. Se había presentado en casa de Dan aquella noche sin haber sido invitada y sin importarle un comino que las cotillas de la ciudad pudiesen verla allí. Todavía enfadada por la conversación que habían tenido en la comisaría, había decidido que ya era hora de que empujaran hacia delante su relación¼ y al parecer, un movimiento así sólo podía hacerlo ella.

Dan se había mostrado preocupado al verla llegar, pero por supuesto la había invitado a entrar. La conversación que pretendía tener con él había quedado pospuesta por un beso que él le dio. Y aquel beso los llevó a otro y a otro¼ directos al dormitorio.

Y en aquel momento, Dan debía estar pensando de nuevo en las cotillas; debía estar preguntándose qué pensarían de ver su coche aparcado frente a su casa a aquellas horas.

—Deja de darle vueltas, ¿quieres? A nadie le importa que yo esté aquí.

Dan se rió, pero sin humor.

—Subestimas la curiosidad de las cotillas de esta ciudad.

—Todo el mundo sabe que tú y yo somos amigos y no tiene nada de raro que los amigos pasen tiempo juntos. Podríamos estar comiendo palomitas y jugando al Scrabble.

Pero Dan se incorporó y comenzó a buscar sus ropas.

—Sí, bueno¼ de todos modos, sería mejor que no tardes mucho en irte a casa. Nadie juega al Scrabble y come palomitas toda la noche.

Ella suspiró y comenzó a vestirse.

—Dan, ¿no crees que ya es hora de que dejemos de mantenernos tan en secreto? Ya llevamos juntos varias semanas¼ ¿no crees que al final va a salir a la luz?

—Prefiero que no se hable de mi vida privada en la peluquería.

—Sé que no te gusta que hablen de ti por lo que ocurrió con Melanie y todo eso, pero¼

Sintió que de pronto la distancia que los separaba se hizo mayor.

—Melanie es otro de los temas de los que prefiero no hablar.

Aquel revés le dolió. Tendrían que hablar de su ex mujer en algún momento, ¿no? No podían pasarse el resto de la vida ignorándolo. Tenía que saber cómo se sentía respecto a Melanie y lo que podía hacer por ayudarlo a superar el sentimiento de traición y de dolor.

Quería saber¼ necesitaba saber qué pensaba sobre la posibilidad de volver a casarse, de volver a formar una familia.

—¿No podríamos al menos ir al cine juntos o algo así? Como si fuésemos sólo buenos amigos. Hace semanas que no salgo.

—Supongo que sí —contestó, casi como arrepentido—. Ya lo hemos hecho antes.

—Desde luego.

—¿Qué te parecería el sábado?

—¿El sábado? No puedo el sábado.

—¿Por qué no?

—Porque tengo planes.

—¿Planes? ¿Qué clase de planes? —preguntó como sin importarle.

—Un torneo de bolos con fines benéficos. El dinero va destinado a la investigación sobre la artritis juvenil. Tengo que cubrir la noticia para el periódico.

—¿No vas a participar?

Ella se echó a reír mientras se ponía la camisa.

—¡Qué va! Soy malísima jugando a los bolos.

Dan ya había acabado de vestirse y se estaba pasando una mano por el pelo delante del espejo de la cómoda.

—¿Las clases privadas no te han servido de nada?

—¿Clases privadas? ¡Ah! Te refieres a mi cita con Bo.

¿Estaría sólo tomándole el pelo o eran celos lo que percibía en su voz?

Él asintió.

—¿Va a estar él?

—No lo sé. Últimamente no hemos hablado.

Se calzó y se levantó.

Dan carraspeó mientras se guardaba las manos en los bolsillos.

—Mira, Lindsay yo creo que no hay razón por la que no puedas

salir y divertirte un poco de vez en cuando. Yo no pretendo que te quedes sentada en casa esperando que llegue el momento oportuno para que tú y yo podamos vernos.

Lindsay se quedó paralizada.

—No estarás sugiriendo que salga con otros hombres¼

Su cara bien podría ser de mármol. Carecía por completo de expresión.

—Acabas de decir que te gustaría salir más.

—Pero me refería a salir contigo.

Dan tenía que haber percibido los sentimientos que se arremolinaban en su interior: el dolor, la desilusión, la incredulidad.

—Mira, Lindsay¼

Ella se irguió y lo miró cruzándose de brazos.

—¿De verdad no te importaría que saliera con Bo? ¿O con cualquier otro, quizá?

—Yo¼

—¿O es que acaso no habías pensado salir nunca conmigo?

—Ya sabes lo que pienso sobre mi vida privada.

—Sí. Sé lo que piensas. Lo que no sé es qué piensas sobre mí. Sobre nosotros.

Dan no parecía capaz de dar respuesta a esa pregunta y siguió allí, mirándola con aquella expresión inescrutable.

—Tiene que haber alguna razón por la que quieras que nadie se entere de lo nuestro —continuó—. ¿Es porque no le ves futuro? ¿Es que soy sólo una entretenida aventura hasta que te canses de mí? También puede ser que ya te hayas cansado. Quizá sea esa la razón de que intentes convencerme de que salga con otros hombres, o incluso que me vaya a vivir a otra parte. ¿Es eso, Dan?

—No lo entiendes. Hemos mantenido lo nuestro en secreto tanto por mí¼ como por ti.

—¿Por mí?

Habría podido reírse si no estuviese tan enfadada.

—Sí. Tienes un montón de amigos en la ciudad. Gente a la que admiras y que te importa y no quiero que te sientas mal viviendo aquí cuando¼ si esto deja de funcionar.

—Cuando esto deje de funcionar. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad? No crees que tengamos futuro, ¿verdad?

—Estoy intentando ser realista. Uno de los dos debe serlo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Los dos sabemos que no hay garantía de que esto vaya a funcionar. Con todo lo que hemos tenido que superar, además de las dificultades iníciales de cualquier relación, es bastante probable que uno de los dos o los dos llegue a la conclusión de que estábamos mejor como amigos.

—No seré yo quien lo diga —contestó, rodeándose con los brazos.

Dan dio un paso hacia ella y le habló con suavidad.

—No puedes estar segura, Lindsay. Esto es nuevo para los dos. Puede que llegues a la conclusión de que la realidad no es tan interesante como los sueños.

—¿Los sueños? —repitió.

—Puede que no me haya expresado con claridad —dijo, preocupado—. Lo que quería decir era¼

—Sé exactamente a qué te refieres —casi temblando de ira, recordó la conversación que había tenido con Riley y que él debía haber escuchado—. ¿Es que crees que sigo siendo una cría encaprichada con el amigo de su hermano? ¿Acaso crees que soy tan tonta o tan inocente para no saber diferenciar entre un capricho y el amor?

Él palideció notablemente al oírle pronunciar la palabra amor, lo cual sirvió para que ella se enfadase aún más.

—Sé que no soy un hombre fácil —ofreció—. Trabajo demasiado, estoy metido en una rutina bastante aburrida y me cuesta mucho mostrar mis sentimientos. Nadie podría culparte por aburrirte de todo eso.

—¡Maldita sea, Dan! ¡Yo no soy Melanie! —le gritó—. La odio por lo que te ha hecho pasar, pero sobre todo porque soy yo la que he tenido que cargar con las consecuencias. Si tienes miedo de volver a empezar algo¼ si tienes miedo de volver a sufrir, ¡dilo! No te atrevas a echarme a mí la culpa.

—Sólo pretendo ser razonable —murmuró, sin atreverse a mirarla a los ojos. Ella nunca había estado tan enfadada ni tan herida.

—No pretendías hablarle a nadie de nosotros, ¿verdad? Permites que te persiga, que haga el ridículo delante de ti y luego decides seguirme el juego hasta que yo¼ ¿hasta que yo, qué? ¿Hasta que se me pase el capricho? ¿Hasta que me aburra y me vaya en busca de aventuras? Al fin y al cabo, una princesa inmadura y cabezahueca como yo no puede saber lo que quiere de verdad, ¿no? Eres tú el responsable, maduro y sensato, quien debe asegurarse de que ninguno de los dos quede en ridículo cuando me dé cuenta del terrible error que he cometido.

Dan cerró los ojos.

—No estás siendo justa.

—¡Pues perdóname si no estoy de humor para tener en cuenta tus delicados sentimientos! Enhorabuena, Dan —dijo—. Has conseguido lo que yo llevo intentando durante dos años. Gracias a ti, puedo decir con toda seguridad que ya formas parte del pasado.

Le pareció una buena frase de despedida. Y mejor sería que saliera corriendo antes de que lo echase a perder rompiendo a llorar.

Tendría el resto de su vida para llorar por él.

Dan siempre encontraba paz pescando. El golpeteo rítmico del agua contra las bordas del bote. El canto de los pájaros. La brisa en el rostro. La tranquilidad sin teléfonos, ni ordenadores, ni faxes. Llevaba un localizador a la cintura, pero sólo sonaría en caso de emergencia.

Debería sentirse totalmente relajado y satisfecho. Pero tal y como notó su acompañante, no estaba ni lo uno ni lo otro.

—¿Quieres hablar? —le preguntó Cameron sin apartar la vista de la caña de pescar.

Con una vieja gorra de pescar que Dan le había regalado hacía mucho tiempo, Cameron se había presentado en su casa aquel domingo por la tarde y prácticamente lo había raptado. Dan había mostrado un comportamiento casi antisocial en las dos últimas semanas; cada vez pasaba más tiempo en su casa y en su despacho.

No había vuelto a ver a Lindsay desde que lo dejó plantado. Ni siquiera sabía con seguridad dónde estaba. Se había marchado de la ciudad dejándole un escueto mensaje en el que le pedía que no se preocupara.

Inicialmente se había resistido a la invitación de Cameron para ir a pescar, pero Cameron había insistido mucho y había terminado en su bote casi sin saber cómo.

—¿Hablar de qué? —le preguntó en un tono tan despreocupado como el de Cameron.

—Lo que sea que te haya estado preocupando en las dos últimas semanas. Pareces un perro apaleado, tío.

Aunque Cameron se lo había dicho en tono jocoso, Dan presintió que hablaba en serio.

—¡Demonios! Ni siquiera sé por dónde empezar —murmuró.

—Pues deja que empiece yo. Lindsay y tú habéis tenido una bronca, ¿no?

La sola mención del nombre de Lindsay lo hizo encogerse.

—Hemos tenido una discusión muy seria, sí. ¿Te lo ha contado ella?

—No. No me ha dicho nada en particular. Simplemente me ha pedido unos días de vacaciones porque necesitaba tiempo para pensar. Parecía tan triste que no he podido evitar preocuparme. Marjorie me preguntó después si Lindsay te había mencionado a ti al pedirme esos días y eso fue lo que me hizo pensar. Marjorie es muy perceptiva ya sabes.

—Sí, lo sé muy bien.

Cameron recogió sedal y volvió a lanzarlo.

—Tú y yo no hemos hablado mucho sobre mi vida antes de que viniera a vivir aquí, ¿verdad?

—No mucho.

Dan sabía que Cameron había tenido una infancia difícil. Que sus padres estaban acomodados pero que eran muy duros con él. Había trabajado como periodista en Dallas durante varios años y terminó en Edstown cuando al ir tras la historia de un escándalo político, sus enemigos le dieron una paliza y lo dejaron medio muerto en una carretera rural. Serena lo encontró allí, destrozado, con una herida en la cabeza y la memoria trastocada. Cameron se enamoró de ella, se casaron y dejó su vida anterior tan completamente que apenas volvió a mencionarla.

—Aún no has recuperado todos los recuerdos, ¿verdad?

—Seguramente no podré recuperarlos todos —contestó Cameron —. Hay lagunas en mi cabeza y seguramente son cosas que están mejor olvidadas. Aun así, hay recuerdos que han vuelto a perseguirme. Errores que desearía volver a olvidar.

¿Adonde querría ir a parar con todo aquello?

—Eh¼ estoy seguro que todo el mundo tiene cosas en su pasado que prefiere no recordar. Yo desde luego, las tengo.

Un matrimonio equivocado, por ejemplo.

—Uno de los peores errores que cometí tuvo que ver con una amiga de la infancia. Se llamaba Amber. Fuimos al instituto juntos y seguimos manteniendo el mismo círculo de amigos después. Solíamos reunimos al menos una vez a la semana. Tú conoces a algunos que han venido a verme aquí.

—Sí. Parecían buena gente. Pero no recuerdo a esa tal Amber.

—No, no la has conocido. Se apellidaba Wallace. ¿La recuerdas?

Dan frunció el ceño. Wallace era el apellido que Cameron eligió al azar cuando aún no podía recordar el propio. ¿Una coincidencia freudiana, quizás?

—Amber y yo cometimos el error de intentar que nuestra amistad se convirtiese en algo más —continuó—. Fue ella quien lo inició, pero yo no me resistí. Era guapa y divertida y teníamos mucho en común. Pero eso era todo y no fue suficiente.

Por fin veía la finalidad de todo aquello.

—Eh¼ Cam yo¼

—No necesitarás que te diga que fue un desastre. Le hice mucho daño y nunca me he perdonado por hacérselo.

Dan se removió inquieto en el asiento.

—Estoy seguro de que no lo hiciste deliberadamente —murmuró y ante los ojos se le apareció la mirada dolorida de Lindsay al marcharse.

—No, pero eso no es excusa. Debería haber sabido desde un principio, que era un error cambiar mi relación con ella y permitir que empezase a hacer planes para el futuro.

Dan asintió sombrío.

—Confundir la amistad con el amor sólo acarrea sufrimiento.

—Sobre todo cuando sólo uno de los dos está enamorado y lo que el otro siente es sólo una ilusión.

—¿Qué ha sido de Amber? ¿Lo sabes?

—Sí. Se marchó al oeste, conoció a alguien y se casó. Creo que es muy feliz. Se lo merece.

Dan tragó saliva. ¿Podría ser él tan feliz si Lindsay le dijera que iba a casarse con otro? Ojalá lo fuera, pero lo dudaba.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Siento haberme metido en tu vida privada, pero es que he pensado que quizá te vendría bien hablar. A mí me ayudó mucho hablar con mi amigo Shane cuando Amber y yo rompimos.

—Te lo agradezco, pero¼

—Porque Lindsay y tú estáis juntos, ¿verdad?

Dan suspiró.

—Sí.

—Ya me parecía a mí. Y ahora te reprochas el que estés haciéndole daño.

Quizá Cameron comprendiese de verdad por lo que estaba pasando.

—Sí. Poco más o menos.

—Créeme: sé cómo te sientes. Es muy parecido a lo que me pasó a mí con Amber. Yo la quería mucho como amiga, pero no del modo que ella necesitaba.

Dan frunció el ceño.

—Bueno no, eso no es¼

—Estaba loca por mí, o al menos, eso creía ella. Empezó a hablar de matrimonio, niños y de envejecer juntos¼ y yo empecé a sudar. Supongo que es lo mismo que te pasa a ti.

La verdad es que a él la idea de casarse con Lindsay y tener hijos con ella no lo asustaba en absoluto. Lo que le aterrorizaba era que ella pudiera cambiar de opinión cuando él ya hubiera empezado a creer que tenían un futuro juntos.

¡Qué curioso! Melanie y él nunca hablaban del futuro. Quizá en el fondo sabían los dos que lo suyo no iba a durar hasta que la muerte los separara.

—Imagino que Lindsay terminará por olvidarse de ti —continuó Cameron—. Algún día se dará cuenta de que no era culpa suya que no la quisieras. Que simplemente no es tu tipo. Lo mismo que Amber no era el mío.

—Cam, no lo has entendido bien.

Cameron lo miró enarcando las cejas.

—No pretenderás que me crea que ha sido Lindsay quien te ha dejado¼

—No.

No por el momento, al menos.

—Lo suponía. Lindsay no es del tipo de mujeres que hoy quieren y mañana no. Tiene la cabeza demasiado bien amueblada como para eso. Me di cuenta nada más conocerla. Lo que pasa es que es tan menuda, tan linda y tan bulliciosa que la gente tiende a subestimarla, pero es una mujer que sabe lo que quiere y que no cambia de opinión por un capricho.

—Aún es muy joven.

—¿Con veintiséis años? Ya no es una niña.

Absorto en sus pensamientos, Dan dejó escapar una captura. Los peces no estaban picando y había dejado escapar al primero que se había acercado a su anzuelo.

—No te atormentes, Dan —le dijo Cameron—. Como tú mismo has dicho, aún es joven. Lo superará, igual que hizo Amber. La diferencia es que ella pretendía ver en mí alguien que yo no era, pero tú no puedes decir lo mismo de Lindsay. Os conocéis perfectamente. Sabe cuáles son tus defectos, pero supongo que han pesado en ella más tus virtudes.

Vale. Lindsay conocía sus defectos a la perfección. Lo había llamado testarudo, inflexible y «*trabajodependiente*» tantas veces que podía oír su voz al recordarlo.

No estaba engañada. Había decidido sin engañarse. Y él la había alejado de su lado.

Cameron recogió la caña y remó hacia un lugar más prometedor.

—Tuve una suerte tremenda al encontrar a Serena después del fiasco de Amber. La verdad es que no me creía capaz de querer así. Amber era una mujer magnífica, pero no era la adecuada para mí. Estoy seguro de que es más o menos lo que tú sientes por Lindsay. ¿Lo ves? Sé exactamente cómo te sientes. Espero que te ayude.

—Cam¼

—¿Sí?

—Cállate.

—¿Demasiado?

—Sí.

Cameron tiró hacia atrás para ganarse al pez que por fin había picado.

—Nunca he sido un gran confidente, pero soy un pescador glorioso —dijo, al sacar del agua una carpa de un tamaño excelente.

—Yo creo que estás subestimando uno de tus talentos y

exagerando otro —bromeó Dan—. Pero me has dado mucho en lo que pensar.

Cameron sonrió.

—Pues va a ser muy duro para ti, con lo mal equipado que estás para pensar a fondo.

Antes de que Dan pudiese responder, un pez mordió su cebo. No era mala excusa para cambiar de tema. Ya tendría todo el tiempo del mundo después para masticar las cosas que Cameron le había dicho.

A Lindsay siempre le había gustado ver cómo la primavera llegaba a los Ozarks. Las colinas del horizonte parecían estar pintadas en suaves tonos de acuarela. Flores rosas y blancas salpicaban el paisaje, mientras que unas nubes algodonosas flotaban perezosas contra el intenso azul del cielo. El agua del lago lamía la orilla rocosa en la que ella estaba, empujada por una brisa cargada de olor a flores que le acariciaba las mejillas y le alborotaba el pelo.

Estaba alojada en una cabaña de pescadores construida al borde de un lago de montaña. La cabaña era propiedad de Bud, el tío de Riley y había sido su sobrino quien se la había ofrecido para que la disfrutara unas semanas ya que su tío no iba a utilizarla hasta dentro de unos meses.

Y ella había aceptado agradecida.

Si tuviese algún talento artístico, intentaría capturar aquella escena en un lienzo, pero sólo podía grabárselo en la memoria. En el futuro, cuando necesitase paz desesperadamente, pensaría en aquel lugar, en aquel momento y confiaría en que el recuerdo le trajese esa paz.

Con las manos metidas en el chaquetón de loneta, se estremeció. No hacía frío en realidad, pero es que últimamente tenía dificultades para mantener el calor. Concretamente desde que Dan la había acusado de estar encaprichada con él. Sus palabras le habían dejado un poso de frío del que no conseguía deshacerse.

¿Cómo podía conocerla tan bien y al mismo tiempo estar tan completamente perdido?

Entonces recordó las palabras con que se había despedido de él: «*Has conseguido lo que yo llevo intentando durante dos años. Gracias a ti, puedo decir con toda seguridad que ya formas parte del pasado*».

¡Qué mentira! Jamás conseguiría sobreponerse del todo. Pero sobreviviría. Pondría de nuevo su casa en venta, se buscaría un trabajo nuevo en alguna ciudad grande y anónima y conseguiría una vida nueva, tal y como había planeado antes de cometer la estupidez de hacerle saber lo que sentían.

Si algo había aprendido durante los últimos años era que poseía todo lo necesario para cuidarse sola. No necesitaba que un hombre

lo hiciera por ella. Y mucho menos uno incapaz de diferenciar entre una cría encaprichada y una mujer enamorada.

Decidida, dio la vuelta para volver a la cabaña¼ para encontrarse de bruces precisamente con ese hombre.

Capítulo 15

Dan estaba plantado sobre el camino rocoso que conducía a la cabaña, con el bosque a su espalda, mirándola como si no estuviera particularmente contento de verla.

—¿Qué haces aquí?

Seguramente no esperaba que se lanzase a sus brazos, pero también debió pillarle por sorpresa aquel saludo casi como un hachazo.

—Me ha costado un triunfo encontrarte —se quejó en tono hosco—. Ya podías haberle dicho a alguien a donde ibas.

—Riley lo sabía —contestó, encogiéndose de hombros.

—Y no quería decírmelo. ¿Y si tu hermano hubiera querido ponerse en contacto contigo?

—Tengo el ordenador aquí. B. J. sabe que puede ponerse en contacto vía correo electrónico. ¿Cómo me has encontrado?

—Marjorie se compadeció de mí y fue ella quien le sacó la información a Riley. A ella no pudo resistírsele.

—Poca gente puede —contestó, mirándolo sin parpadear—. Aún no me has dicho por qué estás aquí.

Dan miró hacia la cabaña apenas visible entre los árboles.

—¿Por qué no entramos a tomar un café y charlar?

La cabaña era muy pequeña y las luces eran suaves e íntimas.

—Prefiero quedarme aquí.

—Parece que tienes frío.

—Dentro no hace más calor. ¿Qué quieres decirme?

Él tardó un instante en contestar.

—No me lo estás poniendo demasiado fácil.

—¿Y qué quieres? ¿Qué me ponga colorada y me eche a reír como si fuese la colegiala que tú crees que soy?

Por un momento pensó que la iba a acusar de ser injusta, pero lo que hizo fue respirar hondo y acercarse a la orilla del agua. Luego habló sin mirarla.

—Sigues enfadada conmigo, ¿eh?

¡Qué estupidez la suya!

—Sí. Sigo enfadada.

—Te he hecho daño.

Había una piedra del tamaño de un puño a sus pies y estuvo tentada de tirársela por pura satisfacción. Pero como no era una persona violenta, se contentó con decir:

—Es que me has partido el corazón.

—No lo pretendía. Sólo quería evitar que me lo partieras tú a mí.

—Vamos, Dan¼

¿Qué pretendía ahora? ¿Convencerla de que sentía algo por ella, después de lo que le había dicho aquella noche?

—Lindsay¼

—¿Tenemos que volver a pasar por esto? ¿Es que no nos dijimos todo lo que había que decir cuando estuve en tu casa?

—No. Quedaron unas cuantas cosas.

—¿Es que querías haberme dicho que intentabas protegerte para que no volvieran a partirte el corazón?

—Yo no he dicho que volvieran a hacerlo. Melanie me humilló. Me encolerizó. Pero no me partió el corazón¼ porque nunca había sido suyo.

Antes siempre se había negado a hablar de su ex mujer. ¿Por qué de pronto se mostraba tan deseoso de hacerlo?

—Si no estabas enamorado de ella, ¿por qué te casaste? —probó.

—Porque me dijo que estaba embarazada.

Lindsay se quedó atónita.

—No lo sabía —dijo, apartándose el pelo de la cara.

Dan se encogió de hombros.

—Me lo dijo la noche de tu fiesta de cumpleaños, cuando volvíamos a su casa. Me convenció para que nos fugásemos, aunque un par de semanas después, me di cuenta del error que había cometido.

—Y no estaba embarazada.

—No.

—¿Y te lo dijo la noche de mi fiesta?

Recordaba lo mucho que se había enfadado Melanie porque Dan bailó con ella y sobre todo por el beso que le dio después. No sería entonces cuando tomó la decisión de¼

—Sí, aquella noche —Dan le dio una patada a una pequeña piedra—. Intenté que funcionara, pero puede que no lo suficiente. A lo mejor, si hubiese intentado que mi matrimonio funcionara con el mismo ahínco con el que trabajo, Melanie no se hubiera aburrido tanto, ni se hubiera sentido tan insatisfecha como para dedicarse a¼ otras cosas.

—No fue culpa tuya. Melanie era así. B. J. siempre lo había dicho.

—Puede que fuera precisamente eso lo que me atrajo de ella en un principio. Los opuestos se atraen ya sabes. Pero no creo que esa atracción me hubiera conducido al matrimonio a no ser por¼ bueno¼

—Si ella no te hubiera dicho que estaba embarazada.

Él asintió, aún sin mirarla.

—¿Te desilusionaste mucho? Cuando supiste que no estaba embarazada, quiero decir.

—No. La verdad es que sentí alivio. Me dije a mí mismo que todavía no estaba preparado para la paternidad, pero la verdad era que no deseaba tener hijos con Melanie. Nunca lo deseé.

Lindsay respiró hondo.

—Siento que las cosas os salieran tan mal, pero sigue sin gustarme que me compares con ella. Yo nunca he tenido la intención de atraparte en el matrimonio y nunca te habría traicionado del modo en que ella te traicionó.

—Yo nunca te he comparado con Melanie. Lo único que no quería era volver a empezar una relación por motivos equivocados.

Le dolió oírle decir tal cosa y para esconder sus sentimientos, se acercó a la orilla y eligió una piedra plana y pequeña.

—Porque piensas que eres para mí sólo un capricho, ¿no?

—Me parecía una posibilidad y no era yo el único en pensarlo —dijo, un poco a la defensiva.

Lanzó la piedra al agua y la vio rebotar cuatro o cinco veces en la superficie antes de hundirse definitivamente.

—Podrías haber hablado de ello conmigo. O podrías haber confiado un poco más en mí, en mi buen juicio.

—Había demasiado en juego esta vez.

—Porque soy la hermana de B. J. Demasiadas conexiones. Además, estaba ese afán tuyo por protegerme. Tenías miedo de que pudiera sufrir.

—Todo eso es verdad —concedió—. Pero a lo que más miedo tenía era a que ese encaprichamiento tuyo pudiera acabarse. Que fuera yo quien acabara sufriendo. Porque yo siempre he sabido lo que sentía sin ningún género de dudas.

Lindsay buscó otra pequeña piedra que apretó en la mano.

—¿Qué sentías por mí?

—Lo mismo que ahora. Te quiero.

La piedra se le escurrió de entre los dedos.

—¿Como a una hermana pequeña?

—No he vuelto a pensar en ti como en una hermana pequeña desde la primera ver que te besé. Seguramente incluso antes de eso. Lo que pasa es que no quería admitirlo¼ ni siquiera ante mí mismo.

Ella parpadeó varias veces intentando contener las lágrimas.

—Entonces, ¿me quieres?

Aunque no la estaba mirando, la oyó tragar saliva.

—Sí.

Lindsay se dio entonces la vuelta y se encontró con que Dan la mirada con una ansiedad que se le clavó en el corazón.

—¿Cómo puedes quererme si no confías en mí?

—Te confiaría mi misma vida —contestó con firmeza—. Pero tenía miedo de confiarte mi corazón y he tardado algún tiempo en lograr superar esa cobardía. Pero he pensado mucho en ello y ahora ya sé lo que quiero. Más de lo que he querido cualquier otra cosa.

—¿Ya no tienes miedo?

—Puede que un poco, pero estoy dispuesto a correr el riesgo¼ si tú lo estás.

—¿Qué¼ —carraspeó—qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Te echaba de menos tanto que no podía arriesgarme a perderte para siempre —contestó—. No he podido dormir desde que te fuiste. No podía comer. ¡Demonios! Ni siquiera podía trabajar.

Ella enarcó las cejas.

—Qué sorpresa.

—También lo ha sido para mí personal —admitió con un toque de humor, pero desapareció casi de inmediato—. Cuando me dejaste, me dijiste que ibas a olvidarte de mí y no puedo culparte por ello. He sido un idiota y te he hecho daño al tratarte con tan poca delicadeza. Lo único que te pido es que me des la oportunidad de recuperarte. Quiero que hagamos cosas juntos. En público. Quiero cortejarte como debería haberlo hecho desde el principio. ¿Me darás esa oportunidad, Lindsay?

Ella se quedó temporalmente sin habla y Dan dio un paso hacia ella.

—Estoy dispuesto a rogártelo si es necesario.

—No, por favor, eso sí que no. Estoy intentando no llorar.

Él frunció el ceño.

—¿Eso es bueno o malo?

—No me gusta nada llorar. Se me pone la cara hinchada y roja.

—Para mí siempre estás preciosa —le aseguró.

Lindsay se rió.

—Vale, pero no te pases con lo del cortejo. Lo único que quiero de ti es confianza y no cumplidos.

—Lo digo en serio.

La sonrisa que acompañó a sus palabras era tan dulce que los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—Basta. Haz el favor.

Por primera vez, estiró el brazo para tocarla y secar una lágrima con las yemas de los dedos.

—Aún no me has dado una respuesta. ¿Es demasiado tarde?

—Llevo enamorada de ti la mayor parte de mi vida —confesó en voz baja—. Necesitaría algo más que unas cuantas semanas para olvidarme de ti.

Dan tomó su cara entre las manos y una vez más, Lindsay sintió

a aquel hombre tan fuerte temblar. Rozó su boca con sus labios suavemente, reverentemente.

Pero eso no era lo que ella quería de él, así que abrazándolo, lo besó apasionadamente.

Dan respondió con un fervor que debía haber estado conteniendo a duras penas y la abrazó con tanta fuerza que los pies dejaron de rozarle el suelo.

Lo había echado de menos, pero sólo en aquel momento se dio cuenta de el vacío tan grande que había tenido dentro. Era como si de pronto, aquel beso le devolviera la vida. Sintió de nuevo calor, un calor que iba desde las manos a los pies y que se arremolinaba en su interior.

¡Qué maravilla sentirse viva!

—¿Podemos entrar ahora? —murmuró Dan—. Soy demasiado viejo para hacer el amor en la playa, al menos sin un colchón inflable.

Ella se echó a reír.

—¡Pero si no tienes ni cuarenta años!

—Vale. Soy un chaval. Pero no quiero que estas piedras se me claven en¼

Lindsay tapó su boca con un beso y cuando se separaron, echaron a andar hacia la cabaña sin necesitar más palabras.

Dan hizo honor a su palabra cuando volvieron a Edstown. La cortejó. Públicamente. Iba a verla. Le enviaba flores. Le regalaba bombones. La invitaba a comer y al cine. A eventos oficiales.

Tras el primer golpe de interés inicial, sus amigos y vecinos habían aceptado muy bien su relación. No se habían mostrado tan sorprendidos como Lindsay se esperaba. Al parecer, no había sido tan discreta como ella creía durante los últimos años.

En resumen: que debería estar loca de alegría. Pero, inexplicablemente, no lo estaba.

—¿Todo va bien entre Dan y tú? —le preguntó su hermano por teléfono a principios del mes de mayo.

—Sí, claro. Estupendamente —le aseguró.

B. J. era una de las personas que no se habían sorprendido de lo suyo, pero le costaba un poco más creer que Dan estuviese tan comprometido como ella. No es que creyera que Dan era frío o duro de corazón. Sólo muy reservado. Y por su profesión, desconfiado de los medios.

—Cuánto me alegro, Lindsay —dijo B. J.—. Yo ya sabía que tú sentías algo por Dan y me alegro de que por fin se haya dado cuenta de que podéis tener un futuro juntos. He hablado con él ayer y me parece muy decidido.

Demasiado decidido, estuvo tentada de añadir. Dan parecía estar

trabajando con más empeño en su relación que en cualquier otra cosa. ¿Era normal que fuese tan duro para él?

No compartió sus preocupaciones con su hermano y siguieron charlando de otras cuestiones durante unos minutos. B. J. le prometió ir a hacerle una visita en cuanto pudiera y mientras colgaba el teléfono, no pudo evitar preguntarse, con un pesimismo poco corriente en ella, si Dan y ella seguirían juntos para ese momento.

Salió tarde del periódico al día siguiente y llegó a casa alrededor de las seis y media. Dan ya estaba allí. Incluso había empezado a preparar la cena. La saludó con una sonrisa y un beso. Inmediatamente se dio cuenta de que parecía cansado, a pesar de que ese día había trabajado menos horas de las habituales.

—Hola. Hoy llegas tarde —dijo él.

—Sí. Tú has terminado pronto, ¿no?

—No. A las cinco, como siempre.

—¿Desde cuándo sales tú a las cinco?

—Desde que decidí imponer prioridades en mi vida —contestó, metiéndole un trozo de zanahoria en la boca.

Lindsay masticó y luego dijo:

—Sabes que a mí no me importa que tengas que trabajar hasta tarde de vez en cuando. Yo también trabajo muchas horas a veces. Bueno ya lo sabes. Pero lo que no quiero es interferir en tu trabajo.

Él se encogió de hombros.

—Voy sacándolo adelante.

—¿Cuándo? —insistió ella—. Pasas tanto tiempo conmigo que debes haber reducido tus horas de trabajo casi a la mitad. No es que me esté quejando del tiempo que pasamos juntos, por supuesto, pero no quiero que se resientan tus obligaciones.

Ese era otro de los problemas. Era demasiado educado con ella últimamente.

—Voy a lavarme las manos —le dijo—. Vuelvo enseguida para ayudarte.

—Lo tengo todo bajo control, así que si quieres descansar un rato, te llamaré cuando esté lista.

Lindsay salió con una sonrisa que parecía de un anuncio de dentífrico, antes de que pudiese decir algo imprudente.

¿Qué demonios le estaba pasando?, se preguntó mientras se echaba agua fría en la cara. Durante la mitad de su vida había soñado con estar con Dan y ahora que ya lo estaba, tenía la sensación de que algo iba mal.

No podía identificar el problema. Dan estaba siendo el amante perfecto: atento, educado, considerado¼

Quizá fuera ese el problema. El Dan al que siempre había

querido nunca había sido especialmente así y eso la ponía nerviosa.

Durante la cena intentó conseguir que hablase de su trabajo. Incluso le hizo un par de preguntas sobre una investigación en curso. El Dan de siempre le habría dicho sin más que no era asunto suyo, pero el nuevo contestó a todas sus preguntas, eso sí, pidiéndole después que no publicase nada.

Lindsay suspiró y terminó la cena. Sólo una perturbada mental se inquietaría porque el hombre al que amaba estuviera siendo tan amable con ella.

Dan debía haberse quedado dormido sobre la mesa. Estaba leyendo algo en la pantalla del ordenador y un minuto después, alguien lo zarandeaba por los hombros para despertarlo.

Se frotó los ojos y levantó la mirada, esperando encontrar a su secretaria, pero a quien encontró fue a Lindsay.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, aturdido—. Son sólo¼

Miró el reloj.

—Las cinco de la madrugada —le aclaró con una frialdad glacial —. Y la razón por la que estoy aquí es para decirte que eres un cerdo. Un cerdo estúpido y testarudo.

Dan se la quedó mirando sin comprender. ¿Qué había hecho para enfadarla así? Había tenido mucho cuidado últimamente. No había discutido con ella, no la había descuidado. La había llenado de flores, bombones, cumplidos¼

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Lindsay se cruzó de brazos. Echaba fuego por los ojos.

—Acabo de descubrir que has estado trabajando por las noches para poder ponerte al día y para estar luego conmigo por la tarde.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Eso no es asunto tuyo. Además, no importa. Haz el favor de volver a tu antiguo horario ahora mismo. Puedes trabajar todo lo que te dé la gana y cuando no estés trabajando, tendrás un ratito para descansar, porque ya no vas a tener que preocuparte por entretenerme a mí.

—No estoy seguro de entender lo que me quieres decir —murmuró, poniéndose en pie muy despacio.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Pues yo pretendo dejarlo todo bien claro —espetó—. Se acabó, Dan. Tú y yo hemos terminado.

Dio media vuelta y salió hacia la puerta.

Dan la alcanzó justo cuando abría, cerró y bloqueó la salida.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¡Te estoy hablando de este jueguecito insultante al que has estado jugando conmigo!

Dan hizo una mueca. Para ser una mujer tan menuda, sabía

montar un buen escándalo cuando se lo proponía.

—¡Maldita sea, Lindsay yo no he jugado a nada contigo! Me conoces bien.

—¡Ja! Antes te conocía, pero ahora ya no. Y al parecer, tú no me conoces a mí.

El miedo empezó a crecer en su interior. Aunque había visto a Lindsay muchas veces enfadada, nunca había visto aquella expresión en sus ojos.

—¿Te has enfadado porque haya venido a la oficina después de dejarte a ti? —preguntó con cautela—. ¿Es que quieres que pasemos más noches juntos?

Descubrió que se había equivocado de lado a lado cuando la oyó gruñir como si fuera un felino y lo tiró del brazo.

—Quítate de en medio —ordenó—. Déjame salir.

Él apretó la espalda contra la puerta.

—No pienso permitir que te vayas así. No hasta que entienda exactamente lo que he hecho mal. ¡He hecho todo lo que he podido para hacerte feliz, Lindsay! Dime qué más quieres que haga.

—¡Yo no necesito que tú me hagas feliz! —espetó, empujándolo por los hombros—. Eso puedo hacerlo yo sola. Tengo un buen trabajo, una casa bonita y un montón de amigos. Yo quería que fueses mi compañero en la vida y no mi cuidador. Pero no eres capaz de entenderlo, de confiar en mí.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y debía estar haciendo un enorme esfuerzo por contenerlas.

—Lo siento —dijo—. Pensaba que¼

—Ya sé lo que pensabas —lo interrumpió—. Que yo era Melanie. Una mujer egoísta, dependiente, celosa¼

—¡No!

—¡Sí! —insistió—. Tenías miedo de echar a perder otra relación y por eso decidiste cambiar, dejar de ser quien eres. Pero yo no te he pedido que cambies. Nunca lo he querido. Yo intenté una vez cambiar por ti y luego me di cuenta de que no podía funcionar. Necesitaba que me quisieras tal como soy y eso es lo que yo quería de ti.

Su uso del pasado le estaba partiendo el corazón. Tenía que haber algún modo de arreglarlo. No podría soportar que las cosas acabaran así.

—Ya ni siquiera discutías conmigo —se lamentó.

Entonces soltó por fin las riendas de sus sentimientos y tiró de ella hacia sí.

—¿Quieres una discusión? Entonces, intenta salir de nuevo de este despacho. Te quiero, Lindsay Gray y no pienso permitir que te vayas después de lo que me has hecho pasar para llegar hasta aquí.

—¿Yo te he hecho pasar a ti? Pero si has sido tú el que¼

—Cállate.

Lindsay parpadeó varias veces ante la dureza de su voz¼ un tono que no había vuelto a usar desde que estaban juntos.

—Yo no pienso, repito, no pienso que te parezcas en nada a Melanie. Puede que me haya excedido un poco, pero ha sido sólo porque significas más para mí que cualquier otra persona o cosa en toda mi vida y eso incluye a mi trabajo. Quería que todo fuese perfecto, pero puede que me pasara. Dices que nunca has querido que cambiase y lo entiendo, porque yo no cambiaría una sola cosa de ti. Ni tu temperamento, ni tu cabezonería, ni tu impulsividad, ni lo irracional que te pones de vez en cuando —Lindsay abrió los ojos de par en par ante la afrenta, pero él continuó—: No cambiaría nada de nada. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella en voz baja—. Tal y como eres¼ como has sido siempre. Siempre te he querido. Desde que era una niña.

—Creo que el problema es que hemos intentado dividirnos entre demasiados lugares. Si viviéramos en el mismo sitio, durmiéramos en la misma cama todas las noches, no estaríamos tan agobiados en las horas que pasamos juntos.

—¿Quieres que vivamos juntos?

—Quiero que nos casemos. Sólo estaba esperando el momento adecuado para pedírtelo.

Ella lo miró con una desconfianza que habría resultado divertida en otras circunstancias.

—Si te digo que sí, ¿dejarás de hacer el tonto? ¿Empezarás a tratarme otra vez como a un igual y no como a una niña frágil a la que tienes que proteger?

—Te trataré como a mi esposa —contestó y sus pulmones comenzaron a funcionar correctamente de nuevo—. Como a mi compañera.

Por primera vez desde que lo despertara, sonrió.

—Me gusta como suena.

—Espera un momento —dijo cuando la vio acercarse a él—. Tú también tienes que prometerme algo.

—¿Amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe?

—Bueno, so¼ pero también que me lo dirás cuando te parezca que empiezo a hacer el tonto. Si me lo hubieras dicho hace unos días, podríamos habernos evitado unos cuantos malentendidos.

Ella frunció el ceño.

—Tienes razón —dijo, como si no se le hubiera ocurrido antes —. Supongo que yo también actuaba de un modo un poco raro. Tampoco quería arriesgarme a estropearlo todo.

—¿Lo ves? —satisfecho, la abrazó—. Hagamos el tonto juntos —sugirió y la besó en la boca mientras ella reía—. Seguro que así nos irá mucho mejor.

Seguramente no había sido la petición de mano más romántica de la historia, pensaba Lindsay mientras lo abrazaba con la pasión que él adoraba en ella. No quería frases floridas ni gestos románticos. Lo quería a él, tal y como era.

Y ese era el regalo más sencillo de todos.

Fin